11 MAR. 1935

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS

MADRID 2 FEBRERO 1935

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Escribirán en ESTUDIOS HISPANICOS

José María Gil Robles.
Esteban Terradas.
Miguel Artigas.
Julio Palacios.
Tomás García-Diego.
P. Félix García.
Angel González Palencia.
Antonio Bermúdez Cañete.
Manuel Bermejillo.
Fernando Enríquez de Salamanca.
P. Justo Pérez de Urbel.
Enrique Sánchez Reyes.
Joaquín de Entrambasaguas.
P. Bruno Ibeas.
Pedro Muguruza.
Roberto Levillier.
P. Julián Zarco Cuevas.
Jesús Pabón.
José Ibáñez Martín.
Eduardo Torroja.
Teófilo Ortega.
José M.ª de Alarcón.
Julio de Urquijo.
El Magistral de Burgos.
Justo García Soriano.
Federico Ruiz Marcuende.
Casto M.ª del Rivero.
P. Rafael Alcocer.

COLABORADORES DEL EXTRANJERO

Lengua francesa:

Achille A. Mestre.
Sèbastien J. Bijon.

Lengua inglesa:

Alexandre A. Parker.
Herbert Gregory Thomas.

Lengua alemana:

Ludwig Pfandl.
Adalbert Hämel.
Edmund Schramm.

Director:
El Marqués de Lozoya

Secretario:
M. Herrero - García.

Biblioteca Nacional de España

Escriben en

ESTUDIOS HISPÁNICOS

José María Gil Robles.
Esteban Terradas.
Miguel Artigas.
Julio Palacios.
Tomás García-Diego.
P. Félix García.
Ángel González Palencia.
Antonio Bermúdez Cañete.
Manuel Hermosilla.
Fernando Enríquez de Salamanca.
P. Justo Pérez de Urbel.
Enrique Sánchez Reyes.
Joaquín de Entrambasaguas.
P. Bruno Ibeas.
Pedro Mazarrasa.
Roberto Levillier.
P. Julián Zarco Cuevas.
Jesús Pabón.
José Ibáñez Martín.

Director:
El Marqués de Lozoya

Secretario:
M. Herrero-García

Eduardo Tarrolá.
Teófilo Ortega.
José M.ª de Aleresa.
Julio de Urquijo.
El Magistral de Burgos.
Justo García Soriano.
Rodrigo Amat Meruenda.
Cloria M.ª del Rivero.
P. Rafael Alcocer.

COLABORADORES DE EXTRANJERO

Lenguas francesas:

Adolfo A. Marsan.
Sebastián J. Bilbao.

Lenguas inglesas:

Alexander A. Parker.
Herbert Gradon Thomas.

Lenguas alemanas:

Ludwig Pfandl.
Adalbert Hamel.
Edmund Schramm.

Biblioteca Nacional de España

Menéndez y Pelayo, apóstol de España

A lo largo del siglo XIX, desde que la España de la Independencia (afrancesada ya en sus intelectuales del XVIII), después de defender numantinamente el terruño, entregó el alma a las doctrinas de sus invasores, para atajar la desespañolización creciente y los estragos de la leyenda negra urgía la reedificación de nuestro pasado; la gran revisión de nuestra historia en los dos Mundos, vilmente falsificada en el Viejo por los enemigos de la Iglesia y del poderío español, en el Nuevo por los explotadores de rapiña que llegaron a América a la hora de comerciar con lo que, a costa de sobrehumano esfuerzo, descubrieron los españoles que fueron a ella a la hora de luchar y de morir para agrandar el imperio de Cristo y de la civilización. Urgía denunciar y destruir ante el mundo la vil falsificación de nuestra mayor grandeza histórica. Pero los que la perpetraron habían falsificado y desespañolizado también nuestro propio espíritu. Así, para reedificar la historia de España había que rehacer antes su conciencia.

Sólo el día en que todo el pasado de la nación educadora de pueblos y creadora de una raza, y su titánica empresa cultural y evangélica a través de tanto mundo, apareciesen en toda su magnitud, podría estimar la Historia, arrodillada de admiración, la estatura moral de esta España, cuya grandeza harto se

Biblioteca Nacional de España

revelaba en la obstinación que cinco siglos de envidia internacional pusieron en calumniarla y empequeñecerla.

Pero la doble, colosal, reedificación de la historia de España y de su conciencia requería varias generaciones de hombres, o un hombre que valiera por varias generaciones. Y nació Menéndez y Pelayo, cuya obra de sabio y de apóstol sintetizó don Juan Valera en una frase broncínea que debiera escribirse bajo la estatua del gran polígrafo: «Antes de él nos ignorábamos».

Y así era: antes de él España, calumniada en Europa y América; España, sin memoria ni voluntad para sí misma, remedadora de todo lo malo extranjero y despreciadora de todo lo bueno propio, ya no se defendía porque ya no se estimaba, porque se ignoraba a sí misma, porque olvidada la herencia de lo pasado, rota la cadena histórica, había caído, como dijo el maestro: «en esa segunda infancia tan próxima a la imbecilidad senil en que caen los pueblos que reniegan de sí mismos».

Y en esa amnesia tan próxima a la imbecilidad senil ha recaído España por obra y gracia de las *juventudes rebeldes* y de los intelectuales sin Dios. Por eso hoy más que nunca se impone el aspostolado de Menéndez y Pelayo.

A recordar por cuantos olvidábamos, a reconstruir desde sus raíces prehistóricas el espíritu racial, vino aquel hombre de multiplicidad milagrosa que se dió todo a todos y quemó su vida como incienso en el altar de la Patria. Su labor inmensa, que es una cosa misma con el cumplimiento de su misión providencial, arranca de su sabia adolescencia; su gloria estalló como trueno formidable a la hora en que cerraban su sepulcro. Y con el ruido de aquel trueno pareció extinguirse su memoria. A poco de su muerte, cuando después de hablar en Valladolid intenté ir a Sevilla a difundir su evangelio de patriotismo, se me dijo que «ya se había hablado demasiado de él». ¡La objeción rezumaba tanta envidia, tanta incomprensión! Y ahora, casi a los cinco lustros de su muerte, es cuando España empieza a enterarse de quién era Menéndez y Pelayo, gracias al grupo escogido de sus discípulos y continuadores. Pero su popularidad, ¿comenzó por ventura? De las dos estatuas que España le ha erigido, di-

Biblioteca Nacional de España

ríase que la una se guarece a la sombra de los muros de la Biblioteca que él creó en Santander; la otra, bajo el pórtico de la Nacional. Pero aún no se alza su imagen en la plaza pública, culminando sobre las olas de las generaciones hispanas, conviviendo con la España actual y después con la futura que le deberán su reconstrucción.

Es que aún no se le ha consagrado la apoteosis nacional que se le debe al restaurador de la historia y de la conciencia de la Patria. Es que Menéndez y Pelayo no es todavía popular en España. Y no lo es, no porque su obra sea inaccesible al mayor número de nuestros lectores, sino porque la inconsciencia de los más, el calculado olvido y la acorazada ignorancia de los que a sí mismos se llaman educadores de las gentes, escribieron sobre su obra resurreccional una palabra que entre nosotros equivale a un epitafio o a un *Inri*, la formidable palabra *erudición*, ahuyentadora de la gran masa de lectores españoles.

Por respeto a la verdad, por gratitud de bien nacidos hacia el reedificador de nuestro genio hispano, por santo deber patriótico, hay que borrar esa palabra esterilizadora y predicar a las gentes el evangelio de españolismo que el maestro dictó en palabras luminosas.

No; la obra de Menéndez y Pelayo —¡tan cálidamente humana, tan *nuestra* en su heroico brío y prodigalidad genesíaca, tan patriótica, tan avasalladora de todo ánimo español!— no es inaccesible a la gran masa de nuestros lectores; ni hay lector que, una vez gustada la reveladora prosa, se niegue a recibir aquellos raudales de sapiencia viva que tan sin esfuerzo se le entran por el espíritu, desde esas páginas donde él exprimió jugo de mil bibliotecas, haciéndolo mieles castizas que pegan al paladar del alma el fuerte sabor de nuestro etnicismo inconfundible y reviven en nosotros desde la más remota raíz atávica, el milenario genio creador de la estirpe. No hay quien se hurte a la iniciación maravillosa que nos lleva a convivir, siglo a siglo, con ese ser de tantas almas y de tantas vidas que es la Patria, de la que cada uno de nosotros somos un momento y un latido; pero que cada uno de nosotros debe integrar

Biblioteca Nacional de España

en su alma, como la integró el maestro en sus páginas eternas.

¡La Patria! Hoy más que nunca revive en nuestro corazón una y entera, «como salió del crisol romano»; como la juntó bajo su cetro Isabel la Católica, como Menéndez y Pelayo la abarcó en su obra resurreccional; hoy más que nunca, nos abrazamos a ella para mantenerla unida ante los que echan suertes sobre la túnica inconsútil de su integridad, para librarla de los que destruyen sus augustos monumentos que son la ejecutoria pétrea de su gloria. Hoy más que nunca, nos penetra y nos anima el impulso vivificador y el sentido profético de la obra de Menéndez y Pelayo, inspirada en los tres excelsos ideales patrióticos: *reedificación, reivindicación* y *unificación* de la España mayor, tal como Dios y la Historia la hicieron: una e indivisible con Portugal; una en carne y en espíritu, en religión, en sangre y en habla con América. Realización de ese triple ideal ingentísimo es la obra del maestro. Diríase que Dios le creó y le dotó excepcionalmente como para tal empresa, y le situó en el tiempo y en los lugares propicios para cumplirla.

Fundido en el más duro bronce ibero, nació en Cantabria y se llamó también Pelayo, como predestinado a completar la obra de nuestra nacionalidad comenzada en Covadonga. Por destinos providenciales, estudió sucesivamente en Santander, en Cataluña, en Valladolid y en Madrid; amó en Sevilla, y comenzó en Portugal sus grandes exploraciones bibliográficas, con lo que, poco a poco, se adueñó del genio local e histórico de cada una de nuestras regiones; estudió con ahinco a los escritores bilingües, y, llegando a dominar como propias las tres lenguas y las tres literaturas peninsulares, juntó en su mano los múltiples hilos de oro con que se fué tejiendo en los siglos nuestra nacionalidad magnífica, tan compleja y tan una. A la edad en que todos los hombres derrochan locamente la vida, a los veinte años, peregrinaba por Europa, sorbiendo la esencia a todas las bibliotecas, bebiendo el alma estética de todas las civilizaciones, removiendo los yacimientos colosales de treinta siglos de cultura, saludando con un grito de júbilo

Biblioteca Nacional de España

cada soterrado vestigio del genio hispano, que él, con mente creadora, reconstituía e incorporaba a su reedificación enorme. ¡Y ya dejaba trazadas sus magnas síntesis: *La Ciencia española, Los Heterodoxos* y *Las ideas estéticas!*

Aquel heroico esfuerzo de *La Ciencia española* —agrandado por el índice prodigioso de la inmensa producción de la España antigua—, que si no demostró —como dijo D. Juan Valera— que nuestros filósofos Llul, Sabunde, Vives, Suárez, Fox Morcillo y otros, superasen a San Anselmo, Alberto Magno, Rogerio Bacón, San Buenaventura, Santo Tomás y Escoto; si no probó que en la Edad Moderna superasen en esfuerzo y en saber nuestros pensadores a los Descartes, Malebranche, Leibnitz, Kant, Fitche y Hegel; ni menos pudo probar que en Ciencias Exactas y Naturales produjese España hombres que superasen a Galileo, Copérnico, Newton, Kepler, Franklin y Edisson, quedará siempre en pie, como afirmación magnífica del pensamiento español y de la opulenta aportación española al acervo de la ciencia universal.

Y, simultáneamente con tal obra, acometía el juvenil polígrafo otra de sus hercúleas hazañas de reconstrucción y reivindicación patriótica, la *Historia de los Heterodoxos españoles*, obra que, si no la más equilibrada y perfecta, es acaso la más interesante y personal de su autor, aquella en que más entera volcó su heroica y luchadora juventud, obra más sugestiva aún que por el enorme caudal de erudición «bebida en las fuentes» que puso en circulación, por la suma de *historia de almas* que contiene, por la revelación del entonces casi inexplorado mundo de las herejías y las supersticiones en España; por los ríos de animadora vida que surcan su cálida prosa; por las vivientes semblanzas que nos resucitan al arcediano Gundisalvo, al célebre médico de los Reyes de Aragón y de Sicilia Arnoldo de Vilanova, a Erasmo y sus antagonistas, a Juan de Valdés y su cenáculo, al «audaz y originalísimo Miguel Servet»; y con los grandes y los trágicos, a los pequeños, a los extravagantes, a los mediocres, desde López de Estúñiga hasta el abate Marchena.

Biblioteca Nacional de España

Y sobre todos sus valores filosóficos, históricos y psicológicos, tiene este libro el alto valor patriótico de haber hecho saltar en mil añicos el mentiroso fantasma de nuestra leyenda negra; pues, como dice D. Juan Valera —que no compartía las fogosidades católicas del autor—: «prueba (esta obra) que la intolerancia o el fanatismo jamás ahogó entre nosotros el libre pensamiento..., patentiza que hemos tenido no menos grandes pensadores heterodoxos que ortodoxos, y nos defiende, por último..., de acusaciones tan injustas como la «de haber destruído la civilización hispanosemita (hebraica y arábiga), como pretende Draper, por ignorancia o por malicia».

Y, no contento con la magnitud de tal obra, aún la agrandó el excelso polígrafo, en sus postrimerías, hasta convertir las seis páginas, que en la edición primera trataban de las religiones ibéricas, en los asombrosos *Prolegómenos* que abarcan «el cuadro general de la vida religiosa en la Península antes de la predicación del Cristianismo», y abarcan con él toda la arqueología ibérica, reedificación maravillosa que constituye uno de los mayores esfuerzos de la ciencia histórica, mediante el cual vino a integrarse entre las manos del maestro la historia espiritual de nuestra Península.

No cerrado el ciclo heroico de las polémicas y las reedificaciones (de 1876 a 1883), acometió el gran polígrafo una obra ingentísima: la *Historia de las ideas estéticas*, concebida por él sólo como «Introducción» y base del colosal edificio que pensaba erigir a nuestra literatura. Una obra que es como ancho ventanal florido abierto sobre los espléndidos horizontes de la belleza mundial, a cuyo fondo arden con místico fulgor, como de Luna, las claras, bienaventuradas ideas de Platón. Obra de plenitud y de cenit, empresa enorme, inspirada en el patriótico anhelo de sacarnos de nuestro aislamiento suicida, imponiéndose el colosal esfuerzo de comparar nuestras ideas estéticas con las de todas las naciones cultas, con lo que escribió la historia de la Estética en Europa, el primer libro español de Literatura y Estética comparadas, y el mejor que sobre tal materia existe en lengua alguna, el que más Europa

Biblioteca Nacional de España

trajo a España, el que más España llevó a Europa, el que, más que un libro, es el panteón de los dioses de la belleza universal, que convida a los hombres todos a vivir de la alta vida en la radiosa cumbre de las ideas, más eternas que los astros.

Y así como la *Historia de las ideas estéticas* es un libro europeo, la de la *Poesía hispanoamericana* es un libro intercontinental, étnico; libro que, como producido lejos de muchas fuentes de información, con falta de algunos ineludibles elementos, podrá no ser definitivo —ningún libro de historia lo es—, podrá no ser perfecto; pero es más que perfecto, es regenerador, fortificante, sugerente, casi profético; con él se inicia la magna reivindicación de España como colonizadora y civilizadora de América, y se aportan materiales riquísimos para tal reivindicación. Leyéndole, sentimos los españoles crecer asombrosamente las fronteras espirituales de la Patria, y sentirán los hispanoamericanos hasta dónde las raíces de su cultura propia, castiza, toda española, y sus noblezas todas de sangre, de mente, de estirpe, surgen del seno de la gran madre común, y cómo al extremo de cada una de las raíces de esa cultura resplandece una gota de heroica sangre española, o una centella de nuestro espíritu, alumbrador de mundos; sentirán cómo nuestro dominio fué desde el primer instante penetración, fusión generosa de sangre y de almas, que, desde los días de la conquista hasta los nuestros, produjo españoles americanizados y americanos españolizados, cuyos grandes nombres son gloria común de las dos Españas. De este libro ya han hablado quienes para ello tienen mayor autoridad y competencia que yo. Básteme decir que sobre ser, como dice nuestro insigne colombiano-español D. Antonio Gómez Restrepo, el «único trabajo magistral que existe hoy sobre la literatura del Nuevo Mundo», ante él se esclarece y revela una gran zona de la Edad más interesante en los fastos humanos, zona de gloria para España, que fué borrada por la calumnia antes de haber sido perpetuada por la Historia.

Entre las grandes reedificaciones del excelso polígrafo, ninguna, acaso, tan cara al sentimiento nacional como la re-

Biblioteca Nacional de España

edificación de nuestro inmortal teatro, expresión la más entera y representativa del genio de nuestra raza. Nadie ignora que Menéndez y Pelayo no escribió completa y sistemáticamente la historia de nuestra insuperable dramaturgia; pero hizo mucho más: sacudió sobre la fosa del pasado la antorcha de su genio y nos enseñó cómo se resucita todo un arte, y, con él, los hombres que lo encarnaron.

En cuatro estudios colosales: los *Orígenes de la novela*, los *Prólogos* a Lope, *Calderón y su teatro* y la *Historia de las ideas estéticas*, amén de algunas páginas de la de la *Poesía hispanoamericana*, reconstruyó enteros los cuatro grandes siglos de nuestra dramática, desde *La Celestina* hasta el advenimiento del Romanticismo. Aquéllo no es historia, no es investigación, no es crítica; es avasalladora realidad, es vivir tiempo atrás, codearse con los creadores del teatro, asomarse a los cauces de la generación estética y a los caminos por donde las ideas vienen para juntarse, en constelación magnífica, en las magnas obras-síntesis; es ver cómo se condensa en la mente de Rojas el viviente poema de amor y muerte de *Calisto y Melibea*; ver cómo, a lo largo del siglo XVI, se va cuajando la forma nacional; explorar enteros el cosmos dramático y la tormentosa psicología de Lope; reconstituir íntegramente la personalidad, el temperamento y la técnica de Calderón; señalar los múltiples elementos que entraron en la elaboración de *La vida es sueño* y en el mundo alegórico de los *Autos sacramentales*, y asentar los cimientos de la crítica definitiva de Tirso, y señalar, a través del siglo XVIII, la corriente prerromántica que enlaza *La vida es sueño* con *El desengaño en un sueño*, y el teatro trágico-prestigioso de Tirso con el *Don Alvaro*, cumbre del Romanticismo. Y, al par que la dramaturgia, revivir la novelística española, desde sus más remotos orígenes hasta Cervantes, en un colosal estudio, que de hoy más será base granítica de la historia del teatro, tanto como la de la novela, en España.

Estudio donde la penetrante observación crítica, el alto sentido psicológico, el heroico espíritu de reivindicación y apo-

Biblioteca Nacional de España

logía patrióticas logran su expresión más excelsa, donde hay retratos en cuya ejecución la pluma de Menéndez y Pelayo iguala al pincel de Velázquez cuando éste, en su manera sintética, llegó al milagro de pintar suprimiendo el color, al paso que prodigaba el alma.

Y ¿qué decir de la maravillosa *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*? En ella alientan, con vida más recia y más amplia que la física, Gonzalo de Berceo, el candoroso trovador de la Virgen y creador de nuestra leyenda romántica; el adiposo y pantagruélico Arcipreste de Hita, autor de la *Comedia humana* medieval; el canciller Ayala, «portentoso personaje, cuya biografía se identifica con nuestra historia política de medio siglo», historiador de cuatro reinados, que por primera vez nos presenta el drama en la historia; Santillana, el egregio, que infudió un alma poética a las nevadas serranías donde se asienta su castillo de romancero; Jorge Manrique, que ató una tierna cuerda elegíaca en el arpa férrea de la poesía de Castilla...

La misma gloriosa divulgación de tal obra me dispensa del comentario, pero no de recordar, en esta hora de patrióticas inquietudes y exaltaciones, que en ésta, tanto o más que en su otras enormes síntesis, parte el gran polígrafo del concepto de la indivisible unidad de nuestra Península y realiza en la región serena de la verdad histórica su plena unificación, así al afirmar que «el primitivo instrumento del lirismo peninsular no fué la lengua castellana, ni la catalana tampoco..., sino la lengua que, indiferentemente para el caso, podemos llamar gallega o portuguesa, y que en rigor merece el nombre de *lengua de los trovadores españoles*, y que la lírica de los trovadores de Galicia pasó a Portugal con todos los demás elementos de la nacionalidad portuguesa, condecorada luego con el pomposo nombre de lusitana, por disimular sus verdaderos orígenes, que en Galicia y León han de buscarse...»; como al consignar que Teófilo Braga, modificando su primitivo criterio, declaró que «aquella nacionalidad se constituyó únicamente por la tendencia separatista de los antiguos Esta-

Biblioteca Nacional de España

dos peninsulares»; y lo mismo al estudiar los cancioneros galaicoportugueses, «mostrándonos esta comunidad de tradición, que es la verdadera clave para estudiar el perpetuo y misterioso sincronismo con que se han movido siempre ambas literaturas (que en rigor *constituyen una sola*)».

Así, en las manos del maestro vemos entrecruzarse las hebras de oro con que se fué tejiendo nuestra nacionalidad moral y literaria, y con el mismo júbilo triunfal le vemos ensalzar las glorias y el espíritu de la literatura catalanoaragonesa y revivir la corte de Alfonso V en Nápoles, y proclamar que en la gloriosa escuela sevillana lucieron los albores del Renacimiento, y que «Dante hizo su entrada triunfal por el río de Sevilla con Micer Francisco Imperial», celebrar al portugués Gil Vicente como al mayor dramaturgo peninsular del siglo XVI, y saludar en el cordobés Juan de Mena la poética adivinación que profetizó la unidad nacional, cuando nos dice: «Fué Juan de Mena de los primeros que tuvieron la visión de la España una, entera, gloriosa, tal como salió del crisol romano, tal como nuestro imperio del siglo XVI volvió a integrarla.»

Para todo ese Imperio escribió Menéndez y Pelayo: para la España que la mano creadora entalló, como en un solo bloque indivisible, entre el Pirineo y las olas de dos mares, y para la otra España de allende el Océano; que nuestra hidalga madre no conquistó para poseer manadas de siervos, sino para ensanchar los dominios de Dios y de nuestro espíritu; para el imperio de nuestra lengua, que es el mayor imperio de la Historia, porque se asentó en los espíritus, y en los espíritus perdura; porque es el arder inextinguible y el reflorecer eterno del alma española, sembrada por tanto mundo. Para todo ese imperio escribió Menéndez y Pelayo, y como si hubiera tenido una vida para cada siglo de nuestro ayer y un alma para cada región de nuestra tierra, en su hospitalaria y profética mente se integró la personalidad milenaria y eterna de la Patria española, nunca tan entera y gloriosa como en las páginas de aquel místico del patriotismo, cuyo espíritu se con-

Biblioteca Nacional de España

funde con el espíritu de nuestra nacionalidad sagrada. Porque Menéndez y Pelayo, no sólo integró en su mente la personalidad ingentísima de la Patria, sino que reveló entero su espíritu y lo levantó al Tabor de la glorificación más excelsa.

Nadie antes que él afirmó y evidenció la potencia y originalidad del pensamiento hispano y la influencia excepcional de España en la educación del mundo: ya cuando imperó sobre Roma con Lucano y con Séneca —además de imperar sobre ella por el heroísmo en Sagunto y en Numancia—, ya cuando alumbró la Europa del siglo VII con la ciencia de San Isidoro, ya al recoger y transmitir a Europa el raudal de luces de la civilización musulmana, ya al producir manifestaciones filosóficas —«creaciones del pensamiento ibero» las llamó el gran polígrafo—, como el *senequismo*, el *averroismo*, el panteísmo judaico-hispano de Aben-Gabirol, el *lulismo*, el *suarismo* y el *vivismo*...» (1); ya al anticiparse en más de cien años a la cultura francesa con los Manriques y Santillanas, ya al señalar con *La Celestina* el nacimiento del drama en Europa y el advenimiento de una nueva concepción de la vida y del amor, ya al completar el planeta y ensanchar como nadie la órbita de la civilización humana, y al producir la más original y gloriosa de las literaturas místicas y al crear el teatro más rico y poético del mundo; al dictar en el *Quijote* la biblia humana de la Edad Moderna; al engendrar, en el siglo XVIII, con Hervás, la *Filología* comparada; con Andrés, la *Historia literaria*; ya adelantándose al Romanticismo europeo, desde el estreno de la *Raquel*, de Huerta, y así superando a Walter Scott en el autor de *El moro expósito*, como rivalizando gloriosamente con Balzac en Pérez Galdós, autor ciclópeo de otra *comedia humana*.

Al hombre que así integró y exaltó la grandeza y el espíritu de la Patria española no es lícito encerrarle en la denomi-

(1) *Marcelino Menéndez y Pelayo* (1856-1912), por Adolfo Bonilla San Martín. Madrid, MCMXIV, pág. 146.

Biblioteca Nacional de España

nación de erudito, ni aun en la de historiador literario; pues siendo egregiamente ambas cosas, fué mucho más: fué el historiador de nuestra alma, el reedificador de nuestra conciencia, el nacionalizador de España.

Y fué, más que en sus versos lapidarios, en su noble prosa viril, desbordante en saberes, constelada de ideas, que arrebata nuestros espíritus, épica y entrañable, como la gran Voz de la Patria, altísimo poeta.

BLANCA DE LOS RÍOS

Biblioteca Nacional de España

El hecho histórico vasco en la unidad imperial de España

No es mi intento hacer de este trabajo una reseña detallada y larga de datos históricos, que una modesta erudición pudiera aportar en fácil abundancia. Trato solamente de buscar, a través de la historia de nuestro pueblo y de la historia general de España, las grandes directrices que han marcado en el pasado el rumbo de la personalidad histórica vasca, para que ellas nos indiquen la manera en que se formó y fortaleció y su entronque con los grandes afanes colectivos de España. ¡Qué bueno sería, para ilustración de equivocados y orientación de quienes, acaso sin grande culpa, formaron falsas conciencias, que se estudiase, profunda e intensamente, la historia de la formación nacional de España, de los grandes anhelos nacionales de España, de la decadencia de nuestra Patria, historia de la que tantas enseñanzas podríamos deducir para encauzar las empresas de nuestro futuro!

Yo quiero ver hoy —como antecedente preciso al estudio de los hondos problemas que la realidad política vasca nos ofrece— la forma en que nuestro pueblo cumplió la plenitud de sus destinos históricos, dentro del área de una España imperial, y deducir de esta lección la enseñanza, que de nuestra historia entera se desprende, de que la España del futuro —esa en la que nosotros soñamos, esa España que será nuestra, porque el formarla ha de ser único fin de todos nues-

Biblioteca Nacional de España

tros afanes—, para cumplir con plenitud su misión histórica, no tiene más que un camino: el camino de la lealtad a los principios fundamentales que alentaron su vida en la Gran Epoca.

* * *

España surgió como unidad nacional, como Nación en la historia, en el mismo momento en que nacieron las demás grandes potencias de Occidente.

A mediados del siglo XV se rompe el equilibrio político de la Edad Media, asentado en la pugna del Pontificado y del Imperio, que Augusto Compte había de calificar como «la obra de arte política de la sabiduría humana». Los títulos de Emperador y de Soberano Pontífice no representan ya para la Cristiandad —escribía Eneas Silvio Piccolomini en 1453— más que nombres sin contenido.» Había desaparecido para siempre un orden político. La voz del Papa, llamando a nuevas Cruzadas, no hallaba ya eco. La unidad moral del mundo se había quebrado. Y entonces, Luis XI en Francia y Enrique IV en Inglaterra, crean, vencidos los señores feudales, y libres de la tutela del Papa y del Emperador, dos grandes naciones. Y las manos hábiles y el pensamiento levantado de Isabel de Castilla, realizan la unidad moral de España.

Desde entonces somos una Nación en el mundo. Hasta aquel momento, España era un mosaico de pueblos, que, a pesar de tener el vínculo de tantas cosas comunes, no habían sentido la unidad de su destino histórico. Fueron los Reyes Católicos quienes hicieron no sólo la unidad material de España al someter toda ella a su dominio, sino que, acertando a ver que un pueblo necesita un pensamiento colectivo, una gran empresa colectiva, dieron a España una razón de ser, una misión histórica. Y su máximo acierto fué aquel de comprender que en el fondo del alma española alentaba ya un

Biblioteca Nacional de España

anhelo imperial, y hacer que ese ideal español, esa gran empresa española, fueran ideal y empresa de expansión.

Entonces entraron los vascos, como los demás pueblos españoles, a integrar la unidad nacional de España. Hasta esa época, el País Vasco, dividido en querellas internas, destrozado en las guerras banderizas de la Edad Media, que en García de Salazar tuvieron fiel cronista, vivía más o menos al margen de los problemas de Occidente. Pueblo fuerte, sus magníficas condiciones para un gran esfuerzo se perdían en los baldíos empeños de sus peleas interiores; señores de Vizcaya guerreaban contra Guipúzcoa, y ésta, con el Labort o con la Corona de Navarra; doce piezas de artillería, que desde fines de la Edad Media figuran en el escudo guipuzcoano, son un recuerdo de aquellas vanas y estériles querellas. Solamente los hombres de la costa, a los que ya el mar marcaba un rumbo de expansión y de aventura, abandonaban el solar vasco para dedicarse al comercio o a la pesca de la ballena (véase P. Larramendi, *Corografía y descripción general de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa*), y ya en el siglo XIV, y aun en el XIII, hallamos ecos de estas andanzas en algunos pleitos, que, por cuestiones marineras, sostienen los hombres de Bilbao con los navegantes de Inglaterra. (V. T. Guiard, *Historia de la Noble Villa de Bilbao.*) Más adelante, este comercio exterior de los vascos se perfecciona y concurren sus mercaderes a las ferias de Flandes, llevan al Norte de Europa sus consulados, construyen en Plencia y en Bilbao naves para la Liga Hanseática.

Pero todas estas no eran sino manifestaciones poco sistematizadas de ese espíritu de expansión que ya anidaba en el alma vasca, y que estaba esperando la ocasión de una gran empresa para rendir la totalidad de su fruto.

Y la empresa llegó con la unidad moral de España. En ella entraron los vascos al mismo tiempo que los demás pueblos españoles, y aun para nuestra historia tiene mayor tras-

Biblioteca Nacional de España

cendencia aquel acontecimiento, porque la unidad de España representa también la unidad vascongada.

El País Vasco nunca ha presentado en la Historia una unidad política. Su personalidad no se manifiesta a través de su organización, sino más bien a despecho de ella. Con la unidad española cesan las guerras de bandos y las paleas internas a que acabo de referirme, y un denominador de aspiraciones y de inquietudes comunes une a los vascos. Y así, la unidad vasca, hoy indiscutible, nace y se forja al calor de la unidad de España.

Si divididos estaban los vascos entre sí, divididos y a menudo en lucha vivían, hasta los Reyes Católicos, los pueblos todos de la península. No les había unido, a pesar del vínculo de tantos intereses y de tantas características comunes, el lazo de un sentimiento nacional, de una política nacional. Y esta maravilla se operó entre las manos providenciales de Isabel de Castilla, que, refrenando los impulsos dispares de una Cataluña mediterránea, de una Navarra francesa, una Vizcaya hanseática y un Aragón entretenido en aventuras de Italia, creó una política española, una nación española.

Y a esta nación dió una empresa, una misión en la historia del mundo. Y «por el dogma de la libertad humana y de su responsabilidad moral, por su Dios y su tradición» (Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, tomo V), surgió en la historia de la civilización cristiana el nacionalismo español.

Un nacionalismo encendido en anhelos ecuménicos de difusión imperial, pero exento de ese exclusivismo agresivo que hace condenables a casi todas las empresas nacionalistas. Un nacionalismo católico, que retrata de exacta manera Ramiro de Maeztu al definir «la posición ecuménica de los pueblos hispánicos, que dice a la humanidad entera que todos los hombres pueden ser buenos, y que no necesitan para ello sino creer en el bien y realizarlo. Esta fué la idea española del siglo XVI. Al tiempo que la proclamábamos en Trento y que peleábamos por ella en toda Europa, las naves españolas da-

Biblioteca Nacional de España

ban, por primera vez, la vuelta al mundo para anunciar la buena nueva a los hombres del Asia, del Africa y de América» (*Defensa de la hispanidad*).

«El poderío supremo que España poseía en aquella época —habla también Maeztu—, se dedica a una causa universal, sin que los españoles se crean por ello un pueblo superior y elegido, como Israel, como el Islam, aunque sabían perfectamente que estaban peleando las batallas de Dios» (*Defensa de la hispanidad*).

Y esta misma idea —que refleja todo el tono católico y cordial de la empresa imperial de España— se me venía al pensamiento al leer, en Christopher Dawson, *Les origines de l'Europe et de la civilisation europeenne*, esta acertada crítica de los errores nacionalistas:

«El mal del nacionalismo no reside ni en su fidelidad a las tradiciones del pasado, ni en su reivindicación de la unidad nacional y del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, sino en el hecho de que identifica esta unidad a la unidad de cultura, la cual sobrepasa las naciones.»

Al nacionalismo español, a la gran unidad y a la gran empresa imperial de España, no cabe señalarle semejante tacha. El imperialismo español, basado en el dogma de la libertad del hombre y de su responsabilidad moral, fué una empresa de salvación de las almas, casi pudiéramos decir que su reino no fué de este mundo, pero por eso mismo fué una empresa de hondo sentido humano y cordial.

Waldo Frank, en su *América Hispana. Un retrato y una perspectiva*, reconoce que «el elemento creador de la conquista española es la presencia humilde, pero penetrante, del amor cristiano».

España no marchó a América a matar a los indios y robarles sus terrenos. A su política interesaba más el hombre que el suelo, y por eso no aniquiló las razas viejas, intentando, al contrario, incorporarlas a la marcha de la civilización. E incluso ese español del pueblo —escapado acaso de la Justicia— que marchó a América entre la turbamulta aventurera de los

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

primeros colonizadores, y allí robó al indio su mujer, cumplió —sin saberlo y, desde luego, torpemente— la parte que en la gran empresa le correspondía, porque «supo que había hecho una cristiana de la india y que su hijo sería cristiano y súbdito del Rey.» «Con todos los escrúpulos ordenados —dice Waldo Frank—, labró una complejidad nunca soñada, y porque fué inconsciente de lo que hizo, en realidad su hazaña fué un caos; pero porque amó, su hazaña vive aún».

No; su hazaña fué un caos —el caos de la América mestiza, que no es, ni mucho menos, toda la América española—, no porque el español de la conquista fuera inconsciente al realizarla, sino porque el impulso imperial que —ese sí, tal vez inconscientemente— alentaba en él, desmayó luego en la flaqueza de nuestra decadencia, y por eso su obra no pudo ser rematada.

En la grave crisis de la América desorientada, tiene culpa grande la decadencia española, que, bajo el impulso de una política sin raíces nacionales, hizo traición a nuestro destino histórico, truncando la obra que España estaba llamada a realizar en el mundo. Los pueblos de América, que el aliento imperial de la Gran Epoca conquistó a la obra de la hispanidad, quedaron sin guía cuando más lo precisaban, y el proceso de su desorientación es el proceso mismo de disgregación de la unidad imperial de España.

Pero mientras esa unidad perduró, animada por el soplo gigante de la gran empresa común, todos los pueblos de España, olvidando y respetando sus diferencias, cultivaron con fervor el anhelo que les unía y dieron cuerpo de Nación a toda una cultura católica y occidental.

Y entre todos los pueblos de España, como ningún otro en puesto de vanguardia, el pueblo vasco contribuyó a esta obra y logró, al mismo tiempo, realizar la plenitud de su destino histórico.

No preciso recordar los nombres de los navegantes, de los misioneros, de los capitanes que unieron el nombre de nuestro país a la obra de la expansión española; su relación sería tan pesada como innecesaria.

Biblioteca Nacional de España

Sólo recordaré que si un vasco —Elcano— es el símbolo máximo de la posesión del mundo por España, fué en otro vasco de Guipúzcoa —Ignacio de Loyola— en quien se hizo cumbre perdurable el espíritu de nuestra misión imperial, al crear una doctrina y una manera, de jerarquía y disciplina, que entroncaron para siempre el alma española de la Gran Epoca con el sentido civilizador de la Contrarreforma.

Y no fueron solamente los vascos de selección los que se incorporaron a la gran tarea española del siglo XVI. Al fin y a la postre, ello no merecería un mayor comentario; en los grandes movimientos civilizadores coinciden siempre inteligencias de un rango superior, cualquiera que sea su origen, y sin un respeto excesivo a las fronteras de la política y de la Geografía.

Pero en la empresa imperial de España fué el vasco del estado llano el que colaboró con la aportación de sus afanes cotidianos. Esta ha sido la única época en la historia en que el país entero se sentía plenamente ligado a una finalidad nacional. En todos los puertos de la costa se montan astilleros, donde se construyen navíos para las guerras y para los descubrimientos. A Bilbao llegan barcos de todas las procedencias europeas. Se intensifica el comercio en las tierras del señorío, y de 1560 son las Ordenanzas del Consulado, que marcan un rumbo en el Derecho del Mar.

Y el esfuerzo vasco se multiplica y agiganta en la tarea de descubrir, colonizar y construir América. Gracias a él hallaremos, más tarde, los difíciles apellidos de los pescadores de Lequeitio o de los labradores del Goyerri, encaramados a los puestos directores de las repúblicas del Sur.

Y he aquí que aquella España magnífica, que sabía ordenar y encauzar en la disciplina de grandes empresas el esfuerzo de todos los españoles, coincide con el apogeo de las Instituciones forales, que los Reyes juraban cumplir y cumplían de hecho, sin mengua ni menoscabo de la maravillosa unidad de nuestro Imperio, que, al fin y al cabo, la verdadera unidad política no se logra por el hecho de consignarla en Constitucio-

Biblioteca Nacional de España

nes y en sus leyes, sino por ese sabio equilibrio que aúna y coordina los afanes de todos en un gran afán colectivo.

Muchas veces he pensado yo por qué, pasado el siglo XVI —en el que, como digo, el País Vasco entero aparece adscrito a todas las grandes tareas comunes—, ya en el siglo XVII, se inicia una suerte de divorcio entre las obras y las preocupaciones generales de España y el país nuestro, que comienza a aislarse un poco y a llevar una vida concentrada, sin nervio y, desde luego, sin brillo. Ya no da hombres de acción, sino secretarios de despacho y funcionarios acomodados en la burocracia de nuestra decadencia.

Y hube de hallar la explicación en una observación certera de nuestro brillante y erudito escritor Miguel Herrero García, que advierte que la literatura de nuestro siglo XVII abunda en diatribas contra la gente de mar.

No cabe duda de que ello es ya un síntoma de nuestra decadencia: navegantes y marineros han sido siempre avanzada de empresas imperiales. El mar fué para nosotros —como para todos los grandes pueblos— el camino del Imperio.

Y no es sino una prueba de que España se aparta de él esta de que sus hombres más selectos —que a menudo suelen ser los más equivocados—. reputen bajas y subalternas las artes del mar. Y siendo éstas tan características de los vascos, explícase también cómo disminuye el interés de su aportación al conjunto de nuestra España, asomada ya al borde de su decadencia.

Pero nación en decadencia, vencida por los errores de una política, la España del siglo XVII es aún una Nación. Con todo el desaliento de sus infortunios, con todo el dolor de su aguda enfermedad interior, el alma nacional perdura a través de los reinados infelices de los últimos monarcas de la casa de Austria.

En cambio, la España del siglo XVIII, a pesar del brillo pasajero de alguno de sus mejores momentos, ya no tiene ningún contenido nacional. Ministros extranjeros o extranjerizan-

Biblioteca Nacional de España

tes —sometidos al influjo de las sociedades secretas— gobiernan España, y si bien es cierto que algunos de ellos construyen carreteras, no lo es menos que todos ellos contribuyen a borrar la fisonomía con que hasta entonces España era una nación en el mundo. Perdemos nuestra política internacional y nos unimos a la marcha de Francia; se olvida las glorias de nuestra cultura clásica y se coquetea frívolamente con las ideas de la Enciclopedia. En el siglo XVIII nace y toma cuerpo esa idea equivocada con la que habremos aún de luchar cuantos aspiremos a un futuro verdaderamente nacional: la idea de que la cultura de Francia es de un rango superior a la española, y, en consecuencia, el abandono de ésta por el cultivo de aquélla.

Este pensamiento se mete tan hondo en las esferas oficiales directoras de nuestro Imperio, que es gente de España la que lleva a nuestras Indias con las doctrinas de la Revolución el germen destructor de nuestra unidad imperial. Ramón de Basterra ha podido decir, con notorio acierto —bien que sosteniendo una tesis contraria a la que de estas consideraciones se deduce— que los «caballeritos de América», como él llama a los precursores venelozanos de la independencia, eran descendientes directos de los «caballeritos de Azcoitia».

Porque —de nuevo metidos en la entraña de las cosas españolas— también los vascos desempeñan un papel en el proceso de nuestra decadencia, como lo desempeñaron en la hora de nuestra grandeza imperial. Ventanal abierto a los aires de Europa y tanto más orientado hacia afuera cuanto menos España le llamaba a una empresa común, el País Vasco fué el primero en recibir y acoger las ideas nuevas que pronto conquistaron a sus clases directoras.

Su error fué el mismo error de toda las esferas oficiales de la España del siglo XVIII: creer que la técnica que ya comenzaba a cambiar el ritmo de la vida europea —los ingenieros empiezan a sonar más que los teólogos— era incompatible con las ideas directrices de nuestra gran época. Y sin intentar acomodar el auténtico pensamiento de España a las necesidades

Biblioteca Nacional de España

y a la marcha de los tiempos nuevos, prefirieron arrinconarlo sustituyéndolo con fórmulas de importación, cuyo máximo vicio fué el mismo en que han incurrido hasta nuestros días tantos revolucionarios de España: olvidar y desconocer la única verdad española, que es el pueblo español.

Pero esta experiencia vasca del siglo XVIII es preciosa en sus enseñanzas y me sirve ahora para subrayar algo que para mí es fundamental en la interpretación histórica del hecho vasco.

Yo siempre he creído que la adscripción total del País Vasco a la obra de España no podía ser fruto de una casualidad, ni de un artificio, y menos aún, de una injusticia política; que la Historia no suele respetar tales argumentos. Colocado el País en la frontera de dos grandes naciones, había de existir una razón de gran fundamento para que los vascos apareciéramos siempre unidos a la médula misma de la misión histórica de España. Y ya es digno de estudio el hecho de que unidos los vascos de España, tan íntimamente, en posiciones de vanguardia a la gran empresa nacional, en cambio, los vascos hermanos, de Francia, cuyas cualidades y condiciones raciales, semejantes a las nuestras, debieran haber rendido análogo fruto, no han significado nunca nada en la Historia de Francia y no han aportado a la obra de la cultura francesa otra cosa que algún hereje suelto como Saint Cyran.

Y es que el alma de Francia, hecha más en el cultivo y en la riqueza de los matices que en la fuerza de una gran idea central, no tiene parentesco con el alma de nuestra raza, que gusta de caminar por la ruta derecha de las empresas claramente definidas. Por eso, la gran empresa imperial de España ha significado para nosotros los vascos el logro de nuestro destino histórico, y el espíritu de Francia no ha conseguido hacer del *Pays Basque* más que un lugar de turismo. Y por eso lo que en los vascos de la Gran Epoca, encendidos en la pasión constructora del Imperio Español, fueron obras maestras, en los vascos del siglo XVIII, diletantes de la Enciclopedia, no fueron sino ensayos.

Biblioteca Nacional de España

Es nuestro siglo XIX el que representa más que otro alguno el olvido en las esferas oficiales de España de todo anhelo nacional, de toda idea imperial. Una política blanda, caduca, de vuelo bajo, preocupada en cosas mezquinas, llena todo lo largo del siglo XIX español. Y, sin embargo, a pesar de este olvido de los ideales nacionales por parte de quienes estaban llamados a cuidarlos y darles cauce, España, la España auténtica, resistiéndose a la marcha y al proceso de su disgregación, realiza, sin apoyos de Gobierno, de espaldas a toda acción oficial, la última de las grandes obras de expansión de nuestro espíritu en el mundo, la última, y tal vez, la más importante y definitiva. Y en esta obra los vascos son también avanzada, colaborando en puesto de vanguardia a la última empresa imperial de España. Veámoslo.

La Historia de España que nos enseñan en las escuelas y en los Institutos es no sólo incompleta. Es lamentable. Conviene que hoy, que queremos comenzar a caminar de nuevo por el camino real de empresas mejores y llenas de un hondo sentido español, conviene que subrayemos, para corregirlos, estos detalles, cuya importancia es trascendental. Para edificar una gran nación precisa reconstruir nuestro espíritu nacional e inculcarlo a la niñez y a la juventud, en la escuela y en la Universidad, a través de una enseñanza inteligente, en la que las materias históricas tengan lugar de preferencia. Pero ha de ser una historia muy distinta de esos dos tipos extremos, y ambos censurables, de que nos han enterado en los centros oficiales y que se reducen al tono patriotero, vanamente inflamado, lo mismo ante lo bueno que ante lo peor, y al tono escéptico y desmayado que impulsa a creer que España, cumplida ya su misión histórica, no tiene otro porvenir.

La historia de nuestro siglo XIX, tal como nos la enseñaron en el Instituto, es, como digo, incompleta y lamentable. Fuera del rasgo gallardo, noblemente español, de la guerra de la Independencia —que en el fondo no fué otra cosa que la rebelión popular de la España auténtica contra la traición de las esferas oficiales, uncidas al carro de una política ex-

Biblioteca Nacional de España

tranjera—, el resto de nuestro siglo XIX no es sino la sucesión de innumerables Constituciones, casi todas malas y todas incumplidas, algunas anécdotas de ministros y generales, algunos discursos llenos de vacío y el final triste de la pérdida de nuestros dominios americanos. Esta es la historia del siglo XIX que nos enseñan en escuelas e Institutos. Pobre y triste balance el que a través de ella pudiéramos hacer del siglo pasado. Y este balance sería exacto si habláramos de la España oficial y solamente a ella nos refiriéramos.

Pero hay otra España distinta, una España fuerte y constante en sus inconscientes anhelos de expansión imperial, que los cumple sin darse cuenta de sentirlos. Una España auténtica, que desde los primeros momentos de nuestra decadencia se ha ido desentendiendo de esa otra España oficial, caduca e inferior a su misión histórica. Tal vez en lo más hondo de este difícil proceso de desorientaciones que nos ha traído a esta situación de hoy, en que se mezclan ya dolores y esperanzas, no hay sino ese trágico divorcio entre una España activa, preocupada de problemas serios y actuales, y esa otra España oficial, cultivadora de una política sin directrices claras y lamentablemente entretenida en el frívolo bizantinismo de las cosas vanas sin ningún concreto contenido.

Y he aquí que en el siglo XIX, esa otra España popular y auténtica ha realizado la última hazaña imperial de nuestra historia, y mientras nuestra torpeza política perdía colonias, el esfuerzo individual —colectivo mejor, pero colectivo sin trabazones oficiales— de miles de españoles del pueblo las reconquistaba al espíritu inmortal de la Patria.

Y es que en el siglo XIX miles de españoles de las regiones todas de España —y entre ellos en la más avanzada de todas las posiciones y en la más eficaz de todas las luchas, los vascos los primeros— marcharon a la Argentina e hicieron que entre el maremágnum de todas inmigraciones que aquel gran país recibía, fuera el espíritu de nuestra España el que predominara, ligando así el alma de una gran potencia del pasado con el de una potencia del porvenir.

Biblioteca Nacional de España

En la América Española, teatro de nuestra mejor labor de expansión, es fácil trazar esta divisoria entre la España Imperial y la España de la decadencia, y es curioso llegar a una conclusión a que rápidamente llegaremos.

La España Imperial —me refiero a la España de la Gran Epoca en que las Instituciones y las esferas oficiales estaban dominadas de su anhelo de Imperio— tuvo por centro de su expansión americana a Lima. Toda la costa del Pacífico americano está llena de nuestros vestigios imperiales. Desde Panamá hasta la fortaleza de Niebla, en el Sur de Chile, en casi todos los puertos de la costa nuestros colonizadores grabaron en piedra, como un sello, las armas de nuestro Imperio, pero en ninguna parte como en Lima —Palacio de Torre Tagle, Casa de Pirasco— perduró tanto tiempo el ánimo imperial de España, que puede allí tener por símbolo la gloriosa Universidad de San Marcos.

Cuando España decae, cuando a juzgar por la frivolidad y el desaliento de nuestras representaciones oficiales la España Imperial ha muerto, el centro de nuestra expansión en América es Buenos Aires.

Cuando nosotros hablamos en ese tono lírico de velada de Ateno de «nuestras hijas de América» y llamamos hija de España a la gran nación argentina, precisa que hagamos una aclaración: ¡La Argentina no es hija de la España oficial, no tiene nada que ver en su origen con la España oficial; está ligada, en cambio —¡y de qué manera tan honda y decisiva!—, a esa otra España popular y auténtica, cuyo divorcio de las esferas oficiales tenemos tantas ocasiones de acusar. Esa España de verdad, apartada de la política, y que ha sido, fiel a los imperativos de su claro destino histórico, la que ha conservado —desde luego inconscientemente— y ha cumplido nuestro anhelo de expansión.

La emigración española de la Colonia sentía el atractivo de las minas de oro de México o del Perú, y se arriesgaba a subir al altiplano de Bolivia o descender a los valles verdes y

Biblioteca Nacional de España

ricos del Chile lejano, donde el clima era grato y la vida tranquila y fácil. Pero la Pampa —la Pampa inmensa, desierta, infinita—, la Pampa sin límites, sin árboles, sin agua y sin sombra, no llamaba a la imaginación ni a la ambición de nuestros colonizadores. Por Santa María de los Buenos Aires, a las orillas de un río que parece mar por su anchura, pasaban solamente algunos misioneros en marcha hacia las reducciones jesuítas del Paraguay. Y llegaban funcionarios poltrones de nuestra administración de Indias, militares burocráticos y apacibles que nada querían saber de luchas ni de conquistas.

(Poco a poco, todos los cuadros de nuestra burocracia colonial habían ido llenándose de gente así. La España oficial había perdido nervio, y los españoles con ella en contacto lo perdían también. Esto que ahora llaman «enchufismo» no es invención de nuestros días, es una plaga unida de manera consustancial al proceso todo de nuestra decadencia. Nuestra América, que había sido teatro de tantos esfuerzos nobles, campo abierto a tantas ambiciones levantadas, no fué, durante el siglo XVIII, mas que blando acomodo de funcionarios adormecidos a la sombra del presupuesto oficial. Así se creó el ambiente propicio a la rebelión americana.)

La Argentina, repito, no es hija de la colonización oficial española, de aquella colonización que llenó América de soldados, de clérigos, de oidores e inquisidores; hombres de lucha y de espíritu cuyo brío fué desmayando con el desmayo de toda la España oficial. La Argentina es la obra de otro esfuerzo muy distinto: es obra de nuestros bravos emigrantes —hijos auténticos de la España auténtica— que hace ochenta o cincuenta años embarcaban en Bilbao, o, mejor, en Burdeos, porque la España oficial no les prestaba siquiera barcos, que no los tenía. Y allá se iban, camino de América, sin concesiones del Gobierno ni títulos del Rey. No llevaban credenciales de Magistrado, ni prebendas de Canónigo, ni galones de Coronel. En realidad, apenas sabían quién era el Rey, y desde luego ignoraban cuál

Biblioteca Nacional de España

fuera su Gobierno. Vivían al margen de la política. Tampoco ellos tenían contacto con la España oficial. Pero ellos eran España. Y mientras la España oficial perdía las últimas colonias, ellos —el espíritu inmortal de la España auténtica— reconquistaban América.

Hacia ella fueron buscando su fortuna, sabiendo que la Fortuna es hija del esfuerzo. A lograrla marchaban enteramente solos, enteramente pobres. Pero pobres sin odios, pobres sin amargura, porque a ellos no había llegado el veneno de las propagandas de ahora.

Si en el puerto de embarque alguien se les hubiera acercado para hablarles de lucha de clases o de revolución social, ellos se habrían encogido de hombros y habrían continuado su camino. Y con aquellos proletarios españoles, miles de gentes de Europa entera marcharon a la Argentina a trabajar, a luchar, a sufrir y a triunfar sin saber qué quiere decir Casa del Pueblo, Segunda Internacional ni Soviet de obreros y campesinos.

La Argentina es hija de ese esfuerzo magnífico, de esa gran gesta de la colonización, que no ha tenido un Ercilla ni un Camoens; que no ha perpetuado en lápidas, ni en bronces, ni en títulos del Reino. Pero que ha sido la predilecta de la Fortuna, que siempre espera al fin de la ruta dura del trabajo.

Y entre esa maremágnum, digo, de tantos inmigrantes de procedencias diversas, han sido los españoles los que han hecho prevalecer su espíritu nacional, nuestro espíritu nacional, incorporándolo al alma nacional argentina, haciendo que hombres del más distinto origen aprendan y hablen el idioma de Castilla, que toda una gran nación llame a España Madre Patria y que todas las propagandas extranjeras, más hábiles que la nuestra, mejor mantenidas que la nuestra, controladas por sus políticas respectivas en forma en que la nuestra jamás lo ha estado, hayan resbalado sobre el espíritu del pueblo argentino que es y será el mismo espíritu nuestro, porque la nuestra, nuestra propaganda, no está hecha a base de grandes trasatlánticos, ni de grandes misiones científicas, ni de exportación ra-

Biblioteca Nacional de España

zonada de libros, ni de ninguno de esos grandes medios que los Estados son los que tienen a su alcance; pero está hecha, en cambio, por cada español de América y por todos los españoles de América, que llevan dentro, sin presentirlo, desde luego sin saberlo, ese sentido cordial y hondo de expansión imperial, que es la verdadera, la auténtica vocación de España.

He aquí, pues, cómo en el curso del siglo XIX —ese siglo del que nuestros libros de Historia sólo cuentan las frivolidades y los errores de nuestra España oficial— también se ha realizado una obra imperial española.

Y la observación paradójica a que yo quería llegar, y a la que estas consideraciones nos llevan por fuerza, es ésta: mientras nuestros antiguos Virreinatos de la Gran Epoca son hoy pequeñas naciones atormentadas en infinitas preocupaciones políticas y económicas, la República Argentina, próspera y rica, es la obra que con más claro orgullo puede mostrar España a los ojos del mundo.

Lo que nos lleva a una conclusión consoladora: el espíritu expansivo de España no solamente no ha muerto, ha crecido y se ha orientado cuando sin tutelas oficiales, sin contactos con una política equivocada, se le ha dejado seguir la senda de su impulso.

Y como una «constante» histórica, también en esta empresa ponen los vascos todas las características de su carácter, de su tradición y de su raza al servicio de España.

Tal vez en esta empresa mejor que en otra alguna, porque durante el siglo XIX, en que esta labor se acomete y se realiza, es, precisamente, cuando el verdadero espíritu vasco se pone de relieve. El siglo XIX representa para el País Vasco la máxima convulsión con que un pueblo puede ver agitadas sus entrañas vitales.

El siglo XIX quiere decir para el País Vasco guerra civil. Es la hora de nuestras guerras civiles. Si para España entera

Biblioteca Nacional de España

las guerras civiles significan una convulsión violenta, cuánto más han de significarlo para un pueblo que se dividió todo él y que luchó todo él encuadrado en uno de los dos bandos en pugna, para el pueblo que sufrió durante todos y cada uno de los días de la lucha todas las angustias que a ella acompañaban. Las guerras civiles dejaron huella en el alma vasca, ellas quebraron para siempre el ritmo de su tradición y de su historia.

¡Tradición! Los vascos somos muy dados a hablar de nuestra tradición; todos somos tradicionalistas, todos nuestros partidos políticos suelen llamar a la tradición en apoyo de sus tesis. Y en realidad, no hay una tradición vasca. Hay dos tradiciones vascas, de carácter tan distinto, tanto, que parecen contradictorias, que cuando oigamos apelaciones a la tradición vasca precisa que invitemos a concretar a cuál de las dos se hace referencia.

Voy a explicarme muy brevemente.

Durante los diversos momentos históricos a que me he ido refiriendo en el curso de esta disertación hemos apreciado la aportación vasca constante, a manera de avanzada en las empresas de expansión española. Desde las primeras horas de nuestra difusión nacional en Flandes o Italia, y sobre todo en América, los vascos han sido vanguardia. La erudición más modesta me permitiría corroborar esta afirmación con las más rotundas y reiteradas pruebas. Cito como comprobación, bien que ninguna precise, las obras famosas de un ilustre historiador de España, Segundo de Ispizúa.

Esta es una tradición vasca, tradición expansiva, de pueblo fuerte, que no puede limitar su actuación al campo pequeño al que el mar y los montes ponen cercana frontera. Tradición unida, empotrada a la tradición imperial de España.

Pero hay otra tradición también; tradición modesta, sin brillos de historia, de los buenos vascos que a la sombra de la Iglesia matriz sembraban y cosechaban en los campos duros y difíciles de nuestros valles pequeños, mientras sus hermanos

Biblioteca Nacional de España

más fuertes y más audaces cruzaban mares, frecuentaban Universidades, colonizaban pueblos. Ellos también cumplían su misión en la historia, guardando con su idioma viejo sus viejas leyes, sus virtudes raciales, y siendo siempre potencia de lo que sus hermanos de fuera eran realidad.

El nacionalismo vasco —que como doctrina es, a mi juicio, un error de visión histórica—, cuando habla de tradición, es a esta segunda tradición a la que se refiere. Yo advierto que las dos existen, que las dos tienen su base de realidad en la Historia; de las dos prefiero la primera. Pero, en fin, es una preferencia de tipo personal, que no olvida la existencia de esa otra tradición más modesta de que hablé.

Nosotros quisiéramos unirlas hoy en una sola directriz para el futuro. Cultivar, cultivar con fervor y pasión todo ese encanto de las viejas cosas nuestras y aprovechar el brío magnífico, que con ellas se forjó y se depuró, para obras grandes. Creemos que nuestras posibilidades como pueblo, como raza, como colectividad, no tienen campo bastante dentro de los límites a que un nacionalismo restrictivo y equivocado quiere reducirlas, a despecho de las esencias de lo que habría de ser una verdadera idea nacionalista, que en todos los tiempos y en todos los países ha ido unida a un concepto de expansión.

Nosotros queremos unir a esa tradición que cultivó durante siglos nuestras pequeñas cosas viejas esa otra tradición de expansión universal que cumplió la totalidad de su destino histórico, dentro del área imperial de un gran destino español.

Y con esto estamos ya tocando el problema, el auténtico y verdadero problema vasco, que la honda crisis del siglo XIX planteó de súbito.

Antes de las guerras civiles —y vuelvo al tema que abandoné— el País Vasco era un territorio tranquilo y aldeano, lleno de un modesto agrarismo cordial; desde que en el seno de la unidad española se había logrado la unidad vasca, no había habido luchas en el país. Los vascos cultivaban el campo y amaban a Dios sobre todas cosas; en la costa vivían de la pes-

Biblioteca Nacional de España

ca y a veces, para alcanzarla, se adentraban en el mar y llegaban hasta Terranova; unas leyes sencillas resolvían los problemas, también sencillos. De las casas más fuertes salía, de vez en cuando, un muchacho a la Universidad de Valladolid o a la de Salamanca, y como a menudo era juicioso y trabajador, hacía carrera en la Corte. Muchos segundones aventureros, gente de rompe y rasga, se iban al Ejército o marchaban a América, o se hacían corsarios, llegando acaso a Almirantes de las Armadas Reales. Son éstos, precisamente, los que hemos encontrado metidos de hoz y coz en todas las grandes empresas españolas. Constituían, como antes dije, una tradición también, pero viviendo fuera del País, apenas llegaba a él el estrépito de sus hazañas. Es más; con gran frecuencia, estos capitanes o almirantes regresaban a su País al final de su carrera, adquirían campos y caseríos y constituían con ellos un vínculo para sus descendientes. Y ya la siguiente generación se había sumado, de la más normal manera, a la paz del ambiente.

Y, en esto, la guerra civil. Sobre el fondo de paz absoluta, primero siete y luego cuatro años horribles. Años parecidos, para que podamos darnos una idea de lo grave e irreparable de tal convulsión, a lo que han sido los días terribles de la revolución de Asturias. También allí los incendios, las destrucciones, los fusilamientos, los asesinatos, la guerra de escaramuzas entre vecinos, entre parientes, a veces entre hermanos.

Las guerras civiles quebraron para siempre nuestra paz tradicional. Todas las familias vascas, sin excepción, conservamos las armas, sables de jefe o machetes de soldado, con que nuestros abuelos cortaron violentamente la historia pacífica de nuestra estirpe.

La capa de tranquilidad que encubría adormecida la pujanza de todo un pueblo desapareció de súbito. Y este pueblo abrió los ojos desorientado ante los problemas de una vida nueva.

Surgió una generación —la generación siguiente a nuestras guerras civiles— con dos notas características: odio a la guerra, que había resultado un largo esfuerzo sangriento y baldío, y desprecio a la política que a ella había conducido. En conse-

Biblioteca Nacional de España

cuencia, una generación de un terrible individualismo.

Las condiciones de sus hombres hallaron, en la industria, en el comercio, en las profesiones o en el arte, campo de lucimiento.

Y este es el momento en que España entera comprendió que aquellos hombres de Vizcaya, que construían ferrocarriles y tenían flotas y creaban Sociedades y fundaban Bancos, eran gente poderosa y fuerte.

Es, en efecto, una generación vasca brillante. Pero totalmente individualista. Por eso, entre tantos hombres de talla, los vascos no hemos tenido un político. Porque el político nace y crece para el ejercicio de funciones colectivas. Y en el País Vasco no había política porque no había espíritu colectivo. Todo se limitaba a una administración recta y honrada, desinteresada de la política en todo aquello que no afectara a sus intereses de manera inmediata.

Pero un pueblo no puede vivir sin un ideal político colectivo. El nuestro era un pueblo fuerte y sano, pero desorientado. Era ambiente propicio para todas las propagandas que llevaran algo de belleza o de justicia en sus programas. Y, claro está, estas propagandas llegaron. Pero llegaron equivocadas, adulteradas, llenas de errores históricos.

Ese individualismo acusado de la generación posterior a las guerras civiles, su desinterés por toda preocupación colectiva, su olvido de lo que sobrepasara la esfera de las actividades privadas, el abandono, por su parte, de muchas de nuestras viejas cosas tradicionales, hizo nacer una reacción contraria que surgía con el intento inicial, y probablemente sincero, de que no se quebrara nuestra personalidad colectiva, de que no se perdiera para siempre el acervo de nuestro pasado histórico.

Así se inició un renacimiento vasco que levantó en el País la bandera de muchas causas nobles y justas y de muchas elevadas intenciones.

Pero en seguida se metió hasta sus entrañas el veneno de

Biblioteca Nacional de España

la política, y ella llenó ese renacimiento de mixtificaciones y torció el rumbo de muchas intenciones claras.

Y era defícil de evitar que tal ocurriera. El nacionalismo vasco nace en un momento de gran decadencia española. Son los momentos así los más propicios a procesos de desintegración. El pueblo vasco no tenía después de la grave convulsión de sus guerras civiles un claro ideal colectivo. Pueblo fuerte y recién nacido a un mundo de preocupaciones nuevas, precisaba, como acabo de decir, un pensamiento político. Lo estaba esperando, deseando. Si en aquel momento España —la gran totalidad que es España— hubiera tenido ese pensamiento, ese ideal colectivo, hubiera sido no ya fácil, sino irremediable que los vascos se hubieran adscrito —y como siempre, en puesto de vanguardia— a la gran empresa nacional.

Pero España, la España posterior a las pérdidas coloniales, estaba enferma de desaliento. Su política carecía de brío y de sentido nacional. Y pudo haber quienes tomaran por muerte su desmayo. Entonces fué fácil ir separando a muchas gentes sanas, pero desorientadas de nuestro País, de la única ruta verdadera. Así nació el movimiento nacionalista vasco.

Para darle fuerza y empuje sus primeros propagandistas recogieron, como dije, del ambiente del País muchas causas justas y entrañables: el cultivo de nuestras notas tradicionales, el orgullo de nuestra raza, la conservación del vascuence, el culto a las reivindicaciones forales, al constante anhelo de autonomía que anida de manera permanente en el alma de nuestro pueblo.

Pero todas estas causas nobles y justas no fueron defendidas por sí mismas, clara y sencillamente. Había nacido ya la idea secesionista, y todos esos medios fueron administrados con la intención de servirla, y el juego de reacciones, que es en el fondo el único ritmo de toda política, hizo dividir el País en dos bandos, que la lucha envenenó e hizo irreconciliables, dando así a muchas ideas respetables un sentido sectario de que en sí carecían y rompiendo de una manera definitiva y cada día hasta hoy agravada, la vieja y tradicional armonía vascongada.

Y ya en este plan de lucha, el nacionalismo, marchando

Biblioteca Nacional de España

más o menos claramente hacia finalidades separatistas, cultivó el renacimiento de nuestras viejas notas tradicionales, más que por serlo, porque servían a su política y les dió, con grave error de visión histórica, el nombre antipático e impropio de «hechos diferenciales».

Grave error, porque «hechos diferenciales» son aquéllos que separan a un pueblo de los grandes destinos nacionales que le unen a otros en el seno de una gran unidad. Y la historia nos demuestra, y ya en el curso de estas consideraciones ha quedado con hartura señalado, que mientras el pueblo vasco vivió a lo largo de los siglos su vida auténtica y propia, realizó su destino dentro del área imperial de la unidad de España, y a ella sirvieron todos aquellos en los que se hicieron cumbre las características tradicionales del País.

Por eso, hace falta decirlo y subrayarlo en esta hora de desorientación política, en que tan expuesto se halla el observador a fáciles ofuscaciones y generalizaciones equivocadas, lo que ha fracasado últimamente en el País Vasco no es una política vasca. Es una política de odios —el odio no es vasco, pues nunca anida en el alma de los fuertes—, basada en la creación y cultivo sistemático de hechos diferenciales».

Una política así es por fuerza equivocada. Porque los hechos diferenciales son obstáculos opuestos a la marcha ascendente de la civilización y de la catolicidad, que no son sino aspiraciones a grandes denominadores comunes, ya que la civilización trata de unir a los hombres y a los pueblos en unidad de cultura, y el catolicismo los lleva a una comunión suprema en unidad de fe.

El cultivo de estos que llaman y no son hechos diferenciales ha sido base de la propaganda nacionalista. Y el grande error, el craso error de la política contraria, ha sido no reconocer que muchas de esas notas tradicionales de nuestro País tienen solamente de separatistas la intención con que se las cultiva, y carecerían de ese sentido adulterado si se las incluyera sin recelo en un gran programa de reivindicaciones justas, quitando el monopolio de su defensa a quienes las defienden para el servicio de finalidades partidistas.

Biblioteca Nacional de España

Así, por ejemplo, el vascuence, el eúzkera, nuestra vieja lengua vernácula, el más antiguo y por tanto el más español de todos los idiomas de España. (También él «merecería ser declarado monumento nacional».) En el programa y en la propaganda del nacionalismo, su cuidado y su cultivo constituyen principio fundamental. Oyeron decir a Mistral que la lengua es la llave de la libertad, y en el fondo de su labor euzkérica los nacionalistas tienen siempre presente el pensamiento del gran poeta. Olvidando, en cambio, la lección de la historia que, como hemos visto, nos explica de qué constante y fervoroso modo, cuando el vascuence era el idioma de todos los vascos, éstos aparecían unidos a las empresas imperiales de España.

Pues bien, si la política nacionalista ha cultivado el vascuence por creerlo «llave de la libertad» y «hecho diferencial», la política contraria lo ha abandonado, y casi iba a decir lo ha perseguido, reconociendo así ese error que yo censuro y alimentando, con su negativa a peticiones de justicia, ese movimiento de subversión secesionista que ahora nos toca lamentar.

Y es que este problema, el del eúzkera, carece en sí mismo de todo sentido político. Error grande es el nacionalista al pretender dárselo, pues con ello aleja y dificulta su solución, pero error tan grande es el contrario al creerlo, pues así cede una bandera justa a un programa de finalidades contrarias.

¿Por qué no intentar —y estas palabras de invitación a la cordialidad, que a unos y a otros van encaminadas, quisiera que fueran escuchadas, tanto aquí como allá, con la misma limpia intención con que se pronuncian— separar el veneno de la política de estos problemas que son ajenos a ella?

Por ejemplo: un gran número de aldeanos de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa ignoran otro idioma que el vascuence. Reconocida esta realidad —que se podrá lamentar, pero hay que reconocer—, ¿es demasiado pedir que el funcionario ante el que estos hombres contraten conozca su idioma? ¿No es de sentido común, de derecho de gentes, que cuando vayan a otorgar testamento pueda éste ser extendido en el idio-

Biblioteca Nacional de España

ma en que ellos se expresan, ya que de otro modo carecen de todo control sobre su propia y última voluntad? ¿Y no es también de elemental razón que sus hijos, antes de conocer el castellano, aprendan los grados primeros de su enseñanza en la única lengua en que pueden entender lo que se les quiera explicar?

Y si todo esto es de sentido común y nada tiene que ver con la política, ¿a qué mezclar ni consentir que se mezclen con estas cuestiones, en que de tan fácil modo pudiéramos todos llegar a un acuerdo, las pasiones y los venenos que evitan las soluciones de armonía?

Esta es la solución, la única solución de este problema nuestro, en el que la política desorientada de nuestros Gobiernos no cayó en cuenta hasta que se ha presentado revestido de caracteres de máxima gravedad. Hay que llegar a una armonía cordial; hay que quitar todo cariz político a lo que en sí carece de él; hay que estudiar sin recelo todos nuestros problemas y precisa darles una solución sincera. Por suerte —y por obra de la Divina Providencia, que de tan especial modo vela por todos nosotros—, el alma vasca no está perdida para la gran obra de España. Yo estoy seguro de que en ella hallará eco, como siempre halló, todo llamamiento a una empresa imperial. Pero para esto es preciso ir derechos todos hacia esa empresa.

No hace mucho, en el Parlamento, un político de Cataluña, tratando de los problemas de aquella hermosa y magnífica región de España, dijo que a España falta ahora un gran ideal nacional. Esta afirmación, desde luego certera, no pasa de ser, así expuesta, una fácil posición crítica.

Precisa un poco ahondar en el tema para llegar a la posibilidad de soluciones claras y eficaces.

Para que un gran ideal nacional surja y perdure precisa alentarlo de modo constante creando grandes empresas colectivas. España no tiene hoy una gran empresa nacional, una labor que pueda servir para aunar los afanes de todos. Por eso perdemos el tiempo en ahondar y hasta en crear artificalmente diferencias políticas e ideológicas: porque el vínculo que nos

Biblioteca Nacional de España

une, el que serviría para contrarrestar toda labor de disgregación, no es suficientemente fuerte. Y no lo es porque carece de un contenido claro y definido.

Si tuviéramos empresas colectivas tendríamos intereses comunes, coincidencias de afanes, el gran ideal que necesitamos.

Y al hablar así, yo no quiero pronunciar palabras vacías. No es la ocasión, ni el momento de trazar ahora ante vosotros un gran programa que llene este vacío que acusamos. No cabría, realmente, dentro de los términos reducidos de este modesto ensayo. Y de todas suertes, no soy yo la persona indicada para trazarlo. Pero, a modo de ejemplo y muestra de lo que cabe hacer y debe de hacerse en este sentido, permitidme una consideración a la que puedo aportar alguna —siquiera sea breve— experiencia, que hace referencia con algo que se liga de manera muy estrecha con los temas objeto de este trabajo.

España es, entre las naciones de Europa, una de las de mayor desarrollo de costas. España es, por su tradición histórica, una gran nación marinera; dominó el mar y para ella —como antes dije— fué el mar el camino del Imperio. España tiene hoy, a través del mar, una política que desarrollar; una política de unión, de relación estrecha con aquellas otras naciones de América en las que alienta su espíritu histórico y en las que viven tantos connacionales nuestros. Política que no es solamente de lirismo vacío, sino de muchas realidades tangibles.

Para realizarla, España precisa de manera absolutamente necesaria y urgente una Marina adecuada a su categoría de nación que quiere llevar a cabo una misión en el mundo y que quiere representar algún papel en el concierto de las naciones. Y España no la tiene.

¡Cuántas veces en alguno de esos grandes puertos de nuestra América —sobre todo en Buenos Aires—, al presenciar el aribo de alguno de de los magníficos trasatlánticos alemanes, italianos o franceses, llenos acaso de pasajeros españoles e hispanoamericanos, me ha tocado lamentar con compañeros y compatriotas míos el hecho doloroso de que España carezca de una Marina proporcionada a sus necesidades y a sus deberes!

Biblioteca Nacional de España

He aquí —y lo digo solamente a manera de ejemplo—, he aquí, entre otras, una gran empresa colectiva: crear y mantener esa Marina sería función que uniría con preocupaciones, anhelos e intereses comunes a toda la periferia española: Galicia y Levante, el País Vasco y Cataluña tendrían una empresa común.

Yo siempre he creído que el nacionalismo ha surgido y se mantiene en nuestro país porque en el seno de las familias vascas faltan temas españoles de conversación.

En el momento en que existieran —y al decir temas de conversación quiero decir problemas, intereses, preocupaciones—, el nacionalismo vasco habría concluído

A España le falta en esta hora difícil que nos toca vivir realizar una labor previa al logro de un gran ideal colectivo. Hay que rehacer, ante todo y sobre todo, la unidad moral de España. Un país no puede cumplir su misión histórica mientras en su seno perdure el veneno de la lucha de clases y de los antagonismos separatistas. Hay que hacer la unidad moral de España. Que no quiere decir sumisión de los españoles todos a la uniformidad de unas mismas leyes y de unas mismas normas de Gobierno. No; unidad no quiere decir uniformidad. Unidad moral es, sobre todo, armonía.

Para lograrla hagamos todos este doble propósito:

Respetemos aquello que nos separa.

Cultivemos, cultivemos con fervor lo que nos une.

Y sobre esta base, de nuevo, marchemos hacia un futuro imperial de España.

España entera pide en esta hora una *política de autoridad*. Pero política de autoridad no quiere decir solamente política de energía; es, ante todo y sobre todo, *política de jerarquía*. ¡Jerarquía! Exaltación de los valores morales coordinación de todos los esfuerzos individuales, creación de grandes fines colectivos, selección constante de los mejores. Y todo ello con la trabazón de una disciplina. Disciplina que no

Biblioteca Nacional de España

es solamente pedestal y fuerza para quien manda, sino recuerdo constante de sus deberes. Y lugar adecuado para cada esfuerzo.

No será mal remedio de muchas calamidades nacionales este de colocar a cada uno de los españoles en el lugar que concretamente le corresponde. Nosotros hablamos mucho de los defectos de la política y gustamos de ejercer de manera constante funciones de censor de sus dirigentes y olvidamos a menudo que para que un pueblo cumpla con sus deberes colectivos precisa que en el seno de la colectividad cada ciudadano cuide de manera vigilante de cumplir sus deberes privados, profesionales o familiares.

La gran armonía nacional solamente puede darse cuando se establece el equilibrio de todos los que la Nación componen. ¡Política de jerarquía! Cuando hayamos llegado a conseguir que el maestro o el catedrático se dediquen a instruir y no a tomar su cátedra o su escuela de escabel de propagandas partidistas; cuando los estudiantes concentren su actividad en los libros; cuando el trabajador profesional y el patrono y el obrero cumplan durante sus horas de labor con máxima perfección su empeño y olviden su deseo obstinado de perturbar por la fuerza del dinero o por la del número las directrices de una política nacional, entonces habremos conseguido encauzar el esfuerzo de todos los españoles en el mejor servicio de España.

Y sobre ese régimen de disciplina consciente, que respete los derechos de todos, pero sepa exigir a todos el cumplimiento de sus deberes, habremos realizado la unidad moral de España y sentado las bases de un orden nuevo.

Un orden nuevo, lleno de un hondo sentido nacional, en el que otra vez España, poseída del gran papel que le tocó desempeñar en la historia del mundo, vuelva a ser la que levante bandera de vigilar y propagar nuestra vieja y gloriosa cultura española impregnada de todo un hondo sentido, a un tiempo católico y accidental.

Es cierto que nos falta un gran ideal colectivo y cierto, también, que nuestro porvenir nacional lo necesita.

Biblioteca Nacional de España

Pero un ideal no se importa, ni se crea por la fuerza de procedimientos mesiánicos.

La enfermedad de España es hoy la misma enfermedad del mundo. Se ha quebrado la calma del viejo equilibrio y asistimos desorientados al nacimiento de una hora nueva. Se nos escapa de entre las manos la inquietud incoercible de este instante de mudanzas graves. Y claro está, no hay —repitámoslo a todos aquéllos que a modo de solución nos ofrecen la panacea de un sistema, de una palabra—, no hay una fórmula concreta que pueda resolver problemas que cambian a la luz de cada día.

Bastante será evitar que esta desorientación degenere en luchas criminales. Bastante será encauzar la pasión de todos los fuertes, separándola del camino de los extravíos irreparables. Que esta ha sido, a fin de cuentas, la tarea de toda buena política. Conjurar dificultades, prevenir conflictos, encauzar fuerzas, orientar opiniones. Nunca hacer milagros.

El milagro no entra en el terreno de las previsiones políticas.

Aspiremos, inicialmente, al logro de las cosas más sencillas. Y esta es una: que cada uno cumpla sin alharacas, pero sin desmayos, su deber de cada día. Que tenga en cuenta que al hacerlo sirve del mejor modo a la gran causa colectiva. Y pensemos todos que solamente puede sentir el orgullo de ser hijo de un gran pueblo aquel que ha sabido contribuir a su grandeza.

JUAN PABLO DE LOJENDIO

(Esta conferencia fué pronunciada por el Sr. Lojendio el día 8 del actual mes de Febrero, en el Centro de Acción Popular de Madrid.)

Biblioteca Nacional de España

La Medicina y Farmacia en Guadalupe

No se recuerda cómo polemizó el siglo XIX para dilucidar el tema de la existencia de una Escuela de Medicina, Cirugía y Farmacia en el Monasterio de Guadalupe.

El doctor Hernández Morejón hizo un elogio que el doctor Chinchilla, tomando la posición sistemática de contradictor adoptada por él, calificó de fantástico. El doctor Nicolás Ruiz Jiménez refutó a Chinchilla en su *Escuela de Medicina del Monasterio de Guadalupe*, y Nicolás Díaz Pérez, biógrafo de los extremeños, hizo uso de la palabra contra Hernández Morejón. Barrantes, el bibliógrafo, con la aportación de datos positivos, impuso un rigor técnico a las afirmaciones. Ya no podía hablarse de Guadalupe empleando únicamente el lirismo para ensalzar o deturpar el Monasterio.

El monumento, con sus piedras, y los archivos, con sus datos ingenuos de contabilidad, oficios y sepulturas, hablan más que todos los disertantes. Los últimos historiadores de la casa —D. Germán Rubio y D. Carlos García Villacampa— han hecho obras de investigación personal, ofreciendo conclusiones documentadas.

Las piedras y los archivos responden para decirnos que ese gran centro, cuya acción, después de ser peninsular fué europea, extendiéndose finalmente al mundo americano y al oceánico, no podía haber dejado de tener importancia en un orden que le interesó desde los primeros años, desde que era un santuario local extremeño, la salud de los visitantes.

Biblioteca Nacional de España

Guadalupe, ermita del fervoroso pastor Gil Cordero, priorato secular después de la batalla del Salado, empieza a tener magnificencia cuando en 1389 se funda allí un monasterio de Jerónimos. Su grandeza se ve en la perspectiva del tiempo y se aprecia mejor comparándola con la de otro monasterio famoso: El Escorial es imponente; Guadalupe, conmovedor. El Escorial es la obra de un cetro y de un hombre; dentro de un solo reinado, el granito de la fábrica completa el paisaje de la serranía castellana. En Guadalupe la religión, el pueblo y los siglos hacen lo que nunca realiza el acto personal del Monarca más coordinador de actividades.

Hay otras diferencias. El Escorial es un esfuerzo de concentración tibetana. Guadalupe, proa de audacia, parece correr hacia los mares luminosos. Se orienta en la dirección de la historia de España y avanza con ella. Los peregrinos del Norte, traspuesto el crestón de la cordillera Oretana, sienten el sacudimiento de las revelaciones. Les tienta el prestigio del Oriente musulmán y palpitan con el misterio de las islas Afortunadas. Adivinarán, entre las columnas del Plus Ultra, las selvas de los países equinocciales. Desde allí verán cruzarse las dos líneas que integran la geografía del planeta: la que partiendo de Palos va al mar Caribe, y la que el conjuro del Infante iluminado trazará durante un siglo de empresas entre el promontorio de Sagres y la roca de Adamastor.

Todo en Guadalupe es exaltación y milagro. Llega el tropel de los romeros: un millar de huéspedes que se renuevan cada tres días. Año tras año, lustro tras lustro, sucede esto. Pasan las generaciones. El peregrino alemán, francés o polaco que vió construir el claustro mudéjar de las procesiones será ya polvo; polvo serán sus hijos y sus nietos; otros descendientes suyos habrán muerto antes que uno de ellos pueda recorrer el claustro gótico de las enfermerías. Cada siglo dejará su huella, desde el XIV, con su hierro repujado. El examen cronológico es tan interesante como el artístico. La emoción es más grande refiriendo cada cosa a su tiempo: la arqueta con esmaltes traslúcidos; la pila bautismal de bronce, obra de Juan Francés; la

Biblioteca Nacional de España

verja de los rejeros del siglo XVI, Fray Luis de Salamanca y Fray Juan de Avila; el frontal del altar de San Jerónimo, el camarín y el poema ascético de Zurbarán, culminación de lo que hace en Guadalupe el siglo XVII; las deformaciones churriguerescas del XVIII.

Nos engañaríamos si por ser Guadalupe un centro de arte y de atracción religiosa le atribuyéramos vida parasitaria. Allí estuvieron, es verdad, trece Reyes de Castilla, cinco de Portugal y cuatro Monarcas que ocuparon el trono del Imperio. D. Fernando y D.ª Isabel visitaron ocho veces la santa casa de las Villuercas. Allí se vieron Felipe II y D. Sebastián. A ese sitio acudieron Gonzalo Hernández de Córdoba, Cristóbal Colón, Pedro Navarro, Hernán Cortés, D. Juan de Austria —que ofreció la farola de la capitana turca, tomada en Lepanto—, el Duque de Alba y Alfonso de Alburquerque. Pero el Monasterio no vivió de donativos regios, principescos o populares. El señorío de la Puebla desempeñaba una función económica. Era un agente de producción. Poseía tierras, y las cultivaba. Su ganadería nos es conocida en todos sus pormenores por los registros de los libros de Hacienda. La pila de lanas que el Monasterio había construído sobre el río Ruecas se citaba como la mejor de España. La acción benéfica para la agricultura comprendía una zona dilatada. Entre las iniciativas guadalupenses que hoy son objeto de estudio, se cuenta la creación del patrimonio familiar como premio a los labradores industriosos.

El Monasterio tuvo escribanía o pergaminería, con artistas «para iluminar las letras y la imaginería dellas». Esto vale tanto como decir casa editora en tiempos anteriores a la imprenta. Había encuadernadores, orfebres, plateros, tallistas, bordadores, herreros, y llegado el momento, tipógrafos. Si a esto se añaden el Seminario, la hospedería y el hospital, no extrañará que para ciento veinte o ciento cuarenta religiosos, hubiera setecientas personas de servicio. El refectorio común era un mundo de orden y de silencio, según lo describe el Padre Sigüenza en su obra, monumento de arte: mesa de

Biblioteca Nacional de España

capellanes, mesa de mayorales, mesa de escribanos, de viejos, de estudiantes, de mozos de espuela, de aprendices, de gañanes y quinteros, hasta mesa de negros. «Todos comen juntos, con gran policía y concierto, escuchando la lección santa que lee uno de los estudiantes.»

La escuela de Medicina no es fundación originada en plan preconcebido. Nació de los hospitales, como éstos de la hospedería. Por una serie de exigencias prácticas, fué organizándose la enseñanza de la medicina. De igual modo, pidiendo el hospital una botica, se fundó aquella de que habla el P. Talavera, «tan abundante de medicina y muchedumbre de vasos, que no tuvo semejante oficina toda Europa».

¿Exageración? No se cree que la haya al hablar de los miniados pergaminos, de los mantos que bordan las manos de una Clara Victoria Eugenia, ni al hablar de los viriles deslumbradores, del templete, prodigio arquitectónico, de los alicatados, de las gemas, de los órganos, de los esmaltes, de los cuadros que el Louvre envidiaría. Sólo cuando se mencionan las salas de los hospitales y el surtido de la botica, hay quien opone dudas. Como si no fuera más difícil hacer toda aquella historia triunfal de cuatro siglos y medio, que alinear unos centenares de vasos y dar camas mullidas a los enfermos.

Cuando en todas partes los pacientes de afecciones muy diversas se hacinaban, sin la separación de salas ni aun la de sábanas, Guadalupe hacía la distribución por enfermedades y proporcionaba lecho individual. Cuando las farmacias eran unos antros repugnantes, Guadalupe tenía fama por haber proscrito «el olor a botica», adquiriendo receptáculos de plata.

En los primeros tiempos, al sentirse la precisión de una asistencia sistematizada, hubo «físicos freires», o sea hombres del arte, que, cediendo a la vocación religiosa, profesaban. Después, los religiosos se hicieron médicos, y sobre esto hay Breves pontificios de mediados del siglo XV. Más tarde se acudió a seglares eminentes, que prestaban sus servicios en el monasterio sin hacer voto alguno, como simples médicos.

Algunos de los facultativos que dirigían salas en el hospi-

Biblioteca Nacional de España

tal, daban lecciones teóricas. Con licencia del Papa se anatomizaba en el subterráneo que ha quedado. Los alumnos se disputaban las plazas de practicantes, y para obtenerlas llevaban recomendaciones de altos personajes, hasta de los mismos reyes-como consta en los archivos. El P. Talavera dice: «Asisten en estos hospitales, ordinariamente, cuatro cirujanos, y otro más docto que ellos, para las enfermedades y heridas más graves. Lee éste la facultad, y lo mismo hace el doctor de medicina. A estas lecciones acuden, con gran provecho, por la experiencia ordinaria que se hace de lo que se enseña, y anatomía que pueden hacer los cirujanos, por indulto del Papa. De aquí ha nacido salir de esta casa tan grandes médicos, que sus partes y fama los ha llevado a las de los Reyes...»

El primer freire físico que pasó de Guadalupe a la corte fué Fray Luis de Madrid, cuya historia creeríamos legendaria si no la apoyara un documento de cancillería:

«La Reina.—Devoto Padre: Por lo que el Dr. Soto, mi físico, os escribe, veréis cómo la Serenísima Reina de Portugal, mi hija, está mal dispuesta de mal de la testa, y por que tengo confianza en vos, que la curaréis mejor que otro, y trabajaréis en ello como es razón, acordé que vayas allá, e escribo al General de vuestra Orden, para que os dé licencia para ello, y creo que os la otorgará sin dilación. Por ende, yo vos ruego que en recibiendo éste, os dispongáis en ir allá, e vais lo más presto que podáis, porque yo espero de Nuestro Señor, que con su ayuda, vuestra presencia aprovechará mucho para la salud de la dicha Reina, mi hija.—De Medina, a XX de diciembre de DIII.—Yo la Reina.—Por mandato de la Reina.—Conchillos.»

Fray Luis de Madrid seguía una tradición de santos físicos: Fray Juan y Fray Pedro de Guadalcanal, Fray Gonzalo de San Bartolomé de Lupiana, Fray Diego de Córdoba, hijo del cirujano Ruy González, «dotado de tanta gracia del Señor, que cada vez que de él eran visitados los enfermos, quedaban con su vista y habla muy consolados», y el lego Fray Martín de

Biblioteca Nacional de España

Arjona, «varón de muy sano entendimiento, y docto en el oficio de la cirugía, así por ciencia como por la mucha experiencia que tenía».

Cuando ya los médicos y cirujanos de Guadalupe, desde fines del siglo XVI, eran eminencias llamadas al monasterio, la botica siguió encomendada a los religiosos. Uno de ellos, Fray Pedro de Mirandilla, sacerdote, formado en el monasterio de Santa Catalina, en Talavera, donde enseñaba el P. Soria, farmacólogo de fama muy extendida por los reinos peninsulares, rigió la botica de Guadalupe durante más de treinta años. Parece que practicó el arte sesenta años, y de ellos casi todos en Guadalupe. Se le relevó de sus servicios por ancianidad en 1715.

Basta recorrer los alrededores del monasterio y alejarse unos cuantos kilómetros de la Puebla, para comprender la interdependencia de la botica y de los campos de herborización. Además, y en esto hay que parar la atención, siendo Guadalupe un centro de romerías, es natural que recibiese plantas medicinales de Asia, de Africa, de América y hasta de los países oceánicos. Lo extraño hubiera sido la indiferencia y el abandono.

De Portugal, de Castilla, de Extremadura, de Andalucía y de otras partes, iban a surtir las recetas de cuidado, por la fama del establecimiento, que nunca omitía gastos para conseguir la excelencia del producto.

CARLOS PEREYRA.

Biblioteca Nacional de España

Atalaya del Weltgeist

Biblioteca Nacional de España

La Prensa católica en Inglaterra

La enseñanza de la mujer en los E. U.

Cultura y Política en Alemania

Biblioteca Nacional de España

COMUNICADO INGLÉS

La Prensa católica en Inglaterra

PROGRESOS RECIENTES

Uno de los problemas más importantes para la Iglesia católica en Inglaterra es el de salvar la distancia que existe entre el pequeño grupo de intelectuales y el público en general.

Por diversas razones, el «gran público» inglés se diferencia del de la mayoría de los países europeos. El hecho de habitar una isla ha desarrollado en él una sensación de seguridad que embota sus actividades intelectuales y sentimentales. En el orden financiero depende por completo de sus jefes o patronos, y la mayoría carece de la iniciativa, que es el resultado de la independencia económica. Los remedios empleados hoy contra los trastornos económicos, seguros y pensiones en gran número, recalca aún más este sentido histórico de dependencia. Por otra parte, una fuerte tradición religiosa, divorciada durante largo tiempo del esplendor externo y de la liberalidad intelectual de la cristiandad católica, los mantiene relativamente satisfechos de su vida y su suerte. Por estas y otras razones, existe una gran diferencia entre la vida corriente y la filosofía de la vida.

En el caso de los católicos la diferencia es mayor, porque

Biblioteca Nacional de España

el catolicismo del vulgo es en gran parte de origen irlandés, mientras que la dirección intelectual del catolicismo y la creciente comprensión entre los católicos y el resto del país corresponden a los puramente ingleses y al elemento converso de la Iglesia.

La diferencia, pues, que existe entre la mayoría que practica y vive la Fe y la minoría que piensa, escribe y difunde la Fe, es evidentemente malsana. Y, sin embargo, es difícil borrarla.

Claro es que el procedimiento más eficaz sería por medio de una Prensa católica buena e influyente. Es preciso tener en cuenta que, en la Gran Bretaña, la Prensa es eminentemente nacional; los grandes diarios londinenses tiran millones de ejemplares, que circulan por todo el país y llegan a todas las clases sociales. Un buen rotativo católico tendría muchas probabilidades de extenderse por todos los ámbitos del país y de ser leído por gentes de toda condición, desde el lector intelectual hasta el operario de fábrica y el obrero parado, sin contar los muchos curiosos no católicos.

No existe un periódico católico diario, ni probabilidades de que aparezca en un futuro próximo. Los semanarios existentes en la actualidad son cuatro: el *Tablet*, el *Universe*, el *Catholic Times* y el *Catholic Herald*.

De éstos, el *Tablet* es caro, pequeño, de alta calidad literaria y con todas las características de la revista, en contraposición evidente con las del diario, y dedicado exclusivamente a los intelectuales. Nunca podría subvenir a los fines antes señalados.

El *Universe* es, por ahora, el más popular y, desde luego, el periódico católico de mayor circulación. Esta alcanza a más de 100.000 ejemplares por semana. El *Universe* se halla bajo un fuerte control financiero, y ha podido organizar un servicio de distribución eficaz, siendo facilísimo el adquirirlo en todo momento y en todas partes. Mantiene su popularidad, principalmente, porque ofrece las últimas y mejores noticias eclesiásticas del país y del extranjero. En él se describen y comentan tanto las actividades de las altas jerarquías como el movimiento de

Biblioteca Nacional de España

sacerdotes en toda la extensión del país. Sirve, por tanto, de lazo de unión indispensable, así como de centro de información para todos los católicos interesados en la vida religiosa de sus correligionarios. Es popular entre la clerecía, de la que es representante genuino. Pero precisamente a causa de su eficacia como proveedor de noticias eclesiásticas —considera, por ejemplo, más interesante, desde su punto de vista, la noticia de una visita episcopal o de una peregrinación religiosa, que el hecho de que Rusia haya ingresado en la Sociedad de Naciones— los intelectuales le desprecian un poco y no es de gran eficacia como estímulo de la mentalidad del vulgo. Su carácter de exclusividad lo priva de influencia entre los no católicos.

El periódico que le sigue en circulación es el *Catholic Times*. En los días en que la política irlandesa era del mayor interés para el católico de Inglaterra, este periódico, que representaba el punto de vista irlandés, gozaba de gran influencia. Durante estos últimos años, sin embargo, ha sufrido mucho a causa de la competencia que le hace el *Universe*. Su apoyo financiero no es tan firme como el de éste, y, por consiguiente, no puede ofrecer al público tan buen servicio informativo; pero, en su esencia, sus características son las mismas, si bien el *Catholic Times* es un poco más serio y mucho más piadoso. En la actualidad lo dirige un sacerdote. Podría definirse como una revista parroquial en gran escala.

Colígese fácilmente de este somero examen que la Prensa católica, tal como la hemos descrito, ni interesa a los intelectuales ni estimula a los demás a que vivan su religión en la vida secular y a que relacionen sus enseñanzas con los problemas del mundo moderno. Por consiguiente, no sirve para borrar la diferencia que existe entre las dos clases de católicos, con ventaja para ambas partes.

En vista de tan desdichado estado de cosas, hace unos meses que un grupo de jóvenes católicos, de tipo intelectual y conversos en su mayoría, empezó a interesarse por la suerte del cuarto semanario católico, el *Catholic Herald*.

Habíase fundado este periódico, hace muchos años, por un

Biblioteca Nacional de España

periodista irlandés, enérgico y de carácter independiente, llamado Carlos Diamond. Desde el primer momento se mostró violentamente pro-irlandés; tanto, que fué encarcelado por un artículo que los tribunales ingleses estimaron sedicioso e incitador a la violencia en favor de la causa irlandesa. Aunque atemperado siempre a los puntos de vista personalísimos del fundador y a sus intereses particulares, el *Catholic Herald* era un periódico católico diferente de los demás. Muy popular en determinadas esferas, nunca gozó del apoyo de las altas jerarquías eclesiásticas, aunque tampoco sufrió oposición por parte de ellas.

Sin embargo, desde la guerra, el *Catholic Herald* refrenó el tono habitual en él, y su fundador trató de interesar a algunos jóvenes intelectuales en sus posibilidades como periódico católico secular independiente. Pero antes de que sus planes llegaran a cuajar Mr. Diamond falleció y su periódico —en difícil trance, pues las pérdidas eran grandes— salió a la venta. Como resultado de una serie de coincidencias afortunadas, algunos de los que en tiempos se interesaron por los proyectos de Mr. Diamond establecieron contacto con elementos nuevos que se preocupaban del porvenir de la Prensa católica —entre otros, un miembro importante de la Orden de Predicadores—, y se reunió capital suficiente para adquirir y tirar el periódico.

Así tomó vida un semanario católico que bien puede calificarse de completamente nuevo, a pesar de que, por razones de conveniencia, se hayan conservado el antiguo título, el formato y la razón social.

En su nueva forma, el *Catholic Herald* viene publicándose hace varios meses. Apenas ha tenido tiempo de fijar su orientación de modo definitivo, aunque es evidente que trata de satisfacer la necesidad sentida, cada vez con mayor apremio, de que exista un periódico católico de tipo más bien general que meramente eclesiástico. Dedica, por ejemplo, atención especialísima a los asuntos extranjeros, y sus expertos explican a los católicos —y al público en general— el verdadero estado de los problemas y el rumbo que siguen las ideas en los países euro-

Biblioteca Nacional de España

peos. Particularmente en lo que a España se refiere, ha publicado más, en proporción a su tamaño, que cualquier otro periódico; y puede vanagloriarse de ser el primer periódico inglés que ha presentado las personalidades de D. Angel Herrera y del Sr. Gil Robles a los lectores ingleses. En cuanto a los asuntos nacionales, concreta su atención en los problemas económicos y sociales y analiza los defectos de la sociedad moderna de acuerdo con las Encíclicas. Aunque independiente de todo partido político, examina objetivamente los fines que, bajo su rótulo peculiar, persigue cada partido político, ensalzándolos o condenándolos según lo merezcan y no porque los defienda este o aquel. No se escatiman esfuerzos para que el periódico conserve su matiz popular y no sea exclusivamente intelectual. De las secciones de cines, teatros, deportes, modas y radio se ocupan periodistas especializados. Aunque con el tiempo espera ser un periódico secular, escrito y confeccionado por católicos, ha tenido que conservar su servicio de infomación eclesiástica, pues de otro modo acaso dejaría de interesar al gran número de católicos educados en la creencia de que la palabra «católico» sólo comprende lo que acontece dentro y en torno a las iglesias.

¿Hasta qué punto ha tenido éxito el experimento? No cabe duda de que el periódico ha sido bien acogido por el grupo de los intelectuales y por un gran porcentaje del clero, pero aún le queda mucho camino que recorrer si ha de atraerse el interés del público corriente. Hasta cierto punto, esto es debido a la peor calidad de la información y grabado, que desmerecen mucho en comparación con el alto nivel establecido por el *Universe*. Débese también al instinto conservador de los ingleses, que rara vez cambian de periódico. Pero se debe también, y muy principalmente, al defecto mismo que trata de remediar: la carencia de interés en los problemas intelectuales, económicos y sociales por parte del católico medio. La posición es tal, que se puede afirmar que si el *Catholic Herald* logra hacerse popular habrá dado un paso gigantesco en la aproximación de las dos variedades de católicos existente en la Gran Bretaña. Habrá enseñado al vulgo la extensión y profundidad de su re-

Biblioteca Nacional de España

ligión y la importancia de su función en la sociedad moderna; esto por una parte; por otra, habrá hecho comprender a los intelectuales que nada permanente podrán realizar mientras no hayan establecido contacto con el católico sencillo, corriente, ingenuo, cuya religión fué hasta ahora un islote espiritual en un océano de mundanismo y paganismo.

El progreso lento, pero seguro, del *Catholic Herald* es un excelente augurio para el porvenir, pero razones de índole financiera exigen que el progreso se acelere y estimule.

En resumen: podemos deducir que la Prensa católica de Inglaterra no está aún en consonancia con el número y la influencia de los católicos ingleses. Pero, al menos, los católicos se dan hoy más cuenta que antes de este defecto y se realizan grandes esfuerzos para remediarlo. El talento y el interés que se necesitan existen; ambos dependen de los católicos mismos, pero también de la iniciativa y consejo del clero. Existen síntomas de una nueva aurora; esperemos que sea una realidad.

MICHAEL DE LA BEDOYERE.

Cambridge, febrero 1935.

Biblioteca Nacional de España

COMUNICADO NORTEAMERICANO

La educación de la mujer

Al iniciar estos comunicados sobre la cultura norteamericana, en sus variados aspectos, creo oportuno el tema de la educación femenina.

Los que, por exigencias profesionales, hemos vivido la escuela en España, Inglaterra y Estados Unidos, podemos tener la perspectiva y la objetividad que dan las distancias para tratar estos problemas. Y diez años de labor docente en Norteamérica —dos en Universidades coeducacionales y ocho en un centro de cultura superior femenina— aportan información y experiencia suficientes para trazar la semblanza de los *Collieges* y Universidades de la Unión.

Podemos afirmar, sin temor a incurrir en parcialidad, que en la mayoría de los casos el *college* tiene un nivel intelectual y ético más bajo en los centros de coeducación. Hay excepciones, claro está; desde luego no ocurre esto en las *Graduate Schools* de Columbia, Yale o Harvard, por ejemplo. Pero en todos los centros coeducacionales hay más restricciones y más trampolines para conllevar la vida académica que en el *college* más conservador de la puritana Nueva Inglaterra. Es, por tanto, a los *Women's Colleges*, especialmente a los cinco grandes *colleges*

Biblioteca Nacional de España

del Este del país —Brym Mawr, Mount Holyoke, Smith, Barnard y Vassar—, donde tenemos que enfocar nuestra atención, donde haremos el acopio de materiales que han de servirnos para trazar el bosquejo de lo que podría hacerse en España en el campo yermo de la educación de la mujer.

Son estos *colleges* instituciones de fundación particular, sostenidas principalmente con legados y donativos cuantiosos. Libres de toda traba oficial, pueden moverse en cualquier dirección sin la contramarcha de los trámites burocráticos. Ajenos a toda clasificación política, social o religiosa, todos tienen un programa semejante: formación de la personalidad, desarrollo del espíritu de ciudadanía, orientación profesional de carácter eminentemente práctico. A esta meta llegan los *colleges* por trayectorias diferentes. O exigiendo el estudio de lenguas clásicas y modernas —Bryn Mawr—, o haciendo optativos hasta los cursos de inglés —Vassar—. Ya sea abriendo sus aulas a una gran mayoría de estudiantes externas —Barnard—, ya limitando su población escolar a la capacidad de sus residencias —Wellesley, Mount Holyoke, Vassar.

Preside en todos un denominador común: la cooperación; palabra hueca y vacía de sentido entre nosotros; para ellos, palabra mágica que contagia entusiasmos, acalla rebeldías e identifica a cada uno con el interés del grupo. Para la muchacha de un *college* norteamericano el grupo es el microcosmos donde ella se mueve durante el período de cuatro años que dura su vida académica. Allí aprende disciplina y constructivismo. Sigue y crea. Y del grupo arrancan las organizaciones que rigen la vida interna del *college*, en una democrática camaradería de profesores y alumnas.

Para vislumbrar la calidad de la obra formativa del *college* y su trascendencia en la vida nacional, hay que conocer las cualidades del material humano con que cuentan. Son muchachas de diez y siete a veintitrés años, que han pasado por la Escuela elemental —ocho años—, secundaria —cuatro— y, generalmente, uno o más en la *Preparatory School*. Esta Escuela preparatoria atiende, no sólo al desarrollo de los programas de ingreso, sino

Biblioteca Nacional de España

a delinear la personalidad de la estudiante. Con los datos confidenciales que facilita la ficha escolar a través de la Escuela elemental y secundaria, se forma en la *Preparatory School* el expediente personal, que en el *college* desempeña un papel importantísimo. Es como el índice de las actividades de la estudiante, de sus reacciones, de sus iniciativas, sus aptitudes y hasta sus éxitos y fracasos en la pequeña sociedad en que se mueve. Esa información se complementa en el *college* con datos obtenidos de los *tests* psicológicos; inescapable diluvio de cuestionarios, jeroglíficos y juegos de palabras que dicen medir, cualitativa y cuantitativamente, la capacidad de la muchacha para cada una de las actividades escolares.

Ya han ingresado en el *college* unos cientos de mujeres; ya han recibido el bautismo de la psicología; ya las han catalogado determinando con precisión matemática sus cualidades positivas y negativas; ya tienen el marchamo que las capacita para incorporarse a la *College Community*.

La Comunidad del «college»

La *College Community* es la realización en miniatura de una sociedad perfecta. No pretendemos ofrecerla como «el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno». Eso, ni es posible, ni deseable para una institución humana. No es una sociedad perfecta en el sentido de que no haya pasiones, ni injusticias, ni deslealtades. No; las hay y muy violentas, porque es una raza vigorosa y joven, decidida a triunfar y a no dejarse ganar la partida. Pero por cima de esas cualidades negativas tan humanas, preside el espíritu de cooperación; el sentido de responsabilidad; la exaltación del trabajo sin limitaciones ni categorías, como peldaño indispensable para la conquista de la independencia económica. Hay un dominio de sí mismo —*self-control*—, que frena impulsos y violencias cuando el interés personal está en conflicto con la Comunidad. Hay libertad de opinión, y un espíritu crítico muy severo, aunque

Biblioteca Nacional de España

siempre bien vestido, para juzgar los actos de todo miembro de la *College Community*, ya sea el presidente, un comité de profesoras o un grupo de estudiantes. Todas estas cualidades, innatas en unas, adquiridas en otras, dan a la organización interna de estos centros culturales una solidez, un ritmo y un ambiente de libertad en la disciplina, que deben estar muy próximos al ideal de una sociedad perfecta.

Libertad dentro de la disciplina. Este es el gran secreto de toda institución norteamericana. El individualismo impúdico, agresivo y bilioso de los españoles, no se concibe en los Estados Unidos (1).

Todos estos valores, actuando coordinadamente, cuajan en una inacabable serie de comités y subcomités; verdadera cadena de transmisión que pone en juego el complicado mecanismo de la vida escolar; el método más racional de distribución del trabajo; la táctica más eficaz para hacer a un gran número de estudiantes, copartícipes y responsables en la marcha general del *college*. Estos comités son organismos subordinados a la *Students' Association*.

Antes de entrar en la constitución de la Asociación de Estudiantes, las normas por las cuales se rige, y el personal que la integra, hay que saber que la autoridad absoluta del *college* no reside en una persona aislada, sino con ciertas limitaciones. El Comité de consejeros tiene, en muchos casos, el derecho del veto sobre las decisiones del presidente y del Claustro de profesores. Este, a su vez, puede, en ciertas materias, anular una orden de la presidencia. Los consejeros, presidente y profesorado constituyen para las estudiantes una especie de Cuerpo consultivo, en materia académica y social; tienen que sancionar sus acuerdos; pero en casos determinados, que expondremos después, las decisiones de la masa estudiantil tienen fuerza de ley y nadie puede invalidarlas.

---

(1) En el reciente duelo Roosevelt-Ford con motivo de las bases de trabajo para la Industria, la frase más despectiva que los demócratas dirigían al rey del automóvil, era: «¡Es un individualista!»

Biblioteca Nacional de España

Las estudiantes, al entrar en el *college*, se distribuyen entre las varias residencias o *dormitories* del mismo, incorporándose a un grupo de alumnas de segundo, tercero o cuarto año. Estas, con la cooperación de dos o tres profesoras que ejercen papel moderador, van iniciando a las del primer curso en la marcha general de la vida académica y en los principios que rigen en la elección del *House Committe*, o Junta de gobierno de la residencia. La presidencia de esta Junta es la encargada de sancionar las faltas leves de sus compañeras y de presentar ante el Consejo de justicia de la Asociación de Estudiantes los problemas graves de indisciplina. Estos Comités se eligen por votación entre las alumnas más aventajadas de los últimos cursos, y las elecciones son una admirable escuela de educación cívica. Allí las muchachas se inician en la táctica de las campañas políticas, poniendo en sus decisiones una ética y un objetivismo dignos de imitar. Ni la filiación religiosa, ni la clase social de los candidatos influye para nada en la campaña electoral. No se ataca a nadie; a nadie se ofende. Los discursos y la propaganda política se hacen aportando cada partido las cualidades positivas de su candidatura. Estas suelen ser, en orden de preferencia: Sentido de cooperación, talento organizador, espíritu crítico constructivo, objetivismo, energía de carácter, afabilidad y campechanía en su trato con las estudiantes, y su contribución al mejoramiento y progreso del *college*. También cuentan como reclamo: elegancia en el vestir, buena puntuación en los exámenes, distinción en deportes, etc. Obsérvese que van en primer lugar las cualidades cuya acción se proyecta sobre el grupo. Es decir, que el individuo es valorado en la medida que él se da a la comunidad. Se va a la formación de una sociedad armónica y beneficiosa para el individuo; pero para ello es preciso encauzar las actividades de éste y plasmar su espíritu en la doctrina del grupo. Sólo así se conseguirá con el tiempo una comunidad de hombres libres, pero disciplinados dentro de la libertad y por la libertad.

Esta es la filosofía que el *college* norteamericano viene inculcando en sus generaciones de alumnas. Con el material humano

Biblioteca Nacional de España

así preparado es con lo que se nutren las Asociaciones de Estudiantes, organismos semi-autónomos que llevan camino de tomar la dirección absoluta de sus *colleges*, de las instituciones post-escolares y de la vida nacional.

La compleja y casi perfecta organización de estas Asociaciones, con sus tres Cuerpos —legislativo, ejecutivo y judicial— y su influencia más allá de la vida académica y de las fronteras del *college*, merecen capítulo aparte, pues en ellas encontraremos muchas cosas dignas de tener en cuenta.

Si hemos de acometer la formación espiritual de la mujer española, debemos ir a buscar inspiración allí donde el civismo y el sentido de cooperación unen a los individuos borrando personalismos, tan negativos en una sociedad moderna.

MARGARITA DE MAYO IZARRA
Vassar College. Poughkeepsie, N. Y.

Biblioteca Nacional de España

COMUNICADO ALEMÁN

Cultura y Política en Alemania

Bajo el dominio de la interpretación liberal de la vida política, estatal y espiritual, la tesis de que existe una esfera espiritual sin conexión con la existencia humana y la existencia política, se ha convertido en axioma que no solamente se acepta como cosa indiscutible, sino que no se conoce en su origen ideológico e histórico. Si se examina con alguna atención el problema de la espiritualidad e intelectualidad humanas, se notará que esta interpretación dada por el liberalismo corresponde a una determinada situación histórica, en la que la razón humana había perdido ya la creencia en sus propias fuerzas y que la teoría de la razón pura y abstracta es en el principio la consecuencia de la pérdida del pensamiento metafísico. El liberalismo no tiene y no puede tener metafísica porque no se atreve a pensar según la constitución humana. Pero no solamente de la esfera metafísica resultan los diversos errores sobre la razón humana; estos errores han sido aumentados por los errores que se cometieron en la esfera política y estatal que estaba en los últimos decenios bajo la interpretación liberal. A estas dos equivocaciones en el dominio metafísico y político corresponde la teoría, según la cual la cultura no debe sufrir ninguna influencia por parte del dominio político, y al revés, el político ninguna por parte del espíritu. Tenemos, por tanto, un dualismo entre dos esferas que, según la verdadera interpretación, no pueden estar en contradicción, sino en armonía.

Biblioteca Nacional de España

El liberalismo no puede resolver el problema de las relaciones entre el espíritu y la política, porque no conoce ni lo uno ni lo otro. Esta interpretación liberal y no histórica, de la existencia espiritual, que por declarar soberano al espíritu tiene por consecuencia las más grandes y, a nuestro parecer, las más peligrosas y falsas interpretaciones del espíritu, ha sido atacada en su raíz por la revolución nacional-socialista en Alemania. No queremos decir que esté ya superada por completo, porque también en Alemania se piensa todavía demasiado bajo la influencia de la tradición liberal, y porque una orientación al nuevo principio espiritual exige un tiempo que no se puede ni se debe calcular. El espíritu ya no tiene lugar en Alemania como ser independiente y libre en el sentido liberal; ha vuelto a vincularse a la situación histórica y ha vuelto al servicio de su cometido propio. Sería injusto y falso si se quisiera caracterizar la revolución nacional-socialista en el sentido de que el espíritu tuviera que someterse al dictado de una doctrina política y que recibiera sus líneas directrices y sus principios de la esfera política. El espíritu no precisa que le impongan preceptos, y mucho menos para sectores que por su esencia corresponden necesariamente a su soberanía propia. Pero el espíritu, como fenómeno histórico, guarda también una relación con las varias situaciones concretas e históricas; él mismo se encuentra en una determinada situación política y obra conforme a ésta. El espíritu no tiene una existencia pura y abstracta, sino que también tiene una existencia histórica. Si a algunos chocan hoy todavía determinadas manifestaciones concretas de la política cultural alemana, podemos decir que ésto tiene su causa en que estas medidas son acogidas con una mentalidad liberal que no puede comprender su esencia. La legislación alemana deja al espíritu lo que es suyo, solamente se dirige contra la posición liberal de la independencia y del aislamiento del espíritu, dándole dentro de la vida total del pueblo el lugar que le corresponde. Pero para esto, el mismo espíritu ha de ser ordenado y formado; tiene que llevar un sello determinado y uniforme y ser encauzado a la verdadera

Biblioteca Nacional de España

libertad, a base de esta impronta clara e inequívoca. La legislación alemana no lesiona, por lo tanto, la esencia del espíritu, sino que sólo impugna su interpretación liberal; y por eso no se le puede hacer el reproche de que transmita principios políticos al espíritu de un modo ilícito.

La esencia de la relación entre política y cultura no consiste, a nuestro juicio, en la aclamación por el espíritu de las decisiones políticas; esta aclamación es, en muchos casos y especialmente en tiempos transitorios, una coyuntura política que no favorece ni a la esfera del espíritu ni a la de la cultura. La esencia estriba en el reconocimiento de la esfera política como suprema y decisiva instancia de la existencia de un pueblo y un Estado. De esta tesis se deduce necesariamente que el el espíritu ha de estar, como todos los demás sectores de la actividad humana, al servicio de esta existencia popular, y que ha de enmudecer cuando no pueda servir a la existencia de este pueblo. No era, pues, injusto el que en Alemania se destruyesen todas aquellas tendencias y corrientes espirituales que de un modo directo o indirecto se dirigieron contra la existencia del pueblo alemán. Estas medidas de impugnación y supresión de corrientes enemigas del pueblo no emanaron, como se dice a menudo en una interpretación superflua, de un capricho del Estado que por esta medida quiso demostrar su soberanía, y todavía menos proceden de la llamada «hostilidad contra el espíritu» del Gobierno alemán, sino que únicamente son una derivación del reconocimiento de las correlaciones entre pueblo, situación política y espíritu, que de nuevo ha surgido. Naturalmente, el Estado alemán, como Estado verdadero, muestra en estas medidas también su poder político, porque lucha contra tendencias hostiles y no da a cualquiera la libertad de luchar contra él como lo hizo el Estado liberal.

Sería muy interesante tratar más extensamente sobre el problema de las relaciones entre el espíritu y su situación histórica. Pero baste decir, que la interpretación que nosotros hemos dado al problema no tiene nada que ver con un historicismo o escepticismo, porque como dijimos ya antes, lo esencial de estas

Biblioteca Nacional de España

relaciones no consiste en dar órdenes y normas al espíritu políticamente, sino en la formación y en el cuño del espíritu por la dirección política. Sólo se exterminan aquellas tendencias y corrientes que impliquen un peligro directo o indirecto para la existencia actual y futura del pueblo. Todas las fuerzas positivas que hasta ahora intervinieron en la formación del espíritu subsistirán también en el futuro, salvo aquellas que vayan contra la existencia del pueblo. Pero aún más, alguna que otra fuerza que hasta ahora sólo tenía vida latente, puede llegar a un nuevo florecimiento y, por otra parte, pueden renacer con nuevas orientaciones las fuerzas que se habían fijado en una dirección política determinada. Nos parece importante que, por ejemplo, la Iglesia pueda alcanzar para la educación y formación del pueblo una significación muy distinta de la que tenía hasta ahora, y esto por dos motivos: por una parte, en toda la legislación alemana y también en las declaraciones oficiales del Gobierno se reconoce el valor que las confesiones cristianas tienen para la ilustración del pueblo, un hecho que no podía ser reconocido por los Gobiernos anteriores porque para ellos el espíritu tenía una existencia independiente de toda situación política e histórica. Por otra parte, las Iglesias fueron libradas de sus antiguos vínculos con la política de los partidos, lazos que necesariamente imponían la formación de hombres que principalmente se dirigían a los intereses del partido y no al bienestar común del pueblo.

Por primera vez se ha concertado un Concordato entre el Gobierno del Reich y la Santa Sede. Estamos seguros de que los pequeños rozamientos que natural y lógicamente pueden existir después de la larga tradición de la historia alemana, serán eliminados por completo con la buena voluntad de las dos partes contratantes. Ya con ocasión del Día del Papa, celebrado hace poco en Berlín, el representante de la Iglesia pudo decir que en principio existe ya armonía y que el resto de la obra será sólo cuestión de tiempo.

José Lemán

Berlín, febrero, 1935.

Biblioteca Nacional de España

Bibliotheca Nova

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

por

EUGENIO D'ORS
de la Academia Española

DEDICATORIA
A Valery Larbaud que amó este libro antes de que estuviese escrito.

El Vivir de Goya

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO PRIMERO

I

BATURRO

Francisco Goya y Lucientes nació en Fuendetodos, pueblo próximo a Zaragoza, el 30 de marzo de 1746.

Aquel niño que vimos en Fuendetodos, cuando nuestra excursión allí. tenía exactamente la cabeza de Don Francisco de Goya. Un poco demasiado gorda para el cuerpo. No que éste fuera enteco o liviano; chaparro, al revés, derecho e igual. Pero el cráneo, coronado por una frente señera y bien puesto encima del cuello sólido, era de un admirable volumen. El mirar, hacia los altos de esta arquitectura, brillaba, avispado y luminoso. Un leve entrecejo, casi imperceptible ahora,

Biblioteca Nacional de España

en la edad temprana, vendía a un tiempo la perspicacia y la testarudez. Bajo este pliegue ligero de las cejas, los ojos, a pesar de su gran luz, dijéranse emboscados. Ninguna hipocresía en ellos; pero sí cautela, con visos de inquietud. Arremangábase la nariz, móvil, para sentir de dónde venía el viento, y se abría para gozar lo que el viento trajera en halago al sentir. La ligera contracción de las cejas repetíala dos veces la comisura de los labios; signo, aquí, no ya de obstinación, sino de socarronería. Fuerte barbilla. Pero sin desafiar con ella a todo bicho.

Acariciamos a este niño de Fuendetodos y se cortó un poquillo, no demasiado. Quisimos hacerle reír y sólo conseguimos que sonriera. Dímosle algunos regalillos, que aceptó de buen talante, pero sin dar las gracias ni creerse por ello obligado a marcharse.

Grande fué nuestra emoción cuando la maestra del pueblo, luego que él se hubo marchado, nos contó que se llamaba Lucientes.

II

La cocina.

La casa natal de Goya en Fuendetodos existe aún. Puede visitarse. Es humilde, espantosamente.

Otro vivaz recuerdo de mi visita a Fuendetodos. El de la cocina en la casa natal de Goya. Así una cabaña de esquimal, esta cocina no tiene otra abertura que la chimenea. La madera que allí arde deja entre los gruesos muros y el techo bajo, que se diría el de una caverna, no sólo el calor, sino buena parte del humo y casi todo el alegre perfume de la resina. Cuando se quema allí un brote de romero, el aire confinado se embalsama por todo un mes. Si se enciende un velón, el apestoso aceite asfixia. Si la grasa se derrite, pringa

Biblioteca Nacional de España

piedras, ladrillos, muebles, lengua y hasta manos. Si el diablo se entrara, al advertir tras de la puerta la cruz trenzada en fibra de un viejo palmón no podría hacer más que huir por el mismo tubo estrecho y torcido por donde huyen el humo y las crepitantes chispas que un viejo abanico de esparto, pintado groseramente, arranca del rescoldo.

Hacía de buen quedarse en aquella cocina el día que digo, en tanto que a la caída de la tarde soplaba el cierzo ásperamente a través de los campos amarillos de Fuendetodos. Sobre las losas se había improvisado para mí un asiento que era casi una cama: en la base, sacos de harpillera; luego, paja; luego, una piel de carnero, más paja, otra piel de carnero, una charra manta de la Rioja encima, y para la espalda y los brazos más sacos de paja. Habían traído unos vasitos de aguardiente y el noble licor nos calentaba también. Tendí los pies hacia la llama y el fango de mis botas, al secarse, caía de cuando en cuando hecho polvo o ligeros burletes. Pero si las piernas se estiraban el resto del cuerpo se recogía, saboreando la inercia, saboreando el olvido, *saboreando la prehistoria,* como quien saborea una caliente sopa de pan... Y la artesa estaba allí, en efecto; la artesa, donde la madre de Goya, rudas las manos, arremangados los brazos, corto el aliento, amasó en tiempos la buena harina que calmara el feroz apetito del mocoso. Pero este apetito era tal, que el pan casero no podía bastarle. Así que un día, tomando las de Villadiego, tuvo que irse el hijo a devorar, con sus dientes de lobo, a devorar y tragarse el mundo como un pan de una libra.

Y yo, a medias sentado, a medias acostado en esta cocina de Fuendetodos, no decía nada. Mis sensaciones eran más humildes, más oscuras que la más oscura y más humilde palabra. ¿Cómo hablar? ¿De qué? Me callaba. Mis compañeros se callaban también. Había allí un perro. Fué él quien bostezó, con un descarado bostezo, en el paroxismo del bienestar.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

III

Crepúsculo en Fuendetodos

«Fuendetodos, lugar árido de 120 habitantes, sin vega y sin río.»
A. de Beruete.

«Allí vivió Goya hasta los siete años.»

Pero había que marcharse, de esta cocina... Aquí, todavía, un dilema: o dormirse como el perro, con ese dormir que solamente una sacudida o un bostezo vienen a interrumpir de cuando en cuando y sin ton ni son; o pasar, como el viajero pasa.

El niño cabezota se marchó. Tal vez huído. ¿Alguna tunda? No hay empacho en pegar a los niños, en estas tierras. Antaño era peor aún. Y los tirones de orejas escuecen vivo, al roce del pañuelo aragonés anudado en torno de la cabeza.

Cuando somos nosotros quien sale de la cocina, la desolación del paisaje nos sobrecoge.

Ni un árbol. El cielo, en el crepúsculo, es color de sangre. La tierra, bajo el cielo, color de azafrán.

Un pajarraco pasa en vuelo tendido hacia el sur. Uno de los baturros —no recuerdo si éste pertenecía también a la familia de los Lucientes— me dice a donde va.

Allá abajo en una hondonada, se pudre el cadáver de una mula.

Uno de los nuestros —¡tiranía del lugar común, retórica estético-sociológica, a lo Taine!— dice, con un vago ademán de brazo y mano:

—¡Un fondo de Goya! Era fatal que el artista pintase esto...

¡Que no! Lo que hizo Goya con esto es volverle la espalda. Pintó —acabó por pintar— lo contrario: aquello por cuya ausencia suspiraba, cuando esto le escocía.

Pintó lo que veía *a partir de Madrid*, camino de Europa.

Biblioteca Nacional de España

Mi sociólogo prosigue:

—¡Qué finura de líneas!

Tampoco. ¿Finura de líneas? Todas y cada una aparecen precisamente estropeadas y, diríase *mordidas* por un sacudimiento. Polvo y barro.

—¡Qué dulzura plateada en los tonos!

Señor, tienen ojos y no ven.

Ahora que los fuegos del crepúsculo se han extinguido, el cielo queda, no color de plata, sino color de acero.

Ya no se ve al avechucho. Debe de haber llegado a su comedero, allá abajo.

Aparece una estrella, una sola. El resto, vacío. Tras de nosotros también, en la aldea de Fuendetodos, encendíase una luz.

¡Vámonos!

IV

La pedrada

Su infancia parece haber sido áspera y turbulenta.

Esta hora del crepúsculo es la mejor para la batalla campal a pedradas. En estos pagos, hacia la puesta del sol, vuelan por el aire tantas piedras como golondrinas. Y la primavera casi no se conoce en otra cosa.

Puede ocurrir que tal pedrada, victoriosa en primavera, sea vengada en invierno entre dos luces y cuando no son las golondrinas, sino los cuervos, quien vuela.

En este siglo XVIII, siglo de Borbones, siglo de europeización, se construyen muchos caminos en España. En Aragón, inclusive. Diseminadas por la campiña, he aquí pilas de guijarros abandonados tal vez, en la irregularidad de los trabajos públicos.

El niño cabezota sale de su casa, de esta cocina en que le han calentado las orejas; las orejas calientes, la rabia en el co-

Biblioteca Nacional de España

razón. Ahora que nadie le ve, sécase una lágrima con la punta del pañuelo. Toma una. El antebrazo se carga de rencor. La piedra parte.

¿Por qué?... Cierto día, también en Aragón, pero por tierras más altas, yo me paseaba con un amigo pintor, hijo del pueblo también. Los campos se tendían ante nosotros en suaves declives. Y, en el borde de la carretera, quedaba, como si hubiese quedado desde el siglo XVIII, un montón de piedras.

—Un antiguo hondero ibérico, se me escapó el decir, hubiera sido capaz, con una piedra tomada aquí, de darle en la cabeza a aquel tío, que allá abajo, está arando tranquilamente.

—¡Y yo!—dijo el pintor.

Se agachaba ya. Hube de tenerle por el brazo.

El Angel de la Guarda de Goya niño, no le retuvo siempre por el brazo.

Tal vez, al contrario, misterioso secreto, le acuciaba. A fin de que tirase piedras. A fin de que las recibiese. A fin de que hiciese estropicio. A fin de que no se quedara adormilado en la cocina, cerca del fuego. A fin de que *fuese él.*

V

Historias de baturros

(... Y, sin embargo, téngase presente que, como en casi todo lo que es folklore, la reputación de los baturros y hasta la misma palabra que los designa, lejos de ser largamente seculares, no se remontan mucho más allá del Setecientos: manifestaciones que son de una primacía de lo barroco.)

—¡Claro que le doy!—repetía obstinadamente mi amigo, mientras yo le tenía por el brazo.

Aquí la amenaza era en cabeza ajena. Hubiérase tratado de la propia, y lo mismo. Bien se trataba de su persona, en el caso del otro baturro que avanzaba, sobre su borrico, entre los

Biblioteca Nacional de España

rieles del ferrocarril; y que oía, tras de sí, acercarse el tren amenazador, silbando desesperadamente para avisarle. Y que decía —el cuento, lo conoce todo el mundo—: ¡Chifla, chifla, que como no te apartes tú!...

Menos conocido es el del queso. Dos baturros se van juntos a Zaragoza, y, en la calle se detienen encantados ante la tienda, en cuyo escaparate se ostenta un hermoso cubo tierno, amarillo y liso:

—¡Vaya queso!—dice uno.

—Pero, ¿no ves que eso es un jabón, animal?

—Animal, tú. Te digo que es queso.

—Y yo, que es jabón.

—¡Queso, y bien queso!

—¡Jabón, y bien jabón!

Que sí, que no. Ahora se verá. Entran en la tienda.

—Tres onzas de ese queso.

El mancebo objeta:

—No es queso, es jabón.

—¡Si sabré yo lo que me digo! Párteme tres onzas y cállate.

—Bueno—dice el otro—. ¡A mí, qué!

Y corta y pesa. Impaciente, el comprador, en cuanto tiene su pedazo, muerde... Una mueca.

—Es malo. ¿Verdad?—le dice socarronamente el compañero.

Pero él, sin darse por vencido:

—Es malo, pero es queso.

¡Sublimes baturros! He aquí otro que se fué a Navarra. Era tuerto y apasionado por el juego de pelota. Un día, en el frontón, una pelota escapada le fué a dar violentamente en el ojo sano.

—¡Buenas noches, señores!—dijo sencillamente el baturro.

Biblioteca Nacional de España

VI

Hijo del pueblo

José Goya, el padre, era de condición muy humilde. Labrador, según los unos; obrero dorador, según los otros. A su muerte, se declaró que no hacía testamento por no tener de qué.

Pronto está dicho, «progreso». Ciertas ideas, simplistas y groseras, acerca del mismo, son bien contrarias a la fiel visión de las cosas. Es de uso, por ejemplo, representarse, la evolución de las clases sociales inferiores, como uniforme ascensión. Hacia el siglo XVIII, en efecto, se ve a la burguesía, irse acercando a la nobleza. Pero, sería un error inferir que es *toda la burguesía* quien sube... No, la verdad es que, mientras un sector avanza, otro retrocede: Dentro de él, algunos grupos importantes del artesanado.

Un impresor, un orfebre, un guarnicionero, un forjador de espadas, son casi unos aristócratas, cuando el Renacimiento. Muchas veces, de un modo explícito, les da título de nobleza el favor real. Pasan dos o tres siglos: a las vísperas de la Revolución vemos a esta especie de patricios convertirse en una especie de proletarios.

Recuérdense, para no ir más lejos, los fastos de la casa Plantin-Moretus de Amberes. Y de su lustre y poderío, bajo nuestro Felipe II y de su ruina, a fines del siglo XVIII y de su caída, el año 1800.

Se comprenderá mejor este fenómeno si se le compara con el análogo proceso que en estos días se produce respecto de otros grupos, los pertenecientes a las profesiones dichas liberales. Aquí también, tras de un apogeo, ha sobrevenido una decadencia, tan rápida, que estos grupos se encuentran hoy por debajo del nivel medio, tanto desde el punto de vista de las ventajas económicas, como en lo que respecta a la consideración social. No

Biblioteca Nacional de España

hay comparación entre lo que *valía* socialmente, hace medio siglo, en un medio urbano, un ingeniero o un tenedor de libros y lo que *valen* hoy. Hacia 1850, un ingeniero, un tenedor de libros eran, en Madrid como en París, en Nápoles como en Bruselas, unos «señores». En nuestros días, unos trabajadores, que no se diferencian del obrero más que en su debilidad y en sus vacilaciones, antes de participar en el espíritu de reivindicación.

Por lo que se refiere a los artesanos del siglo XIX, hay que recordar que la decadencia y finalmente la desaparición de las corporaciones consumaron su ruina. El hombre de oficio puede ser alguien aun cuando tiene tras de sí, ya que no una jerarquía, por lo menos un «cuerpo». Pero la atomización profesional le arroja al polvo de la plebe; cualquier distinción, en su vida y en sus maneras, desaparece con la falta de diferenciación. El artesano del siglo XVI *vive* la cultura; el XVIII le encuentra *viviendo*, por lo menos la historia. Pero, cerrado el antiguo régimen, y a despecho de las ventajas que le pueden traer los avances técnicos y mecánicos, hele aquí devuelto a la oscuridad de la subhistoria, es decir, de la ruralidad, del paganismo, de todo lo que está cercano a la tierra, lejos del universalismo, de la catolidad, de aquello en que triunfa la unidad del Espíritu.

Vaya todo esto para quienes, por el hecho de que el padre de Goya no fuese estrictamente un labrador, sino un artesano, juzgan que no se puede en realidad considerar al pintor un *hijo del pueblo*. Valedera quizá para otra época la objeción, no lo es respecto de aquella en que Goya nació. No había ya diferencia, en aquel momento, entre la situación de un dorador y la de un labriego, como no la había, si bien se quiere ver, entre Fuendetodos y Zaragoza. La gleba estaba a punto de beber la sangre de una estirpe. Que nada estorbe a nuestra admiración, ante el chorro magnífico que bruscamente la eleva, hasta salpicar el artesonado de los alcázares y hasta fijarse en el cénit de la gloria.

(Continuará.)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Diccionario de Autoridades

Agricultores

¡Cuán pocos son los que echan mano a la esteva del arado, y cuán muchas las contiendas, marañas y pleitos, y muchos los letrados, y muchos los zánganos! Cierto, en esto también se había de mejorar el mundo, favoreciendo mucho a los labradores, que éstos son los que llevan el trabajo y sustentan el mundo. El Rey D. Alonso los favorecía mucho y decía que él haría que los labradores tuviesen las rejas de plata.

Sabuco de Nantes

Buena fama

No son buenos todos los hombres que tienen buena fama. La buena fama en el hombre malo es hábito de hipocresía.

Ramón Lull

Clásicos castellanos

Nunca se escribió más y mejor en España que en esos siglos de oro de la Inquisición. Que esto no lo supieran los constituyentes de Cádiz, ni lo sepan sus hijos o sus nietos, tampoco es de admirar, porque unos y otros han hecho vanagloria de no pensar, ni sentir, ni hablar en castellano. ¿Para qué han de leer nuestros libros? Más cómodo es negar su existencia.

Menéndez y Pelayo

Biblioteca Nacional de España

Devociones

Es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos. De devociones a bobas nos libre Dios.

Santa Teresa

Estrellas

No hay más que mirar a las estrellas para convencernos de cuán grotescas son nuestras pequeñas querellas.

Charles Richet

Felipe II

«Vinieron dos sugetos de cierta Comunidad por Compañeros á proponer y tratar cierto negocio con nuestro Prudente Rey Felipe II; y dándoles audiencia, tomó la mano para informar el mas antiguo, en que se alargó demasiadamente. Escuchóle su Magestad con el silencio y reposo que acostumbraba; y sin mostrar enfado, preguntó luego al compañero, si tenía algo que advertir en el caso; el qual, reconociendo que no podía dejar de quedar cansado su Magestad de tan larga arenga, respondió con harta sal: «Señor, lo que yo tengo que advertir, es, que Vuestra Magestad nos mande despachar con brevedad; porque si no, será fuerza volver á informar otra vez mi Compañero.»

Duque de Frías

Gobernantes

El Gobernador que no escucha ni pondera bien los pareceres de los de su Consejo, ni de ellos sabe escoger el mejor y más

Biblioteca Nacional de España

conveniente a los tiempos y al negocio, si quiere acertar de una vez lo que más importa a la provincia y a sí mesmo, deje el cargo.

JOAQUÍN SETANTI

HOLGAZANES

Importa siempre a la paz de las repúblicas entresacar la gente inquieta y holgazana, ocupándola en guerra extranjera.

DIEGO DE COLMENARES

INJUSTICIA

Por más que el juez presuma,
suma justicia es injusticia suma

TIRSO DE MOLINA

JUSTO MEDIO

La virtud consiste en el medio y los vicios en los extremos; y ni más ni menos que en un redondo cerco hay centro e circunferencia, y serían pocos los que atinasen puntualmente al centro y muchos los que señalasen la circunferencia, por ser para aquello necesario tino y compás, y para esto no, así en guardar el medio de las virtudes, como hay dificultad, porque se requiere regla e sincel y es menester guardar punto, hállanse pocos que lo hagan; pero declinar del medio a los extremos, como es fácil, cualquiera lo puede hacer sin trabajo. Por lo cual no es maravilla que los que andan en derredor se multipliquen, pues son los hombres naturalmente enemigos de trabajar, y por el contrario, amigos de aquello que sin fatiga se hace.

F. MELCHOR CANO

LUCHAS POLÍTICAS

No tiene por afrenta el buen luchador, cuando anda «a las presas», forcejeando con su contrario para derribarle en el sue-

Biblioteca Nacional de España

lo, caer él juntamente, si coge al contrario debajo y, dejándole rendido, se levanta después.

ALONSO DE CABRERA

MAESTROS

Díjoles, pues: «¿Habéis entendido bien estas doctrinas y semejanzas que me habéis oido?» Respondiéronle que sí, y entonces añadió: «Considerad ahora que el doctor y maestro subio es como un prudente padre de familia, que para alimentar y traer lucida la suya, saca de sus tesoros, ya lo nuevo y reciente, ya lo antiguo; y pues vosotros lo habéis de ser en el mundo, aprended en mi estilo de enseñar a valeros de todo, ya de lo sublime, ya de lo moderado, ya de lo que autoriza la cana antigüedad, ya de lo que apetece la novedad de los tiempos; porque no instruís a un solo género de oyentes, y siendo varia su capacidad, no ha de ser uno el manjar que les habéis de servir. Ponedles mesa de platos diferentes, que su apetito escogerá lo que su estómago abrace mejor».

FR. FERNANDO DE VALVERDE

NOBLEZA

Nobleza es ser conocido y estimado por notables hechos, o es ser semejante a sus padres el que es hijo de buenos. Por generoso y de buena casta será de tener aquel que naturalmente parece que nació para virtud.

LUIS VIVES

OPINIONES

En las cuestiones donde el entendimiento tiene libertad de opinar, no hay manera inventada para saber cuáles razones concluyen ni cuándo el entendimiento compone bien la verdad. Los médicos y los que gobiernan el arte militar, tienen por prueba de sus razones el suceso y la experiencia; porque si diez

Biblioteca Nacional de España

capitanes prueban, con muchas razones, que conviene dar la batalla, y otros tantos defienden que no, lo que sucediere confirmará la una opinión y reprobará la contraria; y si dos médicos litigan sobre si el enfermo vivirá o morirá, sanando o muriendo se descubrirá cuál traía mejores razones.

HUARTE DE SAN JUAN

PRESUNCIÓN

Y dichoso el que es conejo
y se imagina león.

LOPE DE VEGA

REYES

Engaño ha sido querer algunos, a título de servir a los reyes, ofenderlos tanto, que los enseñan a errar.

F. AGUSTÍN DÁVILA

SUICIDIO NACIONAL

Obrar de otra manera es un intento de suicidio nacional, que una penalidad divina, que nunca dejó de cumplirse, castiga con una estirilidad que arranca hasta las raíces del genio indígena. Entonces es cuando los pueblos que se divorcian de sí mismos, al separarse de su historia, descienden, de originales espléndidos, a copias serviles de los que antes intentaban igualarlos, celosos de su grandeza. Y cuando ellos se desfiguran a sí mismos y concluyen por ignorarse, llegan a desconocerlos los propios hijos que engendraron socialmente.

VÁZQUEZ MELLA

TONTOS

Tontos son todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen.

GRACIÁN

Biblioteca Nacional de España

Unión

Aunque la hormiga parezca inútil, si bien lo advertimos hallaremos en ella grandes ejemplos, no sólo de discreción y aviso para nuestro buen gobierno y regimiento, pero de singular y perfecta amistad para la conservación de nuestras vidas y haciendas, sin las cuales virtudes no puede haber paz ni concordia entre los hombres, policía en las repúblicas, duración en los estados, ni seguridad en las vidas. Porque es cierto que donde no hay aviso falta la prudencia, que es madre del buen gobierno, y donde falta la unión falta la paz, sin la cual todo falta. falta.

Jerónimo Cortés

Vulgo

El pueblo también es quien todo lo sabe, todo lo dice, todo lo huele, todo lo rastrea. Es un monstruoso animal que tiene muchos ojos, muchas orejas, muchas bocas, muchas lenguas.

Ha de hablar de todos el pueblo, y a todos, y en todo lugar. ¿Quién se escapó jamás de las orejas del pueblo, de sus ojos, de sus lenguas, tantas y tan desenfrenadas?

Fr. Alonso de Cabrera

Biblioteca Nacional de España

De Orbe Hispánico

Biblioteca Nacional de España

Seminario Americanista de Madrid

Cursillos del Museo Naval

Figuras: Max Uhle

Bibliografía Americanista

Movimiento Literario en Portugal

Biblioteca Nacional de España

El Seminario de Estudios americanistas de la Universidad de Madrid

El creciente interés de España por el estudio científico de América halla uno de sus ejemplos más vivos en el Seminario de la Cátedra de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. El profesor D. Antonio Ballesteros ha querido con este Seminario comenzar modesta, pero enérgicamente, a elaborar los cimientos de un Instituto Americanista, que estudie los problemas del Nuevo Continente en todos sus aspectos y facetas. En su labor le ayudan profesores de la competencia de D. Huberto Pérez de la Ossa.

Los tesoros documentales españoles en el desordenado estudio de que han sido víctimas, producen el efecto de caótico mundo, en el que toda intervención metódica tropezaría con dificultades casi insuperables, pues las viejas colecciones de «Documentos inéditos», de Salvá y Torres de Mendoza, precipitadas y carentes de índices sistemáticos, más eran obstáculo que facilitamiento; «sepulcros de documentos», que dijo Jiménez de la Espada. Teniendo en cuenta esta característica dolorosa de lo que hasta ahora la investigación fué, el Seminario ataca en primer lugar este desorden y comienza la obra casi ciclópea de elaborar un índice general de documentos, publicados e inéditos, para que todo futuro estudioso encuentre en él, ya por orden alfabético, ya por un sistema clasificativo que abarca divisiones y subdivisiones sin cuento, al momento, no sólo el documento sobre el asunto, personaje o lugar que le interese, sino también la indicación exacta de sus detalles accesorios, publicación, etc.

Biblioteca Nacional de España

La obra del Seminario, segura y efectiva, plasmará más adelante en publicaciones de investigación profunda, ediciones y comentarios de textos americanos o españoles sobre América, en colaboración estrecha con la Sociedad de Historia hispanoamericana, que ha dado al público libros de la importancia del «Magallanes», del P. Pestells, o «El Correo en América» de C. Alcázar, o del libro del Marqués de Lozoya.

El Seminario significa dentro de la cultura hispanoamericana, americanista mejor dicho, la universitarización, el enseriamiento de los problemas que ya habían adquirido fuera de España altura sobradamente científica.

Cursillos del Museo Naval

En líneas anteriores (Estudios Hispánicos, núm. 1), ya hice mención de los cursillos que el Patronato, gracias a la iniciativa siempre vivaz de D. Julio Guillén, del Museo Naval, ha organizado. Son ellos un estudio acabado de lo que el mar y la marina significan dentro de la Historia del mundo. Como a España cupo la gloria de romper los viejos moldes y crear un nuevo concepto del orbe, estos cursillos están orientados desde el punto de vista hispánico, que hablando del siglo XV y XVI, tiene forzosamente que mirar a América.

Aparte del verdadero mérito e interés del resto de los cursillos, a nosotros han de interesarnos más las conferencias del profesor Ballesteros, que dirige su vista, su intención al desentrañamiento de los problemas capitales del descubrimiento: su descubridor y los precedentes.

Demos aquí sólo la noticia, la bandera, los cursillos continúan aún y su resumen será tema obligado nuestro, para que la visión del conjunto sea mejor. Anotemos, pues, que los problemas de las causas y antecedentes del mayor descubrimiento geográfico han salido ya de su oscuridad, y que el problema espinoso de la patria de Colón ha dejado de serlo, al estudiarse por primera vez de un modo total e imparcial las facetas y la bibliografía.

Biblioteca Nacional de España

Figuras americanistas: Max Uhle

El mundo de la ciencia americanista mira con respeto y asombro la obra ingente y colosal de un solo hombre, que merece muy justamente ser llamado el padre del americanismo científico, juntamente con Seler.

El profesor Max Uhle, que ahora vemos en la «Hegel Haus» de Berlín, en su habitación llena de recuerdos americanos, o en su despacho del «Ibero ameritcanisehes Institut», en medio de una escogidísima Biblioteca, cuenta setenta y cinco años y tiene tras sí un historial de 200 y más obras, las últimas producidas hace pocos meses. Su labor inmensa merece por sí sola un estudio crítico, científico, que saque de ella todo el fruto que merece; pero no es ahora su momento. Más que su obra en sí, nos interesa el hombre productor de ella.

Sajón de raza pura, nacido en Leipzig, dedica sus primeros estudios al chino, al orientalismo, pero prontamente se plantea ante él América como un enigma, como un continente pleno de sugerencias y allá marcha, ya desde el principio, con un fin determinado, con un plan. Sucede esto en 1891.

Como él mismo nos contó en su conferencia por radio (noviembre, 1933), dedicada al público sudamericano, entra en el continente por el Sur, para poder recorrer a la inversa los territorios que la ola civilizadora cubrió de Norte a Sur, como él ya genialmente preveía en el concepto que de América y su cultura se había formado «a priori». Su significación dentro del campo americanístico, como sabio de primera, de primerísima fila, la debe a este método, a este cientifismo. Establece primeramente una sucesión geográfica de las culturas, que a su vez marchan desde Centroamérica irradiando al Sur y al Norte, lo que prueba con la semejanza entre obras toltecas y peruanas, semejanza que no tiene otra razón de ser que la del común origen.

Al estudio y formación de una idea concreta de esta sucesión de culturas dedica gran parte de su obra, pero ésta no ad-

Biblioteca Nacional de España

quiere su verdadero ser hasta la llegada de su gran libro *Pachacamac*. Veamos lo que éste significa, lo que nos trae de nuevo y maravilloso. Las culturas peruanas, como las de una nueva Grecia, se disponen en valles y se escalonan de Norte a Sur o de la costa a la montaña. Hasta 1904 se conocían, evidentemente, las influencias e interferencias de unas en otras, pero no se había precisado todavía una cronología científica que estratificara, por así decirlo, las unas sobre las otras. Uhle en Pachacamac, cerca de Lima, logra encontrar las diversas culturas superpuestas, estratificadas, y con su obra dedicada a este templo revoluciona todas las hipótesis anteriores y las echa por tierra. Uhle, con este hallazgo portentoso, logra dar a cada cultura peruana (lo que el gran Perú fué) un lugar propio con respecto a las restantes. A partir de este jalón nuestro sabio se lanza a completar su obra, pues si había dado una cronología, ésta era sólo relativa, pues no se tenía el entronque con las demás de América, y desde entonces comenzamos a recibir su labor más granada, en que auna la investigación directa con las teorías más atrevidas, en posición abiertamente científica, fuera de fantasías de cualquier otro género.

Este es el sabio en lo que a su obra se refiere; en cuanto a su personalidad, es fuente de sencillez y fortaleza, que a sus setenta y cuatro años no se entrega aún al descanso y continúa luchando por los ideales científicos que allá en su juventud, hace cincuenta años, le llevaron a América.

Bibliografía

Muy distintos entre sí hoy se nos aparecen varios libros, pero con el tiempo agrupables según las leyes inmutables de las cosas, que nos marcan en sencillo cuadro las tónicas, las alzas y las bajas, de las cuales sólo podemos ahora tomar una sin exponernos a equivocación grave: la que nos señala el interés científico que en todos los dominios del saber hay hacia América.

Biblioteca Nacional de España

Hamilton (Earl J.): *American Treasure and the Price revolution in Spain, 1501-1650.* Harward Economic Studies, 43. Harward University Press, XXXVI+428 págs., 4.°, tela.

El estudio de una economía de los períodos de nuestro apogeo en el mundo, ha sido muy abandonado por los sabios españoles, que han dedicado más sus actividades al desentrañamiento de los problemas de forma, numismáticos en este caso. El libro de Hamilton viene a completar esta laguna, que ya medio llenaban las obras de Artiñano (*Historia del Comercio con las Indias*) o Colmeiro, si bien muy parcamente. En el libro que ahora reseñamos se toma el asunto desde todos sus aspectos, desde el puramente monetal, hasta el más elevadamente económico, buceando no sólo en nuestra bibliografía, sino fructíferamente en nuestros archivos y colecciones, tales como el de Indias o Biblioteca Nacional, aportando pragmáticas y manuscritos que aclaran muchos puntos de oscuro estudio.

Es esta obra de interés para el americanista, por el trabajo en ella realizado sobre el destino y significación del oro venido de las colonias, de su importancia. Precede a la investigación en sí una parte preparatoria que nos lleva a apreciar de un modo concreto lo que era la situación, que pudiéramos llamar financiera, al comenzar el siglo XVI. Después entramos ya en el tema y en él vemos cómo hay una verdadera «Price revolution» a causa de las nuevas fuentes de riqueza, que lleva más adelante consigo una inflación de la moneda de vellón (1598-1650), que apareja un nuevo cambio en la facies de los precios.

Concluyen y perfilan esta obra de verdadero mérito los apéndices, tablas y gráficos auxiliares, que nos muestran descamadamente y sin las galas de la literatura, las alzas y las bajas, las curvas, las estadísticas y los valores.

Rómulo D. Carbia: *El señorío del Océano y los Reyes Católicos. Una frase enigmática que deja de serlo.* (Separata del

Biblioteca Nacional de España

núm. 357 de la revista *Criterio*, de fecha 3 de enero de 1935. Buenos Aires.)

En su labor de revisión de gran parte del material colombino, el docto Carbia nos aclara en sus líneas un punto oscuro de la gesta colombina de 1492, de sus preparativos.

Siempre fué enigma el porqué de la frase de las capitulaciones de Santa Fe: «Vuestras Altezas, como señores que son de las dichas mares Océanas...» que presuponía o un conocimiento anterior o un extralimitamiento de funciones en los Reyes Católicos. Carbia analiza, refuta a los autores que no supieron ver su verdadero sentido, y con un esquema geográfico (sobre el de Behaim de 1492) establece sobre firmes bases el hecho de que el Cipango, que era lo que Colón marchaba a descubrir, caía dentro de los mares castellanos por el acuerdo de 1480 entre la corona de Castilla y Portugal.

Congrès international des Sciences Anthropologiques et Etnhologiques. Compte-rendu de la première Session. Londres, 1934.

Las sesiones habidas en Londres en agosto de 1934 (con nutrida representación española) de este Congreso, tuvieron dentro del campo americanístico una resonancia de valor, que vemos ahora confirmada con la publicación de las actas.

Una ojeada del libro —pastas verdes y cuidada tipografía— que tenemos entre manos nos hace ver inmediatamente las tres comunicaciones de más valor, que tienen para nosotros además el encanto de haberlas oído personalmente. Son ellas la de K. Th. Preus (Urspruns und Predentung der Meuserenopfer in Mexico, nach einer fast unbekamsten Bildeshandschriaft), que con los datos que la «Historia tolteca-chichimeca» le aporta, nos construye una teoría nueva y atrayente sobre el siempre actual tema de los sacrificios sangrientos en México.

Las otras dos comunicaciones versan sobre el antiguo Perú,

Biblioteca Nacional de España

arqueológica la una (Overing, Tschölogische Grabungen in Perú, 1931-32), con noticias novísimas sobre las relaciones ultra-oceánicas de los primitivos peruanos, y lingüística la otra, del profesor Rivet, de París (Population de la province de Jaén, Equateur), en que la sabiduría profunda del gran americanista, con una minuciosidad extrema, llega a completar vocabularios inexistentes, que coinciden peregrinamente de un modo preciso con el cuadro de las ocho lenguas que el manuscrito desconocido de Martínez Compañón (Bibl. del Palacio Nacional, Madrid), incluye, según tuve en aquella sesión el honor de comunicar al Congreso.

Rice (A. Hamilton): *El Río Negro (Amazonas) y sus grandes afluentes de la Guayana brasileña.* Traducido por D. Juan Riaño y Gayangos. Londres, Oxford University Press, 1934.

Desde la expedición francesa de Chaffanjon en 1885-6, es en 1916 cuando de nuevo se intenta marcar el recorrido del gran afluente del Amazonas, que atraviesa el estado brasileño del nombre de este último gran río.

Los grandes objetivos de Hamilton Rice fueron completar el trazado del Río Negro, apear y trazar el canal casiquiare y explorar el alto Orinoco, para cuyo logro se vale de la lancha «Eleanor II», durando la expedición desde septiembre de 1919 a abril de 1920, con alguno de los mismos guías que Chaffanjon utilizó, como el indio Masiquetare, Pedro Cacipocs. Pero no se limita el autor en este libro a lo que fueron sus fines a perseguir, sino que nos da un cuadro vivo, completísimo, de lo que es la etnografía, el vivir de las gentes que habitan en las regiones más vastas del globo que aún no ha pisado el hombre civilizado, a pesar de los estudios de Humboldt sobre las tierras ecuatoriales, según acertada frase de Michelena y Rojas, en su «Exploración Oficial», de 1857.

Biblioteca Nacional de España

Art des Incas, catalogue de l'Exposition de la collection J. L. au palais du Trocadero (juin-octubre 1933). Musèe d'Ethnographie. París, 1933.

Este libro (94 páginas y XX láminas en un tamaño reducido), que aparentemente reseñamos con año y meses de retraso, es hoy dentro del americanismo práctico el acontecimiento de mayor relieve, de más importancia, y en especial para España; leamos lo que dicen algunas líneas del prólogo:

«Un Espagnol..., M. J. L., a bien voulu, cedant aux intances de la direction du Musée d'Etnographie, prêter à cette institution pendant cinq mois la magnifique colection d'art incasique qu'il a constituée avec un goût tres auerti...»

J. L., que quiere guardar su libertad de acción, su independencia aventurera, en el anónimo, es un español que enraiza genuinamente en la gran rama, aún con sávia viva, del árbol de los conquistadores y que con «un goût tres auerti», forma una de las mejores colecciones de arte en pequeño, que se conocen en el mundo.

La colección, como un nuevo tesoro venido de las Indias, se halla en España, en Madrid, y formará por sí sola una de las exposiciones más brillantes de las celebradas en el Palacio de Bibliotecas y Museos. La maravilla (verdadero hallazgo de Alí Babá, con oro y pedrería mezclados con finísimos objetos cerámicos) asombrará dentro de poco nuestra sensibilidad. En tonces llegará el momento de que la estudiemos con el detenimiento que creemos deber darle.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN PORTUGAL

En las contestaciones a la encuesta literaria que está publicando en las columnas de su reciente suplemento semanal el *Diario de Lisboa*, señálase en general el estancamiento del medio literario portugués contemporáneo coexistiendo con valores

Biblioteca Nacional de España

individuales relevantes. La observación me parece procedente; bastante triste, desolado, se nos presenta el panorama de las letras, pero ese marasmo no proviene tanto de falta o mediocridad de los escritores como de insuficiencia y rarefacción del ambiente; las obras literarias no provocan en el público ninguna o casi ninguna reacción; los autores están aislados, las ideas no se conectan, y diríase que no circulan...

No sería difícil apuntar algunos grandes nombres en el lirismo, aun cuando no de aparición reciente; la novela esboza en algunos sectores (mejor, autores) una tendencia a preocuparse de los problemas morales de hoy para salir del estilo cortante y de la ironía de Eça de Queiroz, en que, hablando en términos generales, se fijara retrasándose, y de los limitados horizontes caseros en que voluntariamente se asfixiaba. Los estudios históricos, si bien es cierto que muchas veces en una forma de erudición estrecha que no alcanza los dominios del arte. han gozado de favor, y, sobre todo, el pensamiento filosófico y crítico vaciado en los moldes del ensayo, por una lado, muéstrase de la predilección de escritores noveles, y, por otro, debe a algunos hombres en plena maduridad obras de las más notables, por cierto, después de la gloriosa generación realista. Había que temer, sin embargo, que la indiferencia y el aislamiento matasen poco a poco esa producción espiritual, aun cuando creo que es el peligro menor de lo que parece, porque las ideas siguen su camino subterráneo, y las preocupaciones superiores del espíritu continúan teniendo conciencias que la recojan, aunque sea en silencio.

Ultimamente, con todo, la situación muestra tendencias de ir modificándose. En 1934 fueron ya atribuídos algunos premios literarios. A principio de año salió un periódico de literatura, *Fradique*, dirigido por la noble mocedad de Tomás Ribeiro Colaço (poco antes habían aparecido *Monmento* y *Presença*, ambas revistas de jóvenes militantes o simpatizantes del modernismo); y a *Fradique* siguieron los periódicos de finalidad cultural, *O Diabo*, *Agleba* (de vida efímera), *1935*, *Gladio*, además

Biblioteca Nacional de España

del suplemento del *Diario de Lisboa*, arriba nombrado. También el Sr. Cunha Leal fundó una revista, especialmente de estudios sociales, en la cual han salido brillantes contribuciones para otros dominios de la inteligencia, como, por ejemplo, los ensayos de filosofía del Dr. Germano Rocha. No espero gran cosa de esta oleada de periódicos —la mayoría de los cuales tendrá, sin duda, breve duración— en cuanto a la creación artística; cuando más, facilitarán a los autores jóvenes el poder manifestar su pensamiento; pero creo que servirán para sacudir la modorra del público, para restaurar el gusto por la lectura y ejercer así indirectamente una función de estímulo. Otra que sobre todas les competía: la normativa o, al menos, orientadora —la crítica— ellos la han descuidado o desempeñado con vacilación y dispersión.

* * *

Esbozado ligera e incompletamente, a modo de introito, el panorama intelectual portugués al alborear este año de 1935, hemos de dar noticia, que no puede ser más que sucinta, de las obras últimamente aparecidas. Alterando por una sola vez los límites cronológicos de estas reseñas, deseamos señalar la publicación, al expirar el pasado año, de una novela —o colección de seis novelas— con un mismo protagonista, del Sr. Urbano Rodrigues: *Cinco aventuras sen importancia*, la cual, si bien todavía a la sombra de la bandera del autor de *La Ciudad y las Sierras*, en cuanto a la forma y al espíritu irónico, y aun por la semejanza de intenciones, significa una evasión del habitual regionalismo, fijando con finura y justeza de observación y con innegable virtud de novelista, algunos tipos feneminos —notas varias de la gama del amor— e índices de nuevas y diversas concepciones de la vida en el mundo de hoy.

Recientemente salieron también de las prensas una novela del Sr. Conde de Aurora, *O Pinto*, biografía de un cacique electoral, y una novela que el autor erróneamente denomina «romance», del Sr. Rocha Junior, *O Homem dos Mil Segredos*.

Biblioteca Nacional de España

En el departamento de las ideas y de la crítica merece amplia referencia un libro notabilísimo del Sr. Fidelino de Figueiredo, *Pyrene*, de que nos ocuparemos en la próxima crónica, ya porque apenas acaba de aparecer, ya porque no disponemos de espacio suficiente.

* * *

Como en el quinientos, los descubrimientos proveyeron a la literatura portuguesa de una materia abundante y nueva, también ahora —guardadas las debidas proporciones— un mayor interés por las colonias acarreó para el campo literario larga copia de motivos exóticos que produjo en los últimos años abundante bibliografía.

Al público acaba de salir un libro de asunto colonial, *Gentío de Timor*, del Sr. Armando Pinto Correa. No se trata de obra de imaginación, ni aun se puede clasificar como obra de arte, pero es seguramente un espléndido estudio, serio y minucioso de los usos y costumbres de los indígenas de Timor, donde el autor sirvió a la nación, durante seis años, como funcionario y donde realizó una constructiva tarea de fomento económico de extensión de la cultura y de la existencia de la organización social. El Sr. Pinto Correa se presenta cuidadosamente documentado y muestra un agudo espíritu de observador, con un vivo calor de simpatía y el don de la comprensión de almas extrañas, cualidades de novelista que, con el lenguaje pintoresco, hacen a su libro lectura agradable y aun cultivadora para el lector desinteresado de los asuntos coloniales.

BIBLIOTECA NACIONAL

GUSTAVO DE FREITAS

Lisboa, 15 de febrero de 1935.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

El Jardín de las Hespérides

Biblioteca Nacional de España

CASTELLON DE LA PLANA

Sociedad Castellonense de Cultura

Biblioteca Nacional de España

La Sociedad Castellonense de Cultura

«Festina lente» es el lema de esta benemérita entidad, que tiene su sede en Castellón de la Plana. Fundóse en 1919. Un grupo de estudiosos quiso recoger la labor solitaria de aquellos que su profesión liga a medios apartados de la urbe; quería proporcionarles útiles de trabajo para su mejor labor.

En mayo de 1920 aparecía el Boletín, vehículo que había de mantener en relación constante a todos sus miembros y que sería el tornavoz de aquellas actividades solitarias. El pago de la cuota anual, que es la suscripción al Boletín, da la consideración de socio, con derecho a utilizar los libros y revistas de la biblioteca. Hállase regida la Sociedad por un Presidente, D. Salvador Guinot y Vilar; un Vicepresidente, D. Carlos G. Espresati y Sánchez; un Vocal, D. Angel Sánchez Gozalbo, que actúa de Director de Publicaciones, y un Secretario, D. Luis Revest y Corzo, hombres de gran devoción a la cultura, de gran tenacidad en el trabajo, de los que levantan el nivel de un pueblo.

Es interesante la labor realizada en estos diecisiete años. Elementos destacados de ella han dado conferencias en Valencia y Castellón sobre los más variados temas. Cursillos de paleografía, excursiones científicas, exploraciones arqueológicas, que han culminado este último año con el descubrimiento de las pinturas rupestres del término de Ares del Maestre; catálogos de la riqueza documental y artística de las tierras valencianas y de las limítrofes de Aragón y Cataluña, traducidos en monografías que han hallado ecos gratulatorios en centros nacionales y extranje-

Biblioteca Nacional de España

ros. Ha despertado vocaciones dormidas, estimulando con su aliento, con sus consejos y poniendo al alcance de sus socios la más reciente bibliografía, que ha convertido en diestros investigadores a aquellos que con su autodidactismo hubieran perecido en un mar sin fondo o se hubieran perdido entre la fronda ampulosa y retórica, que supone tiempo perdido para ellos y para el erudito de tiempos venideros. Ha animado a jóvenes poetas editando sus libros, y ha creado, en suma, *un hogar de cultura*, animado por *una colmena de trabajadores* —de una y otra manera ha sido así calificada su labor por la prensa de la vecina ciudad de Valencia—, con su escuela de prosistas en lengua vernácula y con libros galardonados en certámenes nacionales y regionales.

El exponente cumbre de sus trabajos es el Boletín, que fué primero mensual y que la calidad y extensión de sus artículos hizo que se convirtiese en bimensual, desbordándose después en libros al requerir una mayor amplitud y una perdurabilidad mayor que la revista.

La colección del Boletín consta de 15 volúmenes en 8.°; son cada uno de un promedio de 500 páginas, con numerosas láminas y tricromías. Entra ahora, en 1935, en el año XVI de su vida, hasta hoy la revista más longeva del antiguo reino de Valencia. Cuenta en sus páginas con trabajos en francés, en italiano, en portugués —que fué lema suyo admitir colaboración en todos los idiomas—, además de los asiduos en castellano y en lengua vernácula. En sus índices constan colaboradores tan prestigiosos como Julián Ribera, Vicente Castañeda, Jorge Rubió Balaguer, José Gudiol, el P. Gazulla, J. de Entrambasaguas, Vicente Ripollés, Eduardo Juliá, Félix Elías, A. Durán y Sampere, F. Mateu Llopis, Manuel de Montoliu, J. Royo Gómez, Ramón d'Alós-Moner, González Martí, Juan Beneyto, Antonio Griera, Almela Vives, Leandro de Saralegui y P. Bosch Gimpera, entre otros nacionales, y R. Filangieri di Candida, Amédée Pagés, Ezio Levi, Rosaria Flaccomio, Armando de Mattos y Antonio Gasparetti, entre los extranjeros.

Biblioteca Nacional de España

Otra labor señera de la Sociedad es su actividad editorial, impuesta por la necesidad de reflejar en libros aquellos trabajos que por su densidad y extensión no era posible darlos en la revista. Lleva publicados 57 títulos, entre ellos la edición latina del *De Amore*, cuya última edición, agotada ya, fué hecha en Copenhague por Mr. Trojel. Al azar daremos alfunos títulos: *I fiorentini nel Maestrazgo al tramonto del Medio Evo*, del profesor de la Universidad de Nápoles, Ezio Levi d'Ancona; *La alegría en Santa Teresa de Jesús*, de L. Revest; *Architettura e scultura catalana in Campania nel secolo XV*, del profesor napolitano R. Filangieri di Candida; *Diccionario biográfico de escultores valencianos del siglo XVIII*, de A. Igual Ubeda y F. Morote Chapa; *Un tratatto di Mascalcia del secolo XV in lingua catalana*, del lopista palermitano Antonio Gasparetti; *Orígenes del Ducado de Segorbe*, de Honorio García; *Vocabulario de la cerámica de Manises*, de F. Almela Vives; *El paisaje inexistente*, de J. de Entrambasaguas; libros de versos, como *Azahar*, de Carlos G. Espresati; *Ciudades de oro*, de E. Fornet; *Inquietud*, de Rafael Catalá, prologado por W. Fernández Flórez, y la serie de volúmenes descubridores del arte del Maestrazgo, como *Las cruces gemelas de San Mateo y de Linares de Mora*; *El pintor cuatrocentista Valentín Montoliu*; *Pintores del Maestrazgo*: *Bernardo Serra, pintor de Tortosa y de Morella*; *Los Santalíneas, orfebres de Morella y Catí*; la caudalosa monografía del malogrado Ricardo Carreras, maestro de estilistas.

Acaba de salir de los tórtulos castellonenses una obra de Amédée Pagés sobre la poesía lírica anterior a Ausias March, y lleva en curso de impresión un volumen sobre *Milicias valencianas*, del docto catedrático Luis Querol y Roso, y otro sobre el *Repartimiento de Villarreal y Burriana*, del erudito carmelita P. Ramón de María.

La aportación a la literatura vernacular es caudalosa, con obras de Salvador Guinot, Carlos Salvador, Angel Sánchez Gozalbo, E. Soler Godes, G. Renat Ferrís, F. Carreres Calatayud, Revest, Sales Boli y otros.

Biblioteca Nacional de España

Ha jalonado con éxitos su actividad editorial: En 1930 otorgaba la Cámara Oficial del Libro, de Madrid, el premio al mejor libro impreso, al *Tomba-Tossals*, de J. Pascual Tirado; en 1931, el Ayuntamiento de Valencia concedía el premio al mejor libro literario del año a *Bolangera de dimonis*, de Angel Sánchez Gozalbo; en 1932 premiaba el Ayuntamiento de Valencia, en la Fiesta del Libro, la obra *Pintors del Maestrat*, considerándolo el mejor impreso durante todo el año en todo el territorio del antiguo reino de Valencia.

Esta Sociedad funda bibliotecas y museos, realiza excavaciones, edita libros, cataloga documentos y obras de arte, salva árboles que ornamenten paseos ciudadanos, asesora, cuida, procura no se pierda el hálito vital de las cosas.

No en balde doctas plumas han dicho desde tornavoces nacionales que el centro intelectual de Valencia se ha desplazado al norte del antiguo reino valenciano.

(En el próximo número, semblanza de la «Sociedad de Bibliófilos Andaluces», existente en Sevilla.)

Biblioteca Nacional de España

Los Trabajos y los Días

Biblioteca Nacional de España

Teatro

Exposiciones

Tribunas

Conciertos

Libros

Biblioteca Nacional de España

Teatro

No es problema fácil el que plantea al autor dramático la vida del hombre extraordinario en el teatro. La figura del héroe se sublima a través de los siglos, depurándose de mezquindades y miserias, en una especie de santidad en que la «gracia» de la obra borra con pátina de Eternidad la imperfección humana. Hay que elegir, de consiguiente, entre la imagen estereotipada de *ejemplario* y la verdad histórica del personaje real, afrontando, en cada caso, el riesgo de deshumanizar al hombre o de chocar con el prejuicio establecido.

Mas, si se trata de un artista, los escollos se multiplican. El Arte es un refugio que en ficciones sublimes sustituye a la acción real malograda. El artista es el héroe sin fuerza para dominar a la vida, y por eso crea un mundo ideal donde ser dios. La desproporción entre su ensueño y su potencia eficaz es tan enorme, que a cada momento se siente caer de las estrellas, despeñarse desde un Tabor glorioso a un valle de miseria. Alzarse. Descender. Desequilibrio peligroso en que se corre albur de perder todo lastre, de mezclar en el mareo del aterrizaje sublimidades y abyección. Ejemplo ilustre: Lope.

La vida pletórica del «Fénix» de nuestros ingenios, capaz de los excelsos arrebatos místicos y de los adulterios más turbios, de truhanería y caridad generosísima, de altivez caballeresca y de adulación servil; estudiante, soldado, aventurero, sacerdote, cortesano de Grandes y caballero de San Juan de Jerusalén, es acaso la mezcla más rica y asombrosa que registra la his-

Biblioteca Nacional de España

toria. Y también la más fácil de estudiar por la abundancia de detalles autobiográficos que de él nos quedan en *La Dorotea* y en su copioso epistolario.

¿Era posible llevar una vida semejante a la escena?

Eduardo Marquina lo intenta centrándola a través de una mujer: aquella Elena Osorio, comedianta y sirena de la calle de Lavapiés, inspiradora de la Dorotea, gozo y tormento de la mocedad del monarca de nuestra escena, maestra de placer y sierpe de voluptuosidad, que envenena tantos años la vida del campeón de dinamismo en un siglo de atletas.

El escritor de hoy se ha acercado al corazón del vate muerto con amor y entusiasmo, encuentra para hacerle revivir la voz briosa, el garbo y el desplante necesario. Hace cruzar por el tablado el torbellino de su vitalidad espléndida, sin falsearla, y cierra, en un epílogo lleno de majestad, la figura sublime con la visión de Lope anciano, glorioso, amado por el pueblo; cuando la cabellera blanca, la cruz roja en el pecho, va el poeta bendecido por las mujeres desde las ventanas, camino del sepulcro, agobiado de gloria y desengaños, pero seguro ya de la tierra que pisa, apoyado en el sacrificio de su hija Marcela, dulce símbolo de expiación que se inmola en el altar del culto paterno.

Elena Osorio, a quien Marquina prefiere conservar el nombre de Dorotea con que el Fénix la disimula en el libro sin par en nuestras letras, está tratada con singular maestría en su complejidad de enamorada y de coqueta, mujer madura que termina su vida pasional abriendo al amor un corazón de mozo y sin perder nunca el terror de que aquel fuego consuma su belleza dejando intacto al amante mancebo para buscar nuevos amores.

La forma del drama es siempre bella, hasta el punto de que la reputamos como de las mejor logradas del autor. La construcción segura. Sin embargo, a pesar de los aplausos de la noche de estreno no ha conseguido sostenerse en el cartel del Cómico como otros éxitos recientes del mismo poeta. En gran parte por causa de la interpretación. Carmen Díaz no encarna el

Biblioteca Nacional de España

tipo físico de aquella otra bellísima comedianta, bailarina y cantante, ni ha logrado, a pesar de los esfuerzos laudabilísimos de su buen deseo, conseguir la voz, el tono que precisaba la obra. Pero, además, ¿no habrá oscurecido también el entusiasmo popular el ver, en cierto modo, disminuída la visión estatuaria de Lope, ya serena en el bronce de su gloria, por las trapacerías de su turbulenta juventud?... ¿Lope era así? Se dicen en su asiento el estudiante, la señora burguesa y la dama de sociedad. La figura académica, coronada de laurel de los manuales de historia literaria que está medio borrosa en el fondo de sus almas, no encaja con el que ilumina la escena y les produce cierto desasosiego que no se atreven a confesar.

Si tal sucede con Fray Félix Lópe de Vega Carpio, que en ningún momento carece de grandeza, que se mueve en el marco de una España imperial, amado y glorioso, ¿qué efecto nos ha de producir esa otra especie de reportaje escénico que en torno a la figura de Dicenta representa en Fontalba María Fernanda Ladrón de Guevara y Rivelles?

Ambiente de cafetín flamenco, de Fornos, de tabernas y bohardillas. Tópicos de artículos de fondo del viejo *Liberal* y *España Nueva*. Versos de aquel trasnochado romanticismo que trajo a luz *La dama de las camelias*. Bohemia de esritores malogrados, de daifas y toreros. ¿Verdaderamente creen Dicenta, hijo, y José Granada que esta *Amparo* va a servir de revisión gloriosa a la figura, ya tan olvidada, del autor de *Juan José*?

No está tan lejos el panorama que nos muestran, que la gracia pretérita de un ciclo terminado en el tiempo la redima. Viéndolo reproducido en escena con una propiedad y un colorido perfectos —todos los elogios a la presentación y a la labor de los actores son pocos, principalmente Rivelles, que logra una verdadera creación—, en lugar de despertar en nosotros una nostalgia benevolente, nos produce la satisfacción de haberle dejado atrás. Esta postguerra en que vivimos, con sus crisis y todos sus problemas, es, por lo menos, más higiénica. Nuestros poetas, a los que la gente, absorbida por la política, hace todavía menos caso que entonces se hacía a los literatos, no llevan una

Biblioteca Nacional de España

vida tan absurda, o, por lo menos, no declaman de ese modo contra la sociedad, porque saben que sus quejas serán completamente estériles. (Hoy, a lo sumo, los poetas mal avenidos se consuelan ingresando en la disciplina antiliteraria del comunismo y poniéndose una camiseta despechugada o un mono de mecánico.)

Claro que no es todo el «fin de siglo» el que desfila por las escenas de *Amparo*; queda algo más; lo que se hallaba enfrente, es decir, la sociedad ordenada y trabajadora, los escritores que no disolvieron su obra en el alcohol consolador de los cafetuchos y que nadie podrá creer representados por esos pobres figurones que se mueven en torno de los poetas harapientos. Todo lo que exalta la obra —que no carece de habilidad y dinamismo escénico—, esos bigotudos de levita raída y esas mujerzuelas de mangas de jamón, han hecho muy bien muriéndose, aunque sea de hambre —cosa que deploramos—, y no deben resucitar jamás.

Otra visión bien distinta del «fin de siglo», graciosa y simpática, aunque se quede en lo superficial, es la organizada por la TEA en el antiguo teatro de la Princesa —hoy María Guerrero—. Concierto, con argumento y decorado escénico, a cargo de la encantadora Josefina de la Torre, y que por eso cabe más bien dentro de esta sección. La deliciosa poetisa canaria, vestida con las galas de una elegante de 1900, cantó de un modo exquisito melodías de óperas italianas, romanzas de zarzuelas, valses franceses y habaneras. Tiene una voz muy bella y una escuela perfecta, gracia de actriz y verdadera distinción. Su *1900* nos hacía soñar en los salones barrocos donde se pusieron de largo nuestras madres.

* * *

Si es difícil, como dijimos al principio, llevar a la escena una vida excepcional, tampoco va resultando ya hacedero el seguir a diario glosando los ambientes vulgares, las vidas en que no pasa nada. Díganlo, si no, las salas medio vacías de la ma-

Biblioteca Nacional de España

yor parte de los teatros, la renovación constante de los carteles y la ruina de las empresas.

Se necesita la maestría de un Benavente para sacar algún partido de los incidentes diarios de la vida de ese hotel provinciano de «Las cuatro estaciones», donde se reunen una serie de tipos pintorescos —no excesivamente nuevos, pero bien dibujados—, con problemas mil veces vistos, a los que trastorna la presencia de un ser medio salvaje, mezcla un poco arbitraria que los demás no saben definir. *Cualquiera lo sabe*, responden los personajes de la comedia cuando otro les pregunta qué cosa es aquel rústico malicioso, lleno de buen sentido y que al final no carece de corazón. Tipo con larga ascendencia literaria, desde los aldeanos favoritos en las Cortes de la Edad Media, que debe responder a la realidad, ya que se perpetúa de ese modo en la literatura, pero que en la visión que da de él D. Jacinto Benavente, en *Cualquiera lo sabe*, no deja de ser bastante convencional. Mariano Azaña lo caracteriza con mucha gracia, y los demás actores de la Comedia, justos en sus papeles, alcanzan un conjunto de excelente naturalidad.

¡La naturalidad! La única diosa que tienen en los labios la mayor parte de nuestros actores y nuestros autores, a cuya exclusiva busca han sacrificado tantas cosas y que han acabado por hacer tan tópica y tan amanerada como pudo ser la declamación más altisonante y el gesto «noble» o la «gracia» de otros días.

La vida entera no cabe en la escena; el seccionarla, en busca de sus rasgos más característicos, será, al fin y al cabo, artificio siempre, y más valdría buscar algo nuevo y original que repetir las mismas cosas a diario. Ya ni siquiera pueden alegar la disculpa de Lope, de *pues lo paga el vulgo necio, es justo hablarle en necio para darle gusto*. Porque el público no lo paga y se queda en su casa.

Ya pueden sacar canarios y jilgueros y un gato amaestrado que no se sale de la escena, cantar el *chiribí* y ajustar la cuenta de la plaza con una exactitud minuciosa, como hace Luis Manzano en el teatro Benavente en *Tú y yo solos*»... El público

Biblioteca Nacional de España

quiere algo que ver o que oír, espectáculo y emoción, que en esos diálogos caseros no se logra aunque tengan para servirlos un actor de tanta autoridad como José Isbert.

El problema del descenso de la clase media hacia los oficios manuales, cuando los obreros sin trabajo pululan por toda la ciudad, no es tampoco aliciente muy decisivo; ni los amores de la obrera y el ingeniero, o los de la señorita y el ferroviario, pueden calificarse de hallazgo excepcional, y, así, la obra languidece en la sala casi desierta, sin gloria ni provecho.

Mejor camino había emprendido el Sr. Pérez Fernández en *Mañana me mato*, si hubiese sabido sacar partido del cuento de Fernández Flórez en que se inspira su comedia, fracasada en el escenario de Eslava. Arrancaba la obra bien, en una situación graciosa, motivada por el presunto suicidio del protagonista; pero la prolonga en un segundo acto, pesado, para acabar en un final pobrísimo. Los personajes, sin relieve, no permiten el lucimiento de ningún actor, y el colaborador de Muñoz Seca estrella su intento entre la indiferencia general.

Esfuerzo de renovación, con más acierto, es el de los hermanos Quintero en su última obra estrenada en Lara. No por el abandono de su costumbrismo andaluz, que ya han practicado en diversas ocasiones, en *Los cinco lobitos*, sin ir más lejos, sino por abordar una situación dramática francamente, que logra en un momento levantar la comedia y alcanzar acento de arte firme. Lástima que la escena no se presenta hasta el tercer acto, y, apenas ha resonado en el teatro, como si los autores se asustaran de su atrevimiento, la apagan con un final de dulzarronería que desvirtúa los caracteres que se acababan de elevar.

Pasan los dos primeros actos en pintar el ambiente en que viven doña Serafina Marondo y su hija Beatriz, dama dulce, benévola y un poco débil, la primera; niña moderna, caprichosa e insoportable, la segunda; las dos guapas y un poco tontas, porque así les plugo a sus hacedores; los personajes que les rodean, egoístas y bastante necios, entretienen al público con sus ridiculeces, sus disputas y sus naderías, gracias a la inago-

Biblioteca Nacional de España

table amenidad quinteriana, que saca partido de cualquier cosa. Algunas figuras son enteramente caprichosas e innecesarias, como los sablistas profesionales, que no imaginamos dónde habrán podido encontrar los ilustres comediógrafos. La vida desquiciada que lleva la señorita de Marondo termina, como no podía menos de ser, en la caída definitiva y sin remedio, porque el seductor, que no conocemos, se nos pinta con tales trazos, que una boda con él es peor que la misma caída. Y, entonces, surge la escena y se revelan dos caracteres de mujer nobles y dignos. La obra pudo acabar aquí. La lección moral estaba salvada: Beatriz se arrepiente, reconoce su falta y acepta con valor las consecuencis, pero a los autores les asusta, más que el pecado contra la ley eterna, el escándalo social, y hacen que el seductor se arrepienta. Lo que lógicamente debía tener un sabor acerbo, se azucara para que el público de novela rosa quede satisfecho y las niñas que imitan a la Beatriz del primer acto no se hallen a disgusto.

La interpretación tuvo otra sorpresa. Ana María Custodio, hasta ahora destinada a papeles de niñas frívola e insustancial, encuentra ocasión de revelar su temperamento magnífico de actriz dramática. Halla el gesto, la expresión, la voz con una sobriedad maravillosa, y su rubia belleza se hace más patente; nunca ha estado más bonita que en esta escena dura, sacudida por el dolor. Entre ella y Concha Catalá, tan excelente actriz como siempre, la escena se eleva a un tono nada frecuente en nuestro teatro.

HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

Biblioteca Nacional de España

Exposiciones

De gran movimiento ha sido este mes en lo que a actividades artísticas se refiere. No sólo ha habido un gran número de exposiciones, sino que éstas han abarcado todos los géneros y aun todas las generaciones vivientes: de los noveles a los consagrados.

Vino viejo en odres nuevos

La Asociación de Escritores y Artistas ha inaugurado un saloncito en la calle del Rollo, con una exposición de obras de pintura, escultura, dibujo y cerámica de seis artistas de la anterior generación: Benlliure, Garnelo, Blay, Anasagasti, Domingo Muñoz y Ramón Muñoz Rubio.

Es curiosa la desorientación que el visitante habitual de exposiciones sufre ante un conjunto como este. ¿Buenos? ¿Malos? Y acostumbrado a la facilidad de clasificar los artistas modernos en buenos y absolutamente reprobables, tiene que poner a prueba su sensibilidad enjuiciadora. Los seis expositores de la Asociación de Escritores y Artistas pertenecen a aquella época en la que era el *oficio* lo que se aprendía en primer lugar, la técnica del Arte. De aquí la dificultad del juicio: Todos ellos saben cómo es una pierna o un chopo, o de qué modo cae un lienzo, cosa que no ha ocurrido en la generación que ya está pasando. Y aquí surge la pugna entre los partidarios del aprendizaje y de los devotos del libre impulso. ¿Qué es mejor, que los que sientan la vocación del Arte se peleen sólos, a cuerpo limpio, contra líneas y volúmenes, y que perezcan en la lucha los más, triunfando los menos, o que superen todos, con la ayuda de un maestro, las primeras dificultades, y ya sobre esta base, trabajen por sí?

Biblioteca Nacional de España

Es igual; el resultado será siempre el mismo: triunfarán —en el futuro, se entiende— los que lleven *el genio* y fracasarán todos los demás. O, mejor dicho, no es igual: pensemos en la posibilidad de que se pierdan genios, por ignorancia de los elementos técnicos de las artes, y en cambio —Dios lo haga—, el reposo que para nuestros ojos sería el que todo que se lanzase a exponer, tuviera una idea aproximada de los colores y de las masas.

No vamos a criticar las obras expuestas en la calle del Rollo; está demasiado viva y es excesivamente enconada aún la discusión entre partidarios y detractores de estos *consagrados*, para mediar en ella. Destaquemos, tan sólo, el buen acuerdo de la Asociación de Escritores y Artistas al inaugurar su salón con las obras de este grupo de hombres, sobre cuyo valor definitivo opinará el tiempo, pero que tuvieron la oportuna ocurrencia de aprender su oficio para empezar.

La exposición Blat

De todos los caminos que pueden escogerse al comenzar a pintar, Ismael Blat ha seguido el más difícil: el de la pintura pintura, de técnica empastada, sin trucos ni efectismos de ninguna clase, la pintura que no busca alcanzar ningún efecto poético ni siquiera decorativo, sino simplemente valores pictóricos, el dibujo, el color, la calidad, la forma...

Lo primero que destaca en la pintura de Blat es su sinceridad; el artista se ha enfrentado con el modelo y se ha puesto a pintar, y, al ir pintando, se ha olvidado de su propia personalidad —como el actor al encarnar un personaje— y el modelo se ha apoderado de él, adquiriendo vida propia en su mente. A esto se debe su diversidad: cada motivo, cada espectáculo que se ofrece a los ojos del pintor, hace reaccionar de distinta manera su sensibilidad, y así es posible que salgan de una misma paleta obras tan diferentes como los paisajes lluviosos de Santiago y las radiantes escenas marroquíes, que recuerdan la luminosidad de un Renoir.

Biblioteca Nacional de España

Todo el proceso artístico de Blat es una lucha trabajosa y ardiente por conseguir el dominio de la técnica, y el premio último que se alcanza en esta lucha es el más elevado a que puede aspirar la obra humana: la sencillez, el llegar a pintar con el mínimo esfuerzo, al mismo tiempo que con la máxima maestría.

En este camino hacia la sencillez, se observa en la obra de Blat un gran avance después de su viaje por los museos de la Europa central. La contemplación de las obras de los grandes maestros ha afinado su sensibilidad y aumentado enormemente su potencia visual.

Hemos dicho que Blat reacciona de una manera muy distinta, según el modelo, pero, naturalmente, unos se adaptan mejor que otros a su temperamento. Lo suyo —aun teniendo magníficos aciertos en los tonos fríos gris y malva— son los tonos calientes de toda la gama de los rojos y los castaños. A este grupo pertenecen las mejores de las obras expuestas: *El fumador*, en cuyas telas se manifiesta un gran colorista; *Placidez lugareña*, etcétera. Otro acierto indudable de Blat son los verdes. Quizá lo viejas, situadas en segundo plano del cuadro titulado *¿Será*

CARTELES

Pero si queremos darnos exacta cuenta de todo el dominio de la luz que tiene este pintor levantino, busquemos sus cuadros de lluvia. Jamás olvidaremos, en uno de sus cuadros santiagueses, el reflejo de un vitral, que tiene en sí toda la tarde. Bastaría con este trocito de lienzo pintado para saber el ambiente exacto de la escena.

UNA LECCIÓN DE SENCILLEZ

Segura, el fotógrafo Segura, expositor en Bellas Artes, el maestro. Hora era ya de que viéramos un conjunto tan magnífico de fotografías *como Dios manda*. Porque en Fotografía se ha dado un salto peligrosísimo: se ha pasado de la época que pudiéramos llamar incolora, en la que las masas apenas si lograban el relieve suficiente para destacar las unas de las otras, ni las luces

Biblioteca Nacional de España

tenían jamás la brillantez, la valentía que en la realidad, a esta, o mejor, a esa expresionista, nacida bajo la influencia del cine, en la cual, en fuerza de forzar luces y ángulos para conseguir nuevos puntos de visión o realizar los volúmenes, se pierde el contacto con la realidad.

El movimiento pendular del Arte se nos muestra, en la fotografía de Segura, casi en su centro, casi en su punto de equilibrio. Segura ha recorrido con su cámara romerías y caminos, se ha parado ante las iglesias románicas y las casonas de Castilla, y al entrar a reposar en un mesón, ha paseado todas las dependencias, captando los rincones más humildes: ollas, cacharros, faroles... Y ha recogido todo con fidelidad: cada cosa sigue siendo lo que es. No son las fotografías de Segura de este tipo a que antes aludíamos, en las que, merced a sus luces unilaterales, se desnaturaliza la esencia de lo fotografiado, no; en Segura, las ollas son ollas, y el molinillo de chocolate, un molinillo de chocolate. Y, sin embargo, las fotografías son deliciosas, y, sobre todo, son fotografías.

La fotografía está entrando, y Segura es un exponente de ello, en cauces espléndidos. El cine, que también pasó por los dos estadios a que aludíamos, de incoloridad y de luces irreales, está llegando a un grado de madurez en la imagen que ha irradiado su influencia a la fotografía fija. La fórmula de esta madurez para profanos —perdonen la herejía los profesionales— sería «ni oscuridad ni luces a un lado; ¡luces a los dos!».

Carteles

Cada año, al llegar esta época, el Círculo de Bellas Artes abre un concurso de carteles anunciadores de sus bailes de Carnaval, y los expone en sus salas; y aun cuando son varios los concursos de carteles que al año se convocan por industriales, Sociedades de recreo o entidades turísticas, ninguno como aquéllos, por su regularidad para darnos una idea clara de la marcha de este arte en España.

Biblioteca Nacional de España

La Exposición de este año nos dice, en primer lugar, algo que, hasta ahora, no nos había dicho ninguna: en España sabemos ya lo que es el cartel. ¿Es que hay mejores obras? ¿Es que, en conjunto, es mejor la Exposición? Ni lo uno ni lo otro: ha habido obras tan buenas y aun mejores en los años últimos, y hasta es posible que el conjunto fuera mejor. Nuestra afirmación es menos y más: «en España sabemos lo que es un cartel». Hay, naturalmente, un par de docenas o tres de obras en Bellas Artes que no recuerdan, ni remotamente, lo que debe ser un cartel; pero el resto ¡vaya si lo saben! Estábamos por afirmar que hasta con exceso.

Nos explicaremos. Podríamos clasificar en tres grupos los carteles de cualquiera, pero especialmente de esta Exposición: *alegóricos*, *de charada* y *técnicos*. Este orden de enumeración responde, además, al orden con que han ido apareciendo en el tiempo.

Alegóricos, son esencialmente «fin de siglo»; las musas tienen en ellos una parte predominante, y, en general, toda la Mitología juega importantísimo papel. Sería interesantísimo hacer un gráfico que indicara la progresiva desaparición de la cabeza de Minerva como elemento fundamental, pongamos por ejemplo, de los carteles anunciadores del baile del Círculo.

De charada, son esencialmente ingeniosos. Aun cuando contemporáneos nuestros, responden en aquella concepción transformista de las cosas, tan en boga en el último tercio del pasado siglo, poblado de perchas que eran trofeos de guerra, tinteros que eran fortalezas, armarios que eran enramadas, lámparas que eran señoritas con sombrillas... Quien no recuerde carteles de este tipo *de charada*, en el que nada es lo que es, vaya al Círculo, y allí aún tendrá ocasión de admirar serpentinas que, en su volandera caída, forman las necesarias palabras anunciadoras, o un pierrot y una colombiana; «Círculos de Bellas Artes» con su buen antifaz, faroles disfrazados de arlequines, y las más variadas combinaciones a base de pinceles y paletas.

Pero, si va, también podrá ver una multitud de obras bellísimas, carteles sin más, en los que el conocimiento de lo que

Biblioteca Nacional de España

una obra de esta clase debe ser lo es todo, y en los que, a veces, —y este es el riesgo que indicábamos antes— no hay nada más que técnica: el pintor la ha aprendido y, sobre el lienzo, la ha dejado jugar.

Los premios están dados y preferimos no destacar obras; bástenos decir que el fallo ha sido discreto, al menos, y que la exhibición, en conjunto, merece verse.

FELIPE DE PEÑALOSA Y FRANCISCO DE CÁCERES

Tribunas

Un mes pletórico. Cada maceta luce su flor. La categoría corre parejas con la cantidad. En la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el maestro Torroba disertó, en tono de recipiendario, sobre música y folklore. En la Academia de la Historia leyeron sendas disertaciones de ingreso, como numerarios, D. Agustín Millares Carlo y D.ª Mercedes Gaibrois y Riaño. La tribuna de Acción Popular fué ocupada por dos relevantes personas: D. Emilio Herrera, el sabio de la aviación española, que expuso interesantes aspectos de esta obsesionante rama de la Física mecánica, y D. Ramón de Madariaga, una juventud valiosa como pocas, que habló de la Carta municipal, «segunda Constitución», por su trascendencia. En Acción Española inauguró un curso de conferencias sobre Lope de Vega D. Eugenio Montes, acento pesimista sobre la incuria de nuestros eruditos, y pronunció la primera conferencia el florido ingenio del P. Alcocer, acerca de la espiritualidad de Lope. En la Federación de Estudiantes Católicos de Derecho, ocupó la cátedra D. Román Riaza, bella homilía de Derecho parlamentario. En la Cruz Roja, la competencia del Dr. Vallejo Nájera ahondó en el estado patológico que produce el paro en la clase obrera. En la Socie-

Biblioteca Nacional de España

dad Ibero-Americana, el enciclopédico P. Zarco Cuevas disertó sobre el polígrafo Hervás y Panduro. *Et sic de ceteris.*

La lista de nombres que antecede habla por sí misma de la altura de nivel que las conferencias de este mes han alcanzado. La variedad de los temas dice aún más alto la imposibilidad de ser resumidos solventemente por una misma pluma. Razones sobradas para cortar las alas a esta sencilla crónica y reducirle el campo de vuelo.

El joven catedrático Agustín Millares ha hecho un concienzudo estudio paleográfico de los Códices en escritura visigótica. El examen de ese interesante grupo, integrado hoy por 29 manuscritos, 16 de los cuales permanecen en Toledo y 13 pueden estudiarse en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional; la comparación de las particularidades gráficas que en algunos de ellos se aprecian con las que muestran otros códices escritos dentro del período en que la escritura llamada visigótica estuvo en vigor, nos permite, con bastantes probabilidades de acierto, determinar la procedencia de algunos ejemplares que cuentan entre los más insignes de cuantos nos ha legado tan remota edad y formular algunas conclusiones no desprovistas de interés en torno al problema de los orígenes de nuestra escritura nacional.

El discurso del Sr. Millares queda como sillar definitivo en la ciencia de la Paleografía española.

Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros es la primera mujer que ocupa un sillón en una Academia de España. Se le debía, con toda justicia, desde el año 1928, en que salió a luz su magna obra en tres volúmenes, *Sancho IV de Castilla*. La disertación de entrada en la Academia versó sobre Doña María de Molina. ¡Homenaje de mujer a mujer! ¡Tal historiador para tal Reina!

Tutora la de Molina del vacilante trono de Fernando IV, consigue que la Santidad del Papa venga en su ayuda. La señora Gaibrois pinta la inmensa alegría con que recibe la reina a los portadores de la buena nueva. Ya tiene en sus manos aquel documento decisivo para sus hijos, tras años y años de gestiones

Biblioteca Nacional de España

y esperas. Ahora no podrán alegar los enemigos de Fernando que no es legítimo soberano de Castilla.

La bula, otorgada a pesar de la campaña contraria que se siguió en la Curia, era un triunfo personalísimo de María de Molina.

El cronista dice que Bonifacio VIII concedía estas mercedes «a la reina doña María, ca este Papa Bonifacio amábala e preciábala mucho. E decia que, señaladamente, las gracias que facia, que las facia a la reina, e por ella las facia al rey su fijo». Además, el Pontífice le hace saber que «en quanto él fuese vivo, que pugnase de le demandar las gracias que quisiese, que fuese cierta que gelas daria».

Este Papa violento, de interesante historia, enemigo de Felipe el Hermoso de Francia, temperamento agitado y fuerte, siente respeto y consideración por la reina madre de la lejana Castilla, que había afrontado hasta entonces con maravillosa entereza grandes dificultades y dolores.

Todos los desvelos de la reina madre por salvar el trono de su hijo son pagados un día con desamor y agravios. Es otro de los bellos trozos de pintura de la señora Gaibrois. Los émulos de la reina convencen a Fernando de que su madre ha enajenado las sortijas del rey don Sancho, y le dicen que para comprobar la culpabilidad de la reina debe pedírselas inmediatamente. Sin duda, ellos pensaban que María, en los trances de gran penuria por que había atravesado, se habría desprendido de estas joyas.

Fernando sigue las instrucciones recibidas y se dirige a la posada donde mora la reina. Mientras recorre las calles, puede reflexionar, puede rectificar, pero no ve su error, y se presenta a doña María. Quizá está algo confuso al iniciar aquel diálogo de oprobio para él, pero al fin, con toda naturalidad, pide las sortijas que fueron de su padre. María de Molina, inocente de toda culpa, no pone ninguna suspicacia y manda a su camarera Mari Sánchez que le traiga las alhajas, y ofrece a su hijo, no sólo las que pertenecieron al monarca difunto, sino, además, algunas suyas.

Biblioteca Nacional de España

La venganza que esta mujer fuerte toma un día de sus perseguidores da ocasión a nuestra historiadora a poner en el cuadro de su discurso pinceladas de patetismo conmovedor. Muere el infante don Enrique, uno de sus más enconados enemigos. Había dispuesto que la enterrasen en el monasterio de San Francisco, de Valladolid, y hacia esta ciudad se encamina el fúnebre cortejo. Pero el príncipe brillante, vanidoso, que dispensó mercedes con generosidad a sus amigos, no recibe de los suyos ningunas honras funerarias. De sus muchos vasallos sólo van en el acompañamiento unos cuantos, y ninguno cortó las colas de sus caballos, como era costumbre de los hijosdalgo de Castilla cuando perdían a su señor.

Al llegar a Valladolid, la comitiva no trae luminaria ninguna, ni ricos paños, como correspondía a tal personaje; pero cuando lo sabe doña María, manda hacer «muchas candelas» y da «un paño de tartarí, muy noble, para sobre el ataúd». Después manda reunir en San Francisco gran número de religiosos, y ella misma va con sus hijos doña Isabel y don Pedro para honrar el entierro de don Enrique.

La reina, política, estadista, batalladora, obtiene también de la señora Gaibrois miradas íntimas, sagaces, de las que sorprenden gustos personales y aficiones idiosincráticas. Tal es el bello episodio de la pérdida del azor. Es una carta suya a Jaime II de Aragón, en la que le dice cómo Benito García, su escribano, cuando estaba por término de Hita, «et teniendo y (allí) un açor, prima, de Noruega, que era de dos mudas, que lo perdió andando a caça con él», y que algunos hombres lo «traspusieron» y lo llevaron por Ariza, Calatayud, Daroca y Ricla, donde al fin lo vendieron. «Et Rey —le encarece— sabet que como quier que Benito Garcia tenie este açor que era mio, et era muy bueno, de anad, et de perdiz, et de garça, et tenia lo para dar al Inffante don Pedro, mio ffijo. Porque uos ruego, Rey, que uos que tengades por bien de mandar dar uestras cartas para los officiales, et las justicias, et los bayles que están por uos en estos logares, que sepan la verdat deste açor, quien lo tiene». Le pide una información completa, hasta con

Biblioteca Nacional de España

cartas selladas. «Et que guisedes porque yo cobre este açor. Et gradeçer uos lo e mucho».

A través de esta carta se nos presenta María de Molina menos grave, lejos de las preocupaciones políticas, interesada por la cetrería, el apasionante deporte de su tiempo. La vemos vivir al natural, inquieta por el azor perdido, como cualquier dama de su Corte; tanto apremia para seguir la pista de los ladrones, que la imaginamos lamentando el extravío del ave preciadísima que sabe cazar lo mismo ánades, que garzas o perdices, y lo siente mucho más porque era un regalo destinado a su hijo Pedro.

Perdónesenos la extensión con que hemos dado idea, aunque ligerísima, del trabajo con que la primera mujer española ha entrado en la Academia de la Historia. Es un homenaje que le debemos.

D. R.

Conciertos

Los últimos serán los primeros. La Orquesta Sinfónica ha reanudado sus tareas, presentándonos una larga lista de promesas que el tiempo —poco ha de vivir quien no lo vea— se encargará de convertir en éxitos placenteros. En la mañana del último domingo de febrero, a beneficio de las fundaciones de la Asociación de Escritores y Artistas, la Sinfónica, Arbós a su frente, servía uno de esos programas resonantes, en los que su público dominical —«municipal y espeso»— sacia su apetito con hartazgo. Entre la «Octava Sinfonía» y «El Capricho Español», la «Noche en los jardines de España» —¡qué alegría se siente al ver en estos conciertos populares, como número central, el Falla más puro, no con las banderolas policromas y abigarradas de los «ballets», sino con los cendales transparentes de

Biblioteca Nacional de España

los nocturnos!—, cooperando al piano con su brillantísima exactitud José Cubiles.

Para abrir la serie de sus conciertos colocó sobre la veterana tarima del maestro Arbós la juvenil figura del maestro austríaco Kurt Palhen. Vienés, nos presentó su tarjeta con la magnífica conducción del vals de J. Strauss, «El Murciélago». En estos tiempos de resurrección del vals, nada mejor para reconocer a un vienés. Su documentación fué más segura con la «Quinta Sinfonía», de Schubert, una de las muchas sinfonías desconocidas por el público madrileño. Reconozcamos: no es la Incompleta, ni la Séptima, ni la Trágica. Pero, como engarce, sarta de liederes, es algo delicadísimo, fragante. Donde el temperamento de Palhen —y es un director que tiene mucho— se reflejó, fué en la «Quinta Sinfonía», de Tchaikowsky. Si a una de sus sinfonías se ha dado en llamar «la trágica», a ésta, que no lo es menos bien, puede motejársele «la dramática». Gesto, solemnidad, oratoria, matizaron y destacaron los tonos pasionales —«subbator», «esforzandos»—, dándonos una cálida versión de las páginas del músico ruso, tan admirado de Strawinsky (1).

* * *

Simón Goldberg, excelente violinista, acompañado al piano por Hans Neumark, presentado por la Sociedad Filarmónica, ha actuado en la salita del Alkázar. En el programa, obras de pirotecnia deslumbrante: la «Folia», de Corelli; la «Sonata para violín sólo», de Max Reger...; pero donde lució su solidez, voluminosidad, flexibilidad y elegancia interpretativa, fué en las obras de alta inspiración: «Tercera Sonata», de Beethoven, y la en «Do mayor», de Mozart. ¿Llegaremos a oír por estas latitudes ese trío reseñado en el programa, formado por Goldberg, Fenerman y Hindemith?

* * *

(1) La Editorial Sur promete dar en breve una versión española de sus «Chroniques de ma vie», prosas no menos chispeantes y sugeridoras que sus músicas.

Biblioteca Nacional de España

En la Cultural, dos audiciones del Cuarteto Lener. Siempre que escuchamos a estos artistas, que para nosotros forman «el Cuarteto» —antonomásicamente—, evocamos por sugeridora nota del programa aquellos dos años de apartamiento, de noviciado, a que se retiraron en los días agitados de la postguerra... Después, la «heroica» salida al mundo, a conquistarlo por la predicación de la música más pura. Pero después de un «aprendizaje», en el que se templaron sus cuerdas, afinadas para la interpretación «bien ejecutada».

Y así lo comprueban sus actuaciones. A veces contrastando con la frialdad del público, cortés, pero no efusivo. ¿En qué consistirá este desgano, no del gran público, de un grupo minoritario en torno a palabras «Cultural», «Filarmónica»..., etcétera, por oír música de cámara? Triste público que queda frío después de escuchar interpretaciones como las dadas por los Lener de las obras de Frank y de Brahuy. ¿Poco arrebato? Pero mucha exactitud. La interpretación precisa no restó nada a la calidez —y a la calidad— musical, a veces pastosa de puro mórbida. Cuartetos de Haydn, Beethoven, Mozart y Verdi completaron los programas. El último nombre, mirado con extrañeza en programas de cuartetos. De Verdi, la ópera. Pero esto de la ópera es ya otro cantar. Y, ¿no será mejor dejar en silencio ese *otro cantar*? Sí; dejémoslo.

José CADIZ

Libros

Tríptico

Hace tiempo me lamentaba yo, al hacer la crítica del libro de místicos españoles, del profesor Alison Piers, de que no se reeditase nada del célebre P. Gracián, compañero de Santa Teresa y coadjutor suyo en la reforma del Carmen. La falta de una edición moderna del P. Gracián se dejó sentir más aún desde que los versos de Marquina popularizaron la figura del docto

Biblioteca Nacional de España

fraile en su celebrada *Teresa de Jesús*. ¿Quién es, se preguntaba el público, nada enterado de las interioridades del Carmelo, ese fraile que ejerce tal influencia sobre la Santa Reformadora? La respuesta ha venido a buen tiempo. Tres gruesos volúmenes sacan a luz, de un golpe, todas las obras del polígrafo Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios. Tres volúmenes que continúan la sabia «Biblioteca Carmelitana», editada hercúleamente por el P. Silverio de Santa Teresa. La colección comenzó por las obras y escritos de la egregia Reformadora, nueve tomos; continuó con los libros de San Juan de la Cruz, cinco tomos; culmina en las obras que motivan esta reseña. Comprende, en total, la Biblioteca Carmelitana, hasta el presente, diez y siete cuerpos de libros, como decían nuestros mayores.

Ante una obra de esta amplitud, cabe preguntar: *¿Ubinam gentium sumus?* ¿Qué época es la nuestra? Se dice que España se ha perdido a sí misma, que el materialismo lo ha dominado todo, que los viejos valores espirituales pasaron de moda... ¡Palabras, palabras! Aquí están las flores de la mística española, reeditadas, limpia y pulcramente, con más lujo, con más amor si cabe que en el mismo siglo XVI. Esto acusa una restauración, un renacimiento indudable de España y de su católico espiritualismo.

Fray Jerónimo Gracián, hijo de un secretario de Felipe II, estudiada en la Universidad de Alcalá, cuando la vocación religiosa inquietó su corazón. Es emocionante la carta en que, ya desde el noviciado de Pastrana, cuenta a su madre la resolución de abandonar el mundo, las luchas interiores que ha sufrido antes de abrazar tal resolución, la paz de que goza en el austero cenobio pastraneño. Los estudios universitarios, su natural talento, las buenas relaciones de su padre con la Corte y su entrega sin reservas al estado religioso ganaron a Santa Teresa, que hizo de Gracián el hombre de confianza para desarrollar los planes de la reforma frailesca. Incomprensiones y rencillas de *intra domum* hicieron, con los años, que el primer Provincial de la Orden reformada fuese expulsado de los suyos y anduviese mendigando un hábito religioso de nación en nación,

Biblioteca Nacional de España

de Orden en Orden. Vestido con el hábito de carmelita calzado, Gracián estuvo cautivo dos años en Argel, como Cervantes, como Fr. Tomé de Jesús, como tantos otros españoles. Rescatado, al fin, sirvió en Roma de teólogo consultor al Cardenal Deza, cinco años; fué comisionado por el Papa Clemente VIII para predicar el Año Santo en Marruecos; recorrió, misionando, a España; partió a Bélgica en calidad de asesor del embajador español, marqués de Guadaleste, y murió con la pluma en la mano, como soldado en campaña.

¿Cómo pudo un hombre de vida tan intranquila, de ocupaciones tan diversas, escribir tantos libros? He aquí una de tan portentosas actividades como ilustraron aquel siglo. Gracián escribe, sin parar, tratados ascéticos y místicos; se ocupa detalladamente de la edición de sus obras; sabe dónde se imprime mejor y más barato y dónde hay más provisión de papel; cuida de las traducciones que salen de algunos de sus libros en italiano y en francés; da órdenes sobre la distribución y venta de este o aquel libro; lleva cuenta con los pliegos que van impresos de esta o aquella obra, y no para un momento de escribir cartas a las monjas descalzas de diversos conventos de España, manteniendo en ellas el espíritu de la Santa Madre Teresa. Porque esto es lo maravilloso: Gracián, expulsado de la descalcez, perseguido, calumniado, no deja nunca de ser *descalzo* de corazón, y prosigue impertérrito su tarea, su misión especial: la de traducir al lenguaje familiar y casero las excelsitudes místicas de San Juan de la Cruz. Sus obras son el canto llano de la mística. Sabe mucho este maestro espiritual de raptos, visiones y comunicaciones sobrenaturales; pero su campo propio es la simple y sencilla devoción, la actitud del amor, que arde sin aparato de fuegos artificiales.

El P. Silverio, autor de esta edición completa de las obras de Fr. Jerónimo Gracián, ha dado cima a una empresa que para él solo estaba guardada. Varios retratos, algunos desconocidos, del polígrafo carmelitano, varios facsímiles, algunas portadas de ediciones príncipes, hasta algún recibo autógrafo, encierran estos tres volúmenes valiosísimos.

Biblioteca Nacional de España

Sin salir del huerto florido de la mística, vamos a hacer constancia, como ahora se dice, de un libro de alto mérito, *Santa Teresa de Jesús*, de D. Juan Domínguez Berrueta. Produce la ciudad salmantina los temperamentos más capaces de entender, de gurtar, de tratar a los místicos españoles. No hace mucho, el magistral de Salamanca, Castro Albarrán, nos dió aquel bellísimo cartapacio ilustrado de rasgos de Santa Teresa, con el título *Polvo de sus sandalias*. Algo muy parecido, pero todo lo contrario, es el libro de este catedrático salmantino, Domínguez Berrueta. Rasgos, perfiles, situaciones, frases, pero todo construído, articulado, perfectamente enfocado a dar una visión de totalidad de la Santa: persona, carácter, literatura, obra. Aquel polvo áureo de su sandalias, amorosamente recogido por Castro Albarrán, lo ha amasado y modelado diestramente Domínguez Berrueta, y ha levantado con él la estatua, sólida y etérea a la vez, de Santa Teresa. No es una vida más, ni es otra vida distinta de las demás; es una visión conjunta del monumento y de cada una de sus piedras integrantes; pero monumento luminoso, a modo de foco, que irradia sus luces sobre la inmensa área que le rodea. El Sr. Domínguez Berrueta puede justamente aspirar a que su *Santa Teresa* ocupe preeminente lugar en la literatura teresiana, en la que tan a duras penas hay sitio para la originalidad.

Tercera tabla del tríptico: la figura de un confesor de Santa Teresa, Domingo Báñez. Ha aparecido el tomo octavo de la *Biblioteca de Tomistas Españoles*, otra empresa honra de la España de hoy. Comienza la publicación de los *Comentarios de Fr. Domingo Báñez a la Suma de Santo Tomás*. La obra del catedrático de Salamanca no había vuelto a las prensas desde 1585. Como si Felipe II hubiera vuelto al mundo, el mundo vuelve a la Teología de Báñez, y hay gusto, tiempo y dinero para reimprimir las grandes producciones coetáneas de El Escorial.

El sabio dominico Luis Urbano saca a luz este volumen, prologado, cuidado, primorosamente presentado. Yo no sé por qué estos gordos volúmenes de la *Biblioteca de Teólogos Espa-*

Biblioteca Nacional de España

ñoles me dan la impresión de una escuadra poderosa de acorazados. Son los dreadnoughts de nuestro imperio, los exponentes de nuestro valor intelectual, moral y político en el mundo. Dicen bien los directores de esta empresa:

«Se ha dicho, y no sin fundamento, que España es una nación de teólogos. Sin escatimar a otros pueblos sus glorias teológicas, y prescindiendo de todo orgullo patrio, sí podemos gloriarnos de haber dado a esta ciencia sagradas figuras cumbres de fama mundial. No es España la patria de Santo Tomás, pero es la patria del cardenal Torquemada, de Deza, de Vitoria, de Cano, los Sotos, Sotomayor, Peña, Guevara, Vega, Castro, Barrón, Mancio, Medina, Gallo, Báñez, Molina, Suárez, los Salmanticenses, el Asturicense, Fonseca, los Ledesmas, Navarrete, Godoy, Juan de Santo Tomás, Lemos..., y tantos otros que serán siempre los guías indiscutibles del pensamiento teológico, como lo fueron en el Concilio de Trento.

Esta tradición gloriosa nos obliga a mucho, si es que el nombre de España ha de seguir figurando con la aureola científica a que es acreedora. Nuestra *Biblioteca de Teólogos Españoles* responde a este ideal patriótico y cristiano.»

Si yo pudiera hablar con autoridad, yo diría que ésta es la primera y capital obra de los católicos españoles: la restauración de los estudios teológicos y filosóficos en España. Si nuestro resurgir en el mundo ha de ser real, por aquí ha de comenzar. O no comienza por aquí, y entonces lo que resurgirá no será España. Surgirá... cualquier cosa.

M. Herrero-García

Biblioteca Nacional de España